



LA CULPA ES DE  
D.I.S.N.E.I.

GARCÍA DE SAURA

zafiro♥

# Índice

[Portada](#)

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

**Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:**



## AGRADECIMIENTOS

Soy consciente de que, en esta sección, todos o casi todos los autores nombramos a nuestros familiares y, en mi caso, no voy a ser menos. Esta novela no la hubiera podido escribir sin el apoyo incondicional de mi familia, a la que adoro, amo y respeto por encima de todas las cosas.

Gracias a mi marido, por estar ahí siempre; como dijo el cura: «Para lo bueno y para lo malo, y para conejillo de indias». ¡Ja, ja, ja! Te quiero, mi amor.

Gracias a mi hijo, por haberme animado tanto y por haberme permitido quedarme a solas en los ratos que escribía frente a la pantalla del ordenador. Te quiero, mi vida.

Gracias a toda mi familia, en especial a mi madre, Salvi Martínez, a la que admiro y venero.

Gracias a mi prima, hermana y amiga Mari Cruz Fructuoso, por apoyarme y compartir conmigo vivencias, momentazos e incluso riñas.

Gracias a mis amigas Mariola García y Jose Cano, alias Bicho, por confiar en mí, por apoyarme en todos los momentos y por inspirarme tanto.

Gracias a mi editora, Esther Escoriza, por confiar en mí, en esta novela, y por darme la oportunidad de formar parte de su gran equipo. La tarde en que nos conocimos no sólo fue divertida, sino también un placer para mí.

Gracias a Megan Maxwell, por darme su bendición y su beneplácito. Conocerme en persona, y vivir contigo momentos tan divertidos e íntimos, es un verdadero placer para mí.

Gracias a la presentadora de televisión y humorista Sara Escudero, por permitirme incluir su famosa frase en mi novela. Fue un placer coincidir contigo en Almería.

Gracias también a todas las personas que me quieren y que han

confiado en mí en todo momento para que esta obra pudiera salir a la luz. Agradezco vuestras palabras de apoyo y vuestros comentarios en las redes sociales.

Y, en definitiva, gracias a todas las mujeres, quienes, con su capacidad de querer, son más grandes cada día. Y a los hombres, por estar ahí... y hacernos Disfrutar Indiscutiblemente Siendo unas Necias Enamoradizas Irremediables.

*Dedicado a las personas  
con verdadera capacidad  
de amar y de ser amadas.*

# 1

Cuando miro hacia atrás, me da vértigo. No es que ahora esté muy arriba, pero es que antes estaba muy abajo. Y no lo hacía sola, mis locas amigas me acompañaban en el camino. Para echarnos de comer aparte. Pero, como todo en la vida, las cosas tienen su tiempo, su espacio y su modo de ocurrir.

Hoy he quedado con Pamela, una de las chicas. Ave, Clara y Lucía no pueden acudir esta vez. Casi siempre nos citamos en la misma cafetería; nos encantan las vistas que tiene y, sobre todo, que sepan lo que queremos tomar. Sí, ésa soy yo, la mujer más práctica del mundo, pero nadie me puede negar lo cómodo que resulta llegar a un local y, con tan sólo saludar al personal, al que llamas por su nombre, poder centrarte en un único objetivo: buscar la mejor mesa con las mejores vistas. Y es que adoramos esos atardeceres, esos frondosos árboles, esas selváticas palmeras, esos hombros pegados a una enorme y perfecta espalda del tío con el polo negro de la penúltima mesa... Uf, cómo nos gusta este sitio.

Me quedan cinco minutos, y mato el tiempo dando color a mis agraciados labios, mientras suena en mi móvil la canción *Color of my lips*, [1] de Omi. Me recreo con mi carmín rojo de Chanel, pues estoy segura de que Pam (que es como nosotras la llamamos), para variar, llegará tarde; la puntualidad nunca ha sido su fuerte, cosa que me exaspera de una persona. Pero a las amigas se las quiere tal y como son, así que me contoneo mientras hago mi ritual frente al espejo.

«Mierda, me he salido del labio.» Normal, si no paro quieta. Rápidamente me echo a reír, pues la culpa no ha sido mía, sino de Omi.

Una vez solucionado el rítmico accidente, me dispongo a salir, cuando suena mi móvil. Es un WhatsApp de Pam diciéndome que ya sale.

«A buenas horas, mangas verdes», pienso al leerlo.

Como si de una peli se tratase, ambas llegamos al mismo tiempo a nuestro local favorito. Hace un día precioso y, tras los saludos, decidimos salir a la terraza. En apenas unos segundos, Joan, nuestro camarero preferido, llega con sus contoneos hasta nosotras, llevando en la mano una repleta bandeja.

«Un día de éstos, la tira fijo.» No puedo reprimir una sonrisa al pensarlo.

—Aquí tenéis, chicas, los cafés y los vasos de agua bien fresquita.

—Gracias, perla —dice Pam.

—Gracias, Joan —murmuro yo, todavía con la sonrisa en la cara.

—De nada, mis niñas. Si queréis algo más, ya sabéis dónde estoy —dice mientras se gira para volver a la barra de dentro, con un estilo que ni la mismísima Cindy Crawford.

Joan es un encanto. Es un chico de padres catalanes, más joven que nosotras, tendrá unos veintipocos años. Adora su trabajo y, sobre todo, poder atender a los macizotes asiduos a la cafetería. Como él dice, «alguno caerá algún día».

—Blanca, lo que tengo que contarte hoy... —comenta mi amiga.

—Soy toda oídos —respondo mientras doy vueltas con la cucharilla a mi café y me embriago con su olor; sin duda, uno de los mejores del mundo.

—¿Recuerdas el último chico que conocí, hace dos semanas?

—¿Cuál de ellos? —pregunto levantando levemente los hombros.

—El camionero.

—¿El morenazo de metro ochenta?

—Ese mismo. Pues verás: por motivos de trabajo, sólo viene cada tres días y apenas hemos podido vernos. Pero la tensión sexual que hay entre nosotros es muy grande, ya sabes cómo me ponen los morenos.

—No me había dado cuenta —me mofo.

—Qué pava —dice mientras se ríe y me da un suave golpe en el brazo—. Bueno, te sigo contando. El caso es que anoche estuvimos hablando mucho tiempo por teléfono. Y ya sabes cómo va esto, la conversación fue a más, una cosa llevó a la otra y...

—¿Y? —pregunto al ver que no termina la frase.

—Que acabamos haciendo sexo telefónico —murmura simulando ponerse sonrojada, mientras se tapa la boca.

—¡Toma moreno!

—Sí tomé, sí —dice poniendo los ojos en blanco, y añade—: Ay, Blanca, no sabes cómo me puso. Tenía a las niñas acostadas, y allí estaba yo, en mi dormitorio, jugueteando con el tiarrón, bueno, con su voz. Cuánto saben estos hombres.

—Sí saben, sí. Y, sin entrar en detalles, ¿aguantó? —Las sonoras carcajadas hacen que nos miren los de las mesas contiguas.

—Pues, para mi desgracia, no.

—¿Qué les das?

—No sé si soy yo, o el ojo que tengo para elegirlos, pero el tema es que, apenas empezaba yo, el señorito había acabado.

Ambas reímos. Las escandalosas carcajadas hacen que nos miren de nuevo los de las mesas cercanas, pero, como siempre, poco nos importa.

—En serio, Blanca, ya no sé qué hacer —confiesa—. Quiero un hombre que me dé lo que necesito: cariño, mimos, bienestar, buen sexo, que esté muy bueno y, ya puestos, que sea moreno, alto y con los ojos verdes.

—Sí, claro. Si fuese bibliotecaria, te diría que la sección de ciencia ficción está en la tercera planta.

Volvemos a reírnos abiertamente, y esta vez no nos miran. Como es habitual, cuando hay unas *locas* que no paran de carcajearse, acabas por ignorarlas.

Adoro a mis amigas, y ellas a mí. Nuestras ganas de vivir nos las contagiamos las unas a las otras, lo cual venero. Siempre estamos contándonos nuestras historias con humor y positividad. Y lo cierto es que todas queremos lo mismo: ese hombre perfecto al que poder admirar y respetar.

En mis sueños lo imagino alto, castaño, de ojos azules, con espalda ancha y brazos fornidos. Un hombre que me trate como a una princesa, que sea educado, con buena presencia, que me haga reír, que sea cariñoso y buen amante. Vamos, lo que viene siendo un *hombre*. O, más bien, un *alien*, porque, a no ser que lo descubra en un libro o lo disfrute en una película, por la calle, hoy por hoy, no lo he visto. Y mis amigas, tampoco.

Clara es la única del grupo que está casada; ella nos da consejos y opiniones, que, casi siempre, ignoramos. Lucía, como yo, está soltera, pero ella cuenta con un amigo especial; no quiere que le llamemos *novio*, nos lo ha prohibido. Avelina, Ave para nosotras, está divorciada y tiene un



niño. Pam también se divorció hace tres años y tiene dos crías. Ambas son verdaderas supervivientes, pues crían solas a sus respectivos hijos y trabajan para sacarlos adelante. En realidad, todas somos luchadoras, cada una en su batalla particular, pero gladiadoras que combaten juntas cuando las contingencias nos miran de frente.

Pam y yo seguimos hablando de nuestras historias. Le cuento la conversación que mantuve con el guapo de mi vecino el otro día. El chico está de toma pan y moja, pero es más tonto que hecho de encargo; es lo que yo normalmente llamo un *viceverso*, chicos que dedican el noventa por ciento del tiempo a cuidar su cuerpo, porque el otro diez por ciento lo gastan en mirarse al espejo.

—Pero están muy buenos, Blanca —dice la ultradefensora de los hombres impecables—; son tipos de revista.

—En eso tienes razón, sirven para posar y estar en silencio —replico.

Nuevamente, en la terraza, se oyen nuestras carcajadas, que se ven interrumpidas por la llegada de Joan.

—Contadme ahora mismo a qué viene tanto cachondeo, que me tenéis en ascuas.

—Lo tuyo es puro marujeo, Joan —se mofa Pam, que no puede parar de reír.

—Chicas, ya sabéis que lo mío es obtener sabiduría. Venga, decidme de qué buen mozo estabais hablando.

—De mi vecino Mario, un tío increíblemente guapo, a la par que tonto —le informo, aún a sabiendas de que querrá saber más—. No es para ti, mi amor.

—Ya me estás enseñando una foto —me exige ofreciéndome la palma de la mano.

—¿Para qué quieres verlo, si no merece la pena? —pregunto mientras agarro el móvil.

—Niña, ya sabes cómo es mi pasión por la cultura, y un adonis no me lo pierdo por nada del mundo.

Busco la foto del perfil de Mario en el WhatsApp, y se la enseño.

—¡Virgen del Pompillo y de la teta al hombro! —suelta Joan al verla, con los ojos abiertos como platos—. ¡Qué hermosura de hombre, y yo con estos pelos!

—Tú estás muy guapo, pero él es muy tonto, así que olvídate —sugiero afablemente.

—Blanca, no le digas eso —me riñe cariñosamente Pam—, que se está culturizando.

Esta vez somos los tres los que reímos abiertamente. ¡Todo sea por la cultura y el arte!

El móvil de Pam y el mío suenan a la vez y Joan me lo devuelve; es un mensaje del grupo de las chicas.

Lo envía Clara; nos pide que vayamos a su casa a las diez de la noche, tiene algo muy importante que decirnos y nos ruega que vayamos todas. Pam y yo nos miramos y, acto seguido, contestamos a nuestra amiga:

«Allí estaremos».

## 2

Ya en mi piso, y a falta de tres horas para ir a casa de Clara, me dispongo a corregir unos exámenes de matemáticas que tengo pendientes, de mis alumnos de 2.º de la ESO.

Adoro mi trabajo. Llevo ejerciendo en el Instituto Cervantes unos diez años.

Todavía recuerdo mi primer día de clase como si fuese ayer y, sobre todo, mi metedura de pata. Era septiembre, el verano duraba todavía, y se me ocurrió la genial idea de ponerme mi entonces nueva camisa blanca a juego con mi minifalda negra y blanca de Balenciaga. Con los nervios y la emoción, no me percaté de que la mesa no tenía tablero vertical que tapara mis piernas y, por consiguiente, mi ropa interior. Dicen que la primera impresión es la que cuenta, y eso fue lo que conseguí. Desde entonces, los chicos me llaman la Intimissimi.

Cuando llego al examen de Alberto, y a sabiendas de lo que me espera, me voy a la cocina y me sirvo una buena copa de vino de uva Monastrell; sin duda, la voy a necesitar. Alberto es el chico más conflictivo del instituto y, por caprichos del destino, está en mi clase. Este año repite curso por segunda vez; se niega a estudiar y a cumplir las normas, su espíritu anarquista es bien conocido por todo el claustro.

Pero, si algo he aprendido de mi amiga Clara, psicóloga de profesión, es que todo tiene un porqué, y siempre debemos «mirar la raíz» del problema. Y eso fue lo que hice yo nada más conocer a Alberto. Su padre estaba en la cárcel por trapihear y vender droga; su madre, sin trabajo estable, pues todos los perdía por su adicción a las continuas salidas y al alcohol, y su hermano mayor, lejos de ayudarlo, dedicaba su tiempo a seguir la estela de su padre. Era, sin lugar a dudas, una familia totalmente desestructurada, en la que Alberto era la *obligación* que ninguno quería asumir. Sin embargo, había algo en él que llamó mi

atención: era un chico muy cariñoso, y ése fue mi hilo de esperanza, mi empuje para intentar ayudarlo.

De vuelta a mi escritorio, tomo un sorbo de mi copa mientras comienzo a corregir su examen. De pronto, unas gotas de vino manchan el folio tras salir disparadas por mi nariz; casi me atraganto de la impresión y empiezo a toser. Rápidamente dejo la copa en la mesa e intento, en vano, limpiar los lamparones con la mano, pero lo que consigo es esparcirlos más por toda la hoja. Junto a su nombre, en el examen, aparece una frase: «Saque lo que saque en este examen, GRACIAS por todo».

Pero ¿cómo puede ponerme este tipo de cosas? ¿Me lo cargo o me lo como?

De cualquier otro chico, cabría pensar que se trataba del típico peloteo hacia la profesora, pero, de Alberto, no; él no es de ese tipo de personas, más bien todo lo contrario. Así que esa frase es lo que es, un agradecimiento por mi labor para con él.

Y, contrariamente a enfadarme o molestarme, comienzo a llorar sin darme cuenta; esta clase de cosas me emocionan, y mucho. Estamos tan acostumbrados a oír lo malo que, cuando nos dicen algo bueno, nos sorprende cuanto menos, e incluso llegamos a recelar de su veracidad.

Yo, esta vez, no lo dudaba. Sabía que esas palabras habían salido de su yo más profundo, y eso me daba más fuerza, si cabe, para seguir ayudándolo, ofreciéndole cuanto estuviera en mi mano.

Termino de corregir el examen y, merecidamente, lo califico con un ocho y medio.

Suena el móvil, es Lucía.

—Hola, Blanca. ¿Sabes qué puede ser lo de Clara?

—Hola, Lucía —respondo ya totalmente repuesta de mis emocionadas lágrimas—. No tengo ni la menor idea, pero ya conoces a Clara, es muy misteriosa para sus cosas.

—Tienes razón. Espero que sea algo bueno.

—Seguro que sí —digo para tranquilizarla—; de lo contrario, nos hubiera reunido esta misma tarde.

—Cierto. ¿Quieres que pase a por ti?

—Como quieras.

—A las nueve y media estaré ahí.

—De acuerdo. *Ciao*, cielo.

—*Ciao*.

Termino la llamada y dejo el móvil encima de la mesa mientras una sonrisa asoma por mi cara. Lucía es increíble. Es comisaria de exposiciones, un trabajo que me fascina. Nos conocimos hace años, cuando acudí con las chicas a la inauguración de una exposición de una artista local y amiga de Ave. Lucía era la encargada de todo; al instante conectamos y nos hicimos amigas.

Al cabo de un tiempo, abrió su propia galería de arte, sin dejar de lado su trabajo para otros eventos. Aún recuerdo las horas que dedicamos las chicas y yo a diseñar el local, ubicando los diferentes apartados y secciones, planificando la decoración, etcétera. Fue muy divertido.

Tras acabar de corregir todos los exámenes y guardarlos en mi cartera, me dispongo a darme una ducha. Sólo queda una hora para que venga Lucía, así que debo darme prisa. Enciendo mi iPad y selecciono como primera canción *Single Ladies*,<sup>[2]</sup> de Beyoncé. Realmente mi baño es una fiesta cada vez que me ducho; los vecinos del piso de al lado aún no se han quejado, así que, de momento, seguiré poniendo la música bien alta.

A las nueve y media en punto, el timbre suena y bajo al portal, donde mi amiga me espera junto a su nuevo Seat León TGI. Sólo vamos a casa de Clara, así que me he decidido por unos vaqueros ajustados, una camiseta de Zara y mi chupa de cuero.

—A desvelar el misterio —dice Lucía mientras me acomodo en el asiento del copiloto y me abrocho el cinturón.

—Tenemos dos opciones —propongo—: Una buena botella de champán, por si hay algo que celebrar, o una caja de bombones, por si tenemos que poner el hombro.

—¿Qué te parecen las dos?

—Me parece perfecto.

—Bien —responde mientras acelera el León—, pararé en los grandes almacenes que nos vienen de camino.

Me encanta el olor a nuevo de un coche, casi tanto como el de la gasolina cuando estás repostando. «Debo hacerme mirar lo mío con los olores.»

—¿Cómo va el nuevo «bebé»? —pregunto mientras acaricio el salpicadero del vehículo.

—Escúchalo, va a las mil maravillas. Me responde cuando quiero y como quiero. —Y, poniendo los ojos en blanco, añade—: Ojalá todos los hombres fuesen como mi leoncito.

—Lo tuyo son los animales, debiste hacerte veterinaria. —Me mofo riéndome abiertamente—. Entre tu leoncito y tu novi... tu Lobo.

—¡Ni se te ocurra llamarlo novio! —me increpa.

—No lo he hecho —me defiende mirándola y poniéndole la carita de lástima del gato de *Shrek*.

—Me desespera, Blanca —confiesa—. Igual lo tengo todo el día encima, que lo mismo se tira varios días sin hablarme.

—¿Por qué los hombres son tan complicados?

—Luego dicen que las complicadas somos nosotras. Te juro que no hay quien los entienda —masculla exasperada.

—Yo tampoco los entiendo, aunque hay que reconocer —añado— que nosotras somos muy complicadas también.

—Pues seremos todos complicados, yo qué sé —replica—. Sólo sé que mi leoncito es muy simple: gasoil, lavado de cara y revisiones.

—Sí, ya, pero tu leoncito no te hace lo que tu Lobo.

—Ahí le has *dao*, chata, ahí le has *dao*.

A las diez en punto llegamos a casa de Clara con la botella de Moët & Chandon y los bombones. Una sonriente anfitriona nos recibe bajo el portón de la puerta principal. Está muy guapa, como siempre, pero algo en sus ojos llama mi atención; no sé exactamente qué es, pero disimulo mi preocupación, no quiero alarmar a las chicas.

La casa de Clara es preciosa: un chalet de una sola planta en las afueras de la ciudad, rodeado de una hermosa parcela muy bien estructurada, y cercada con hermosos pinos perfectamente podados. En la parte trasera de la casa hay un pequeño huerto, con una gran diversidad de plantas aromáticas y especias para la cocina, de donde cogemos la hierbabuena para los maravillosos mojitos que prepara Ave. Tras la cochera, en un recóndito espacio, se encuentra la pista de tenis, zona que no pisamos casi nunca; sin duda fue ella quien lo diseñó todo. Nuestra zona favorita es la parte delantera, donde un gran porche preside la casa, y desde donde se puede divisar la enorme piscina con *jacuzzi* rodeada de un frondoso césped, sobre el que descansan las tumbonas y un precioso y romántico cenador.

Clara nos invita a pasar al salón; fuera comienza a refrescar, estamos a principios de octubre y ya se empieza a notar. Ave ya está dentro y Pam, para no variar, llega tarde.

Esta noche estaremos solas. John, el marido de Clara, ha salido con

unos amigos. Llevan once años casados. Él es inglés y conoció a Clara en uno de sus viajes por motivos de trabajo. Por aquel entonces, un grupo de terroristas irlandeses estaban afincados en el Levante español, y John fue uno de los inspectores de Scotland Yard destinados para colaborar con la policía de nuestro país. Se enamoraron casi al instante y, al poco tiempo, él dejó su tierra y a su familia para vivir junto a la que sería el amor de su vida. Ahora John pertenece al Cuerpo Nacional de Policía español; es un importante y bien considerado inspector jefe de una de las brigadas dependientes de la Comisaría General de Policía Judicial, conocida como policía secreta.

Tras saludar a Ave, Lucía se marcha con Clara a la cocina a poner el Moët a enfriar y preparar las copas.

—Hola, Ave, ¿cómo estás? —saludo mientras nos damos un cálido abrazo.

—Hola, Blanca. Como siempre, con mi vida Ikea.

—¿Estás cambiando la decoración? —pregunto extrañada, a sabiendas de lo poco que le gusta el bricolaje.

—Noooo —contesta poniendo los ojos en blanco—. Ya sabes: de mi casa al trabajo, del trabajo a mi casa; vamos, como los domingos Ikea, que vas de la cama al sofá, del sofá a la mesa, y viceversa.

Ambas nos reímos. Ave y sus salidas.

Suena el timbre, es Pam, quien, tras ser recibida por una perfecta anfitriona, entra con ella en el salón.

Una vez hechos los saludos, nos acomodamos en los blancos sofás, impolutos, estratégicamente colocados unos frente a otros, en forma de «U». Clara tiene un gusto exquisito para la decoración. Su casa serviría como modelo para una revista de interiorismo, y en especial su salón, que, sin estar excesivamente ornamentado, resulta un espacio elegante y verdaderamente acogedor.

Ya con las copas de Chandon en la mano, y los bombones sobre la mesa de centro, el bullicio de las voces resuena en la estancia. Me quedo observando a las chicas, las adoro; una vez más estamos todas reunidas y, como en tantas otras ocasiones he hecho, atesoro la imagen del momento en mis retinas.

De pronto, Lucía, con el carácter impaciente que la caracteriza, da una palmada para llamar nuestra atención, hecho que consigue

irremediabilmente.

—Bueno, no sé vosotras, pero yo no aguanto más. Clara, dinos ya a qué se debe esta reunión o me va a dar un *yuyu* —expone, logrando con ello que todas acabemos observando a la anfitriona.

—Está bien —dice Clara mientras se levanta y se coloca frente a nosotras—. Ya sabéis lo mucho que os aprecio y os quiero.

—¡Oh, oh! —exclama Pam.

—Chist —siseamos todas al unísono.

—Continúa —interviene Ave.

—Y sé que vosotras también a mí —prosigue Clara—, por eso sé y me consta que vais a entender y respetar que no salga durante un tiempo de marcha con vosotras.

—¿Y eso a qué se debe? —pregunta Lucía asombrada.

—¿Ha ocurrido algo con John? —inquieta Ave con cara de enojo.

Las preguntas dirigidas a Clara llenan la conversación; todas queremos saber a qué se debe esta impactante noticia. Entonces me viene a la mente el momento al entrar en su casa, cuando me percaté de sus ojos, que parecían distintos. ¿Se debía a que había estado llorando durante bastante tiempo? ¿Qué le ocurría a nuestra amiga? Sin remediarlo, la preocupación se apodera de todas nosotras.

Pero, de pronto, una enorme sonrisa llena el rostro de Clara. Nuestro desconcierto se torna en desazón. Cada vez entendemos menos la situación.

—¡Chicas, chicas! —nos increpa alzando y bajando las manos con el propósito de calmarnos—. No os pongáis así.

—Pero ¿cómo quieres que nos pongamos? —interviene Pam, en nombre de todas—. Eres nuestra amiga. No puedes decirnos que nos vas a dejar.

—No os voy a dejar —se apresura a contestar, y añade—: Sólo que, durante un tiempo, no podré salir de fiesta con vosotras.

—¿Y no es lo mismo? —insiste Pam.

—¿Por qué, Clara? —pregunto exasperada.

—Porque, pese a los años que llevamos intentándolo sin éxito, tras una gran desilusión, y pese a las pocas esperanzas que nos daban los médicos, ¡estoy embarazada!

Entre gritos y alabanzas, Ave, Lucía, Pam y yo nos levantamos y nos acercamos a Clara para darnos un abrazo en grupo, invadidas por la



emoción.

### 3

A las seis en punto suena la alarma de mi móvil; es lunes, y me duele la cabeza. La celebración de la noticia del año duró hasta bien entrada la madrugada. Tras reponernos del susto que nos dio Clara, todo se transformó en júbilo y risas. John y Clara llevan nueve años intentando ser padres, tiempo en el que han pasado por diferentes pruebas médicas, visitado a numerosos especialistas y vivido algunos altibajos en su relación. No había en el mundo nada que Clara deseara más que un bebé. Sin duda estaba feliz, y no era para menos.

Con la cabeza a punto de explotarme por el champán y las pocas horas de sueño, me dirijo a tientas hacia el baño. Mis párpados habían echado el cierre y no tenían intención de abrir al público.

Al pasar junto al lavabo, tropiezo con el taburete de madera que ayer, con las prisas, no coloqué en su sitio. El grito que sale de mi garganta supera los decibelios permitidos por la OMS (Organización Mundial de la Salud), pero francamente no me importa, el dolor que tengo en el dedo meñique del pie supera toda normativa vigente.

Dando saltos sobre una pierna, consigo llegar hasta el interruptor de la luz; necesito comprobar lo que ese taburete me ha hecho. Mis párpados ya están en horario comercial, y poco a poco consigo ver el desastre: tengo el dedo completamente morado, tirando a negro. Como puedo, llego hasta la mesilla del dormitorio para coger el móvil, tengo que llamar a Ave.

—¿Qué pasa, Blanca? —pregunta directamente al contestar. Ave es médico en el Hospital General y está acostumbrada a llamadas intempestivas por su trabajo.

—Ave, me he dado un golpe tremendo en un dedo del pie. Está negro y me duele mucho.

—¿Cómo ha sido?

—Al entrar en el baño, el taburete se cruzó en mi camino.

—Seguramente te lo habrás roto. —Mi cara es un poema en ese momento—. ¿Puedes venir a mi casa para que pueda examinártelo?

—Creo que sí —digo, intentando pensar cómo lo haré—. Una ducha rápida y voy.

—Vale, dame un toque si no puedes conducir.

—Gracias, Ave.

—Tranquila. *Ciao* —dice antes de colgar.

Tengo el dedo cada vez más hinchado, así que opto por unas sandalias Stonefly, unos vaqueros elásticos, camisa y chaqueta *vintage*. Hoy no tengo el cuerpo para farolillos, un fondo de armario simple me basta.

Sobre las siete y media me planto en casa de Ave; no está lejos de mi piso, así que, pese al dolor, llego triunfante hasta el portal y toco el timbre.

Ave me acompaña hasta su despacho; por suerte no se ha puesto la bata blanca que tanto me asusta.

—Vamos a ver qué te has hecho, alma de cántaro —dice señalándome la camilla para que me siente.

—Me duele mucho —murmuro haciéndole caso y subiendo la pierna derecha.

—Y no es para menos. Voy a examinarte, dime si te hago daño, ¿vale?

—Vale. ¡Ay! —grito con tan sólo rozarme el dedo.

—Debes hacerte una placa de rayos X; puede que tengas una fractura, o quizá sólo sea un pequeño esguince.

—¿Ahora tengo que ir al hospital? —pregunto poniéndole morritos.

—Me temo que sí, Blanca.

—Está claro que hoy no es mi día —mascullo resignada tras un profundo suspiro.

—Llamaré al hospital para ver quién está de guardia y le diré que vas de mi parte —me indica mientras se dirige a su mesa de despacho.

—Gracias, Ave.

—Para eso estamos las amigas. ¿Hola, María? Soy la doctora Alcázar...

Al cabo de unos minutos, y tras llamar al director del instituto, el señor Pérez, para avisarlo de que llegaré tarde, entro por la puerta de urgencias del Hospital General. Sigo las instrucciones de Ave, y en breve estoy en el box 3 enseñando nuevamente mi dedo/morcilla. Una vez

examinadas las radiografías, el doctor me informa de que tan sólo tengo un pequeño esguince. Resultado final: dedos entablillados e ibuprofeno para el dolor.

Ya son cerca de las nueve cuando llego al aparcamiento del instituto.

¡Lo que me faltaba! Mi día *mejora* por momentos: algún idiota ha dejado su moto aparcada en mi plaza y no puedo estacionar mi coche. Debo tocar el tema en el siguiente claustro; últimamente los alumnos están invadiendo las plazas del profesorado y no lo puedo permitir, y menos ahora que soy una tullida.

Después de dar varias vueltas, consigo aparcar mi *crossover* Opel Mokka blanco en la otra punta del parking.

El trayecto hasta la entrada del edificio se me hace eterno, me parece el Camino de Santiago, y en realidad eso parezco: una peregrina coja que va a hacer su petición al apóstol.

Cuando por fin consigo llegar, y nada más traspasar la puerta, suena el timbre que anuncia el cambio de clase y los pasillos se llenan rápidamente de chavales gritando y corriendo. En ese momento sólo puedo pensar en preservar y proteger mi morcillita. Así que agacho la cabeza y me dirijo hacia mi clase, mirando al suelo, cojeando y apartando a todo aquel que se cruza en mi camino.

De pronto, un enorme alumno que viene hacia mí andando diligentemente de espaldas se me echa encima y, sin poder evitarlo, me pisa el pie accidentado. Todo sucede muy rápido, apenas unos segundos, en los que sólo me da tiempo a ver cómo unas enormes botas negras Milwaukee, moteras y de doble hebilla, aplastan literalmente mis dedos.

—¡¡¡La madre que me parió!!! —grito a pleno pulmón; el dolor me nubla la mente—. ¡¡¿Tú de qué vas?!! —sigo vociferando mientras no dejo de observar mi pobre pie—. ¡¡¿No sabes andar hacia adelante como la gente normal?!! ¡¡¿Tienes complejo de cangrejo o qué?!!

Todo el mundo me mira; lo veo por el rabillo del ojo, pues no he dejado de observar mi morcillita. Pero no he podido reprimirme, las palabras han salido disparadas de mi boca, sin que yo haya podido frenarlas.

En unos segundos el raciocinio me alcanza y me doy cuenta del revuelo que se acababa de formar en el pasillo; así que, ávida por llegar a mi clase, me encamino hacia ella sin mirar a nadie, muy digna y con una descomunal cojera.

El resto de la mañana transcurre sin más problemas, y logro impartir con normalidad mis clases a pesar del dolor y del incidente, el cual se ha convertido, sin lugar a dudas, en la comidilla del día.

Al terminar la jornada, recibo una llamada del señor Pérez, en la que me indica que quiere hablar conmigo y que me pase a verlo antes de irme. Obedeciendo su orden, recojo mis cosas, agarro mi cartera y me dirijo hacia el despacho del director. He esperado a que la mayoría de los alumnos se marchen, no me apetece escuchar más cuchicheos a mi costa.

«La que me va a caer», pienso de camino, al acordarme de los improperios que le he soltado al alumno en el pasillo. El arrepentimiento y la vergüenza comienzan a apoderarse de mí. No tendré más remedio que acatar lo que me diga el director, pues jamás se debe faltar al respeto a un alumno, y nunca antes lo había hecho. No sé qué me ha pasado hoy para perder los nervios de esa forma. Pero, igualmente, y como mujer que soy, afrontaré lo que me venga, y me excusaré ante el alumno y su familia, llegado el caso.

La puerta del despacho está entreabierta; tomo aire, que exhalo en forma de suspiro, y doy dos toques con los nudillos antes de entrar.

—Adelante, señorita Sánchez.

—Buenas tardes, señor Pérez.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta al tiempo que me señala la silla que hay frente a su mesa.

—Con el efecto de las pastillas, un poco mejor —contesto mientras tomo asiento—, pero no deja de ser un esguince.

—Últimamente no ganamos para sustos en este instituto. La he mandado llamar para informarle de que la señora Pereira ha sufrido un accidente y le va a ser imposible impartir sus clases... al menos, durante un tiempo.

—¿Es grave? —inquiero sin salir del asombro.

—No lo sabemos todavía. En estos momentos se encuentra en observación en el Hospital La Paz, de Madrid, donde van a realizarle unas pruebas. Fue a pasar el fin de semana con la familia y un coche se les cruzó al cambiar de carril en plena M-30.

—¡Dios mío! —Me echo las manos a la cara; no puedo ni imaginar por lo que habrá pasado. Debo llamarla esta misma tarde.

—Me avisaron ayer por la mañana, así que he tenido el tiempo justo para encontrar un sustituto digno de este centro. El señor Fuentes es el

nuevo tutor de 2.º B, la clase de Pereira. A primera hora de la mañana hemos hecho las debidas presentaciones, menos con usted, obviamente.

—Ya sabe dónde me encontraba... —aclaro señalando mi pie.

—Lo sé, por eso la he avisado, para que esté informada del cambio, aunque me temo que tendremos que esperar a mañana para que conozca al señor Fuentes, pues se acaba de marchar.

—Vaya —comento simulando interés. Realmente aprecio a Pereira, es la mejor compañera que tengo en el instituto, y dudo de que el nuevo pueda reemplazarla.

—Eso es todo, señorita Sánchez, puede irse.

—En realidad, quería saber cuándo es el próximo claustro.

—La semana que viene. ¿Ocurre algo?

—Pues sí, necesito abordar el tema del aparcamiento; los alumnos están ocupando nuestras plazas, hoy sin ir más lejos han ocupado la mía.

—Lo tendré en cuenta. ¿Desea algo más?

—No, nada más. Gracias por su tiempo —digo mientras me levanto y me marcho antes de que el tema del pasillo salga a relucir. En realidad me sorprende mucho que no haya dicho nada al respecto; viniendo de él, miedo me da.

Mi cartera, mi cojera y yo salimos del edificio para coger el coche. A mitad de camino, observo que el okupa de mi plaza está en ella, subido a su moto. Sin pensar, me acerco hasta él dispuesta a decirle cuatro cosas bien dichas. Conforme me voy aproximando, mis ojos se centran en la moto; es una BMW F 800 GS negra metalizada, el último modelo de *trail* que ha sacado la casa.

«Vaya, un caradura con gusto», pienso mientras acelero el paso como buenamente puedo para alcanzarlo.

El chico arranca la moto; lleva un casco Bell M4R carbón con visor polarizado negro y no puedo ver su cara, pero no me importa, he llegado justo a tiempo de plantarme junto a él e impedir que se largue.

—¡Un momento, chico! —Tomo aire, la carrera me ha dejado exhausta—. ¿No has visto que ésta es zona de aparcamiento para profesores? Los alumnos tenéis la vuestra a partir de ese cartel —digo señalándolo. Él no responde nada, así que me envalentono y continúo—. Que sea la última vez que lo haces, aparca en tu área, por favor.

En ese instante, miro hacia abajo y reconozco las botas que me aplastaron el pie. La sangre me sube a la cabeza y siento una punzada en

mi morcillita al recordarlo. Enardecida, le grito:

—¡Has sido tú! ¡Tú me has pisado en el pasillo! —El chico sigue sin decir ni mu, en realidad no le dejo hablar—. ¿No te basta con quitarme la plaza, sino que además tienes que pisarme mi esguince? Esto no va a quedar así, mañana a primera hora hablaré con el director —remato y me marcho cojeando hacia mi coche.

Mientras me alejo, oigo cómo el alumno, que no ha podido articular palabra, gira el puño de la moto, dando un enorme acelerón, justo antes de marcharse.

La rabia que siento aumenta el dolor de mi dedo; la vuelta a casa va a ser aún más dura que la ida.

Al llegar a mi piso, veo la cantidad de mensajes que me han dejado las chicas en el grupo. Ave les ha contado lo sucedido, y están preocupadas. Mientras me tomo un plato de guiso que he comprado por el camino en el local de la esquina, contesto a mis amigas. Me apasiona la cocina; sin embargo, en días como hoy, me permito el lujo de mimarme.

Pam comenta que quieren venir a visitarme, pero estoy muy cansada y finalmente consigo convencerlas de dejarlo para mañana. Necesito una gran siesta para reponer fuerzas y olvidarme de todo. Sin duda este día no figurará entre mis favoritos.

Me tomo el ibuprofeno y me acuesto en mi enorme cama. He cerrado todas las cortinas, apenas entra luz en mi dormitorio. Me acurruco bajo las sábanas, cierro los ojos y, tras ver pasar imágenes de morcillas, botas negras y plazas de aparcamiento, finalmente consigo dormirme.

El pipí-pipí de la alarma suena como cada mañana a las seis; tengo que acordarme de cambiarle el sonido por algo más alegre. Me incorporo en la cama y me percató de que he dormido catorce horas seguidas, la siesta se ha convertido en siestón. Preocupada, miro mi morcillita y observo que, aunque un poco hinchada, está mejor que ayer, es buena señal.

Necesito una buena ducha para despejarme y dejar de lado mi versión de bella durmiente, así que, como de costumbre, enciendo mi iPad. Esta vez selecciono *They don't care about us*,<sup>[3]</sup> del gran Michael Jackson. Adoro esta canción, siempre me pone las pilas, aunque nunca se lo he comentado a Clara, no creo que lo que dice la letra sea del agrado de John.

Los temas del rey del pop me siguen acompañando mientras me seco el pelo y termino de arreglarme. Hoy decido dejármelo suelto; las mechas rubias sobre mi melena castaña me alegran la cara. Fuera comienza a llover, así que opto por ponerme unos vaqueros con un fino jersey de cachemir, y unos botines de horma ancha, hoy no puedo llevar sandalias.

A las siete y media en punto llego al parking del instituto y, para mi deleite, mi plaza está libre. Es evidente que el sermón que le solté al motero ha surtido efecto. Aparco mi coche y, con menor cojera que ayer, me encamino hacia el edificio. En la sala de profesores me preparo un café de cápsula de esos que tanto me gustan. Cierro los ojos y coloco la cabeza sobre la máquina para absorber el aroma que desprende; la contienda por el ranking de aromas está cada vez más reñida.

—Señorita Sánchez —me interrumpe de pronto el director.

—Buenos días, señor Pérez —digo volviéndome hacia él.

—Buenos días. Cuando pueda, venga a verme; quiero presentarle a su nuevo compañero, sólo falta usted.

—Gracias, iré enseguida —contesto mientras él se marcha y yo vuelvo a mi quehacer con la máquina.



Cuando ésta termina, cojo mi taza con el café humeante y llena de espuma y me voy en su busca. Lo localizo en un rincón de la sala, hablando con un hombre moreno de más de metro ochenta, que está de espaldas a mí. Obviamente debe de ser el señor Fuentes, un individuo así no se ve todos los días, y menos aquí, donde prima el sector femenino.

Conforme me voy acercando, lo observo con detenimiento. Viste una camiseta negra semiajustada que deja entrever una espalda ancha y unos ingentes brazos, y lleva unos impolutos zapatos y un pantalón vaquero, también negro, de corte recto y talle bajo, en el que se distingue un perfecto trasero redondo y respingón.

«Espero que la cara vaya a juego con el resto», no puedo evitar pensar al ver semejante estampa.

—Señorita Sánchez —me nombra el director cuando llego hasta ellos —, le presento a su nuevo compañero, el señor Fuentes.

—Un placer —digo mientras le alargo la mano para saludarlo.

—El placer es mío —responde al volverse, devolviéndome el gesto y regalándome una gran sonrisa.

«Madre del amor hermoso, ¿en qué momento he muerto y he entrado en el cielo?» Casi se me cae la taza de la mano al ver aquel rostro. Algo bueno debo de haber hecho para que el karma me venga de vuelta de esta forma. Estoy frente a los ojos azules más bonitos que jamás haya visto. Su rostro es sencillamente perfecto... su nariz, su mandíbula cuadrada, su labio inferior carnoso, su barba de tres días. Todo él.

Sin poder articular palabra, ensimismada y con cara de tonta, veo que Fuentes mira hacia mi mano, que sigue todavía apretando la suya y efectuando movimientos repetitivos de arriba abajo. Cuando me percató, le suelto la mano y me voy muerta de vergüenza en dirección a la máquina de cápsulas.

«¿Cómo puedo ser tan tonta? Que ya tengo treinta y tres años, ¡por Dios!», me riño a mí misma. Tomo un sorbo de mi café y dejo la taza en la bandeja de menaje para lavar; necesito salir de aquí cuanto antes. Mi nivel de ridículo en estos dos días está llegando a su cota más alta.

Entro en mi clase y voy directa a mi mesa. Antes de guardar el bolso en el cajón, saco el móvil para mandarles un mensaje a las chicas.

«Quedada esta tarde en la cafetería a las cuatro. El tonto de Cupido me ha disparado en toda la frente.»

Las respuestas no se hacen esperar. El WhatsApp echa humo y, tras varios comentarios ingeniosos, se confirma la cita.

Como cada mañana, a las ocho en punto suena el timbre que da inicio a las clases, y los alumnos comienzan ruidosamente a entrar en las aulas. A primera hora me toca con mis estudiantes de 2.º A y, debido al incidente de ayer, es hoy cuando entrego los exámenes de matemáticas corregidos. Tras guardar el móvil y saludar a los chicos, me levanto para repartirlos. Invariablemente las reacciones son diversas, aunque son pocos los que están totalmente satisfechos con el resultado. Al llegar a Alberto, observo que está más serio que de costumbre.

—Toma, campeón, y gracias a ti —murmuro al entregarle el examen, con una complaciente sonrisa para intentar animarlo.

Pero, lejos de conseguirlo, me responde con un gesto de indiferencia al cogerlo. Es evidente que algo le ha ocurrido, no es típico de él actuar así conmigo. Debo averiguar qué ha pasado, y ver si está en mi mano el poder ayudarlo.

A la hora del recreo, me dirijo como de costumbre a la cafetería; me muero de hambre, llevo casi veinticuatro horas sin probar bocado. Al llegar a la barra y pedir mi tostada, observo que Fuentes está sentado en mi silla. No es que tengamos sillas numeradas ni nada por el estilo, pero, como en casi todos los trabajos, aquí cada profesor tiene el hábito de ocupar siempre el mismo asiento y en la misma mesa. Es obvio que nadie ha informado al nuevo y, aunque no sea nada importante, lo es para mí, soy mujer de viejas costumbres.

—Hola, chicos —saludo al llegar a la mesa. Finalmente he optado por no decir nada y sentarme enfrente de mi ahora ocupada silla.

—Hola, preciosa —responde María, una compañera muy amable de tercero a la que sólo le quedan unos meses de enseñanza, pues está a punto de jubilarse.

Algunos compañeros me saludan con la mano.

—Hola, Blanca —dice Reme, otra colega de primer curso.

—Señorita Sánchez —me saluda al fin Fuentes, con voz grave y asintiendo con la cabeza.

No entiendo a qué viene tanto formalismo, pero en el fondo me alegra, pues con el mero hecho de estar cerca de él puede cerrárseme el estómago, y verdaderamente necesito alimentarlo. Lo cierto es que aún no sé su nombre, aunque él sí conoce el mío, lo acaba de oír.

El camarero me entrega mi tostada con tomate, y mis tripas lo celebran con un atronador rugido. Cuando saboreo el primer bocado, María me da un suave codazo y me cuchichea al oído:

—¿Has visto qué bueno está el nuevo?

—¡María! —la increpo con la boca llena y a punto de atragantarme por su *sutileza*.

—Nena, o estás ciega o sabes disimularlo muy bien, porque un hombre así no pasa desapercibido.

—Pues no me había fijado, la verdad —susurro tras tragar el trozo de pan.

—¡A una madre le vas a enseñar tú a hacer hijos! A mí no me engañas, es imposible que no te hayas fijado en él.

—Ahora que lo dices, no está mal —vuelvo a mentir tras mirarlo disimuladamente.

—¿No está mal? Guapa, has debido de perder el gusto por los hombres, porque te digo yo que éste no es normal. Le he preguntado si está soltero.

—¿En serio? —María es una caja de sorpresas.

—Y tan en serio —contesta—. Me he fijado en que no lleva anillo. Y... ¿sabes lo que me ha respondido?

—¿Qué?

—Sabía que querrías saberlo; invítame a un café y te lo cuento.

—Eres incorregible —le digo riéndome mientras levanto la mano para llamar la atención del camarero y pedirle con señas dos cafés, uno para María y otro para mí.

En la mesa los compañeros comentan lo sucedido en el último claustro, cuando un profesor intentó politizar la reunión. Observo que Fuentes escucha atentamente lo que se dice; el muy estirado no me ha mirado ni una sola vez. Debe de ser que no soy su tipo, aunque claro está que lo mío no son las primeras impresiones.

Acabo mi tostada justo cuando llegan nuestros cafés.

—Está soltero —susurra María tras dar un sorbo a su aún ardiente café. Siempre me ha sorprendido que le guste tan caliente y sin azúcar.

—Obvio, si no lleva anillo.

—Ya, pero he sacado dos cosas en claro.

—¿Cuáles? —pregunto totalmente intrigada por saber más del nuevo.

—Que sí te habías fijado en él y que el café me ha salido gratis.

Las dos reímos a carcajadas al unísono, llamando la atención de la mesa. Adoro a María, desde el primer día me acogió como si fuese su hija. Pese a su edad, su naturalidad y espontaneidad son, para mí, dignas de admirar.

—Por cierto, ¿sabemos algo de Pereira? —pregunto al acordarme de ella y de que no la llamé ayer debido a mi gran siesta.

—Sí, todo apunta a que deben extirparle el bazo, pero los médicos quieren seguir haciéndole pruebas; intentan evitar la operación y dejarla como último recurso.

—¡Dios mío! Pobre Pepi.

—Saldrá de ésta, ya lo verás —me tranquiliza, sonriéndome y guiñándome un ojo.

El tiempo de recreo llega a su fin y la cafetería comienza a vaciarse. Los compañeros y yo nos levantamos de la mesa, cada uno en su conversación con el otro, excepto Fuentes, que educadamente se despide de todos y se adelanta en dirección a su clase. Al pasar junto a mí, percibo su olor, lleva Invictus; me encanta ese perfume, y el tío del anuncio. Sin poder evitarlo, noto cómo se me hinchán las fosas nasales, cosa que sólo me ocurre en dos ocasiones: cuando me embriaga un olor y cuando me enfado. Y ahora es por ambas, el adonis me ha ignorado durante todo el almuerzo, pero huele a dioses.

Al finalizar la jornada, consulto el horario de la clase de la que soy tutora; quiero hablar con Alberto. Lo localizo en el pabellón deportivo; está duchándose tras la clase de educación física. Mientras espero en la puerta del edificio a que acabe, Ernesto, el profesor de deporte, se acerca a saludarme.

—Blanca, contigo quería hablar.

—¿Qué ocurre? —pregunto sorprendida.

—Se trata de Alberto —responde con preocupación—. Hoy se ha sobrepasado en la clase de boxeo; lo he visto más exaltado de lo normal.

—¿Qué ha pasado?

—No ha sucedido nada grave; es sólo que me ha llamado la atención la forma en que golpeaba el saco, era como si tuviese rabia contenida.

—Por eso mismo he venido hasta aquí, quería hablar con él; yo también lo noté raro esta mañana en mi clase de matemáticas. Gracias por comentármelo, Ernesto.

—De nada, Blanca, espero que no sea nada importante, ya me

contarás. —Se despide de mí tocándome el hombro justo antes de marcharse.

Lo que acababa de explicarme Ernesto no hace más que confirmar mis sospechas de que algo le ocurre a Alberto. Pese a su situación familiar, es un chico cariñoso, y esta actitud tiene que deberse a algo importante, al menos para él.

Al cabo de unos minutos, Alberto sale del pabellón con su mochila a la espalda.

—Alberto, ¿podemos hablar?

—Ahora no tengo tiempo —responde secamente y sin hacer ademán de parar.

—Tan sólo serán cinco minutos —insisto agarrándolo del brazo—, por favor.

—Le doy cuatro —sentencia tras detenerse a escucharme.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

—Tú y yo sabemos que eso no es cierto. Alberto, soy yo; por favor, dime qué te ocurre.

—No me pasa nada.

—Sé que sí —reitero—. Por favor, cuéntamelo para ver si puedo ayudarte.

—¿Qué le hace pensar que me ocurre algo? —pregunta cada vez más enojado.

—Tu comportamiento no es el habitual. Alberto, por favor, dímelo.

—No insista, no me pasa nada —termina diciéndome mientras se dispone a marcharse.

—¡Alberto! —lo llamo intentando con ello que se detenga y poder seguir hablando con él—. ¡Alberto!

Pero él hace oídos sordos a mi llamada y sigue andando sin mirar hacia atrás.

—¡Alberto! —le grito resignada antes de usar mi último cartucho—. ¡Saque lo que saque, gracias por todo!

De pronto se para en seco, da media vuelta y se dirige rápidamente hacia mí totalmente enfadado. Realmente no sé qué me espera con este chico, sólo tengo claro que quiero ayudarlo, hay algo que me empuja a ello.

—¡El cabrón de mi padre ha salido de la cárcel! ¿No quería saberlo?

Pues ahí lo tiene —declara justo antes de marcharse a toda celeridad, dejándome petrificada y con la boca abierta.

Tras reponerme de la noticia que me ha dado Alberto, decido llamar a Clara; necesito su sabio consejo para poder afrontar la situación. John come en el trabajo, así que ella me invita a almorzar a su casa.

—Cuéntame —me dice mientras estamos sentadas a la mesa, degustando una sabrosa lasaña. Clara tiene muy buena mano para la cocina—. ¿Qué ha pasado?

—¿Recuerdas a Alberto, el chico de mi clase?

—Sí, claro.

—Pues verás: hoy estaba distinto, más serio que de costumbre, así que, tras insistir en que me hablara y me contara lo que le sucedía, finalmente me ha confesado que su padre ha salido de la cárcel. Está destrozado.

—Pobre chico, esto le producirá una recaída.

—Eso mismo pienso yo, justo ahora que empezaba a remontar.

—Recuérdame por qué fue condenado.

—Por camello —le informo mientras juego con el tenedor en mi plato; mi estómago ha echado el cierre—. Lo detuvieron hace seis meses, cuando intentaba vender un alijo importante de marihuana a unos chavales en el campus de la universidad.

—¿Y ya está fuera?

—Eso mismo me pregunto yo... A veces creo que no hay justicia en este país.

—Ni en cualquier otro, es algo muy difícil.

—¿Y qué puedo hacer? —le planteo con la esperanza de que mi sabia amiga pueda ayudarme.

—Lo que estás haciendo: estar a su lado, sin implicarte demasiado. Blanca, es un mundo complicado y ajeno a nosotras; debes tener mucho cuidado o podrías verte envuelta en algo realmente feo.

—Lo sé —respondo—, pero no puedo evitar preocuparme por él. Es un chico especial. Su capacidad para las matemáticas es increíble; podría hacer carrera en ciencias sin apenas esfuerzo, y con todo esto...

—Sigue como hasta ahora, educándolo en tu terreno como profesora, pero nada más. Hazme caso, por favor, Blanca —me implora mientras me da un cálido apretón en la mano—, no te excedas en tus tareas.

—Lo intentaré, Clara, lo intentaré —contesto a sabiendas de que tanto ella como yo conocemos cuál será el resultado.

Una vez recogida la mesa y con los platos metidos en el lavavajillas, nos encaminamos hacia la cafetería. Son cerca de las cuatro de la tarde, y hemos quedado con las chicas en el sitio de costumbre.

—Qué despistada soy, con lo de Alberto se me ha olvidado preguntarte... ¿cómo está mi *sobrino*? ¿Te produce mareos o angustias?

—Él no, pero tú sí como sigas conduciendo de esta forma —dice agarrándose al apoyabrazos de la puerta del copiloto.

—Pero si sólo voy hacien...

—¿A cien? —pregunta con los ojos abiertos como platos.

—Haciendo el imbécil por la velocidad que llevo. Nena, me van a multar por lenta, tan sólo voy a cincuenta.

Entre risas y tras una delicada conducción para evitar posibles mareos, llegamos a la cafetería. Aparco el vehículo y, bajo un enorme paraguas Burberry, entramos en el local. Las chicas están dentro, esperándonos, incluso Pam, que para sorpresa de todas hoy ha llegado cinco minutos antes.

Tras los pertinentes saludos, nos sentamos y, con un gesto, llamo la atención de Joan para que nos sirva nuestros cafés.

—¿De qué habláis? —pregunta Clara para poder unirnos a la conversación.

—De una nueva aplicación para *smartphones* y tabletas que sirve para conocer tíos —contesta Pam ilusionada—. Una clienta de la *boutique* me lo ha comentado esta mañana.

—¿En serio? —cuestiono sorprendida.

—Lo es conocer al hombre de mi vida; quién sabe si por aquí lo encuentro.

—Tienes razón, Pam, yo opino igual que tú —interfiere Ave—. Hoy mismo me la descargo.

Entre risas, un encantador Joan llega hasta nosotras.



—Hola, chicas, aquí tenéis vuestros cafés —dice mientras vacía su bandeja.

—Muchas gracias, guapetón —le lisonjea Clara.

—Las que vosotras tenéis —responde mientras da su habitual giro antes de marcharse con su encantador contoneo.

—Bueno, ya nos estás contando todo lo que te ha pasado, empezando por tu pie —inquieta como viene siendo costumbre Lucía, consiguiendo que todas me miren.

—Está mucho mejor. Ayer me di un golpe en el baño y fui a ver a Ave. Tengo un pequeño esguince en el dedo meñique, ahora lo llamo *morcillita*. Fue un día horrible.

—¿Tomas la medicación?

—Sí, Ave, gracias por todo —contesto mientras le guiño un ojo.

—¿Y lo del accidente? —vuelve a preguntar Lucía.

—¿Qué accidente?

—¡El de Cupido en tu frente! —me suelta al tiempo que me da un suave golpe en ella.

Las risas se hacen oír en todo el local y, como es habitual, somos el centro de atención de miradas curiosas.

Les cuento a las chicas lo que me ha sucedido esta mañana con Fuentes, y lo irremediablemente guapo que es.

—¿Y te quedaste embobada dándole la mano, sin decir ni media palabra?

—Ya lo sé, Ave, es para matarme.

—Sin duda tiene que ser muy guapo —comenta Clara.

—Lo es, os lo aseguro —afirmo convencida—. Nunca antes había visto semejante ejemplar.

—La próxima vez hazte un *selfie*, para que lo veamos —añade Pam, provocando nuevamente las risas del grupo.

Cerca de las seis de la tarde, y ya anocheciendo, me despido de las chicas y, tras dejar a Clara en su casa, me voy hacia la mía. Ha sido un día intenso, pero, sin duda, mucho mejor que el de ayer.

Ya en mi piso, me doy una ligera ducha, me pongo el pijama y me dirijo a la cocina dispuesta a darme un capricho. Mi cocina no es que sea muy grande, pero se ajusta a mis necesidades. Está abierta al salón, con armarios lacados en blanco, unos pequeños azulejos en tonos tierra y una coqueta isla en el centro que la preside. Las chicas me ayudaron a

diseñarla cuando me compré el piso. Aún recuerdo las directrices que dimos al carpintero: la cocina debía tener, además de los armarios básicos, una considerable isla, lo suficientemente alta como para poder acoplar en ella unos cómodos taburetes, para que hiciera a la vez de mesa.

Al llegar, abro una botella de vino, me sirvo una copa y comienzo a preparar una ensalada china y unas fresas con nata desnatada para el postre.

De fondo suena, en la radio, la canción *Faith*,[\[4\]](#) de George Michael; me encanta este tema y no puedo evitar bailarlo mientras lavo las verduras.

De pronto el rostro de Fuentes me viene a la cabeza. «Innegablemente Cupido me ha disparado con todas sus fuerzas, debió de desayunar bien esta mañana el puñetero», pienso al acordarme de él y darme cuenta de lo mucho que me gusta, pese a no saber apenas nada del nuevo profesor.

Después de cenar y recogerlo todo, me acuesto en mi cama dispuesta a leer un libro que tengo a medias. Pero, para regocijo del angelito con alas y flechas, no logro concentrarme y no consigo enterarme de lo que leo. Finalmente decido cerrar el libro y pensar en cómo me lo voy a hacer, al día siguiente, para poder conocer algo de él y, a ser posible, sin meter la pata.

Otra vez me he olvidado de cambiar el tono de la alarma y el sonido estridente me despierta de mi bonito sueño. Decido hacerlo en ese momento; busco entre mi galería de canciones del móvil y me decanto por *I feel good*,<sup>[5]</sup> de James Brown, que, por supuesto, es una opción más alegre que la anterior.

Abro las cortinas y veo que las nubes nos vuelven a negar ver el astro rey; las calles están mojadas, ha debido de llover durante toda la noche y parece que lo va a seguir haciendo.

Me voy al baño y me doy, como de costumbre, mi ducha matinal después de lavarme los dientes. Al acabar, me envuelvo en una toalla y me dirijo al empañado espejo. Enciendo el secador y lo aplico al cristal, hasta que consigo poder verme reflejada en él. Me quedo observándome y me doy cuenta de que me gusta lo que veo. No es que sea ningún bellezón, pero ciertamente no me puedo quejar. Mientras me aplico la crema hidratante, contemplo mis ojos oscuros, grandes y almendrados, mi nariz pequeña y mis labios carnosos.

Lo cierto es que, tanto las chicas como yo, somos lo que se suele llamar *resultonas*. Pam es castaña igual que yo, alta y delgada; Clara es morena, de mediana estatura; Ave también es alta, y rubia de nacimiento, y Lucía es la más morena y la más bajita del grupo.

Esta mañana me he levantado de buen humor, y tengo que aprovechar la ocasión: hoy debo estar imponente para que Fuentes se fije en mí, sí o sí. Por la humedad, decido aplicarme espuma y secarme el pelo con el difusor, el estilo alborotado me dará un aspecto más sexy.

El conjunto lo completo con unos *leggings* plastificados negros, una camiseta con cuello en forma de pico de color gris y una americana negra. Mi morcillita aún no me permite ponerme zapatos, así que opto por unas botas. Cuando acabo, vuelvo al espejo del baño para maquillarme; mi *look*

de día suele ser suave, aunque lo acostumbro a acompañar de mi inseparable carmín rojo.

Tras ponerme algunos complementos, cierro la puerta de mi piso y me encamino hacia el instituto, dispuesta a comerme el mundo y, sobre todo, a llamar la atención de mi nuevo compañero.

Al llegar al centro, aparco mi coche y, sin apenas cojear, me dirijo bajo el paraguas hacia la sala de profesores. Una vez dentro, dejo mis cosas sobre la mesa y saludo a los compañeros, mientras busco con la mirada a Fuentes, pero ni rastro de él.

«Mi gozo en un pozo», pienso al acercarme a la máquina de café y comenzar mi ritual de inhalar el aroma que desprende.

—Buenos días, preciosa —saluda María, quien acaba de entrar sacudiendo el paraguas.

—Buenos días, María. ¿Cómo estás?

—No tan bien como tú —responde con su habitual sonrisa—. Hoy estás imponente. ¿A qué se debe, si puede saberse?

—A nada en especial —contesto, mientras introduzco otra cápsula para preparar su café, y añado—: A que me he levantado de buen humor, supongo.

—Te conozco, y esto no se debe sólo a tu estado de ánimo. ¿No tendrá que ver con la nueva incorporación a la plantilla?

Una amplia sonrisa se refleja en mi sonrojada cara. Debe de ser la edad, la experiencia o ambas, porque a esta mujer no se le escapa nada.

—Qué bien me conoces, María. Aunque de poco me ha servido de momento —susurro para que ninguno de mis colegas pueda oírme—, aún no ha llegado.

—Pues esperemos que no tarde mucho; sería una pena que se perdiese esta belleza —me piropea mientras me agarra el brazo y me echa una ojeada de arriba abajo cariñosamente.

Entre risas y cuchicheos varios pasan los minutos, y a las ocho en punto suena el timbre que marca el inicio de las clases. Fuentes no ha aparecido en la sala de profesores y comienzo a preguntarme si vendrá hoy, o todos mis esmeros habrán sido en vano.

Las primeras clases las doy de forma automática; no dejo de mirar el reloj, los minutos pasan lentos. La hora del recreo y la posibilidad de poder verlo en la cafetería parecen no llegar nunca.

A falta de una hora para el descanso, mis alumnos entran en clase...

todos, menos Alberto. Pregunto a los chicos por él, y me responden que no ha venido en toda la mañana. Tengo claro que algo está pasando y lo peor es que me conozco y sé que no voy a parar hasta averiguarlo. Ensimismada con el tema y sin dejar de darle vueltas a la cabeza, suena el timbre que da por finalizada la clase. Los chicos salen disparados, mientras que yo me quedo enviando un mensaje a la madre de Alberto. Es la norma habitual del centro: cuando un alumno no se presenta a las clases, enviamos mensajes de texto al móvil del padre o la madre, para poder así evitar, entre todos, que hagan pellas y pierdan clases. Pero la madre de Alberto no me contesta; aunque el indicador marca el mensaje como leído, no lo hace. Todo es muy extraño.

Con mi impotencia batallando con mi juicio, me marchó hacia la cafetería. Hoy está repleta, la lluvia ha hecho que prácticamente todo el centro esté aquí cobijado. Al llegar a la barra, saludo al camarero y, con señas, le pido mi almuerzo, justo antes de dirigirme hacia mi mesa.

¡Fuentes! Con lo de Alberto, no había vuelto a pensar en él, hasta ahora. Conforme me acerco, el corazón se me acelera y noto cómo mis mejillas se tornan rosas; sin duda este hombre me pone, y mucho.

Lo descubro sentado nuevamente en mi silla; está claro que nadie le ha dicho que ahí me suelo sentar yo, aunque no me extraña, pues lo cierto es que el hombre impone.

—Hola, chicos —saludo al llegar a la mesa y sentarme junto a María.

Todos me responden, incluso Fuentes, que me saluda con su ya habitual «señorita Sánchez».

«Le comía hasta la voz», pienso en ese momento, dejando salir un soplo al suspirar. Sé que no es algo racional, pero no puedo dejar de sentirme así; su presencia me enerva y mis sentidos se estimulan desorbitadamente cuando está cerca de mí. En mi cabeza me imagino encuentros íntimos con él, momentos mágicos e irrefrenablemente morbosos. Con disimulo, miro su boca y me imagino devorándola, absorbiendo su labio inferior, degustando su sabor, deleitándome hasta extasiarnos a ambos por completo...

—Me lo comía entero.

—¿El qué? —me pregunta extrañada María.

—El bar entero —respondo al darme cuenta de que lo he dicho en voz alta —, estoy muerta de hambre.

—Pues empieza con tu almuerzo, que ahí viene —dice señalando al

camarero.

Debo controlarme o me puedo meter en un buen lío. Me gustan los hombres, pero lo de Fuentes no es normal. Nunca me había sentido así antes, es como si volviera atrás en el tiempo y, de pronto, me convirtiera en una quinceañera completamente enamorada. El deseo y la razón han entrado en conflicto, y sé que el único culpable es el angelito con arco y flechas; en menudo lío me ha metido.

—Señores —irrumpe en ese instante el señor Pérez al acercarse a nuestra mesa—: Les informo de que el claustro se ha adelantado y se realizará mañana a última hora. Les espero a todos en la sala de juntas.

—Allí estaremos —contesta Reme de forma condescendiente, como es habitual en ella. En el centro se rumorea que ella y el director tienen un lío, aunque yo tengo mis dudas.

—Gracias por avisar —dice Fuentes.

—Señor Pérez, ¿abordaremos el tema del aparcamiento, como le comenté?

—Sí, señorita Sánchez —me responde y, antes de marcharse, añade—: Disfruten de su almuerzo.

—¿Qué ocurre con el aparcamiento? —pregunta Ernesto, consiguiendo que todos me miren, incluso Fuentes.

—El otro día, cuando llegué tarde, un alumno aparcó su moto en mi plaza de parking.

—A mí me pasó hace unas semanas —indica María—; unos chicos ocuparon mi plaza con su Seat Ibiza.

—Lo llevan haciendo de un tiempo a esta parte —continúo—. Lo duro fue que venía del hospital con un esguince en el pie, y tuve que aparcar bastante lejos de la entrada.

—Pobre —dice Reme.

—Pues ahí no queda la cosa —añado—. Como con eso no tuvo suficiente, en el pasillo, de camino a mi clase, me dio un pisotón que me hizo ver las estrellas, los satélites y el horóscopo del mes que viene.

Mi comentario hace reír a toda la mesa, excepto a Fuentes, que me observa con mirada pícaro y una media sonrisa que me hace estremecer y me eriza todo el cuerpo. La imagen quedará grabada en mi mente para siempre.

A las dos del mediodía suena el timbre que da por finalizadas las clases. Los chicos comienzan a salir; entretanto, yo me quedo en el aula

recogiendo unos papeles que debo repasar de cara al claustro. El silencio comienza a apoderarse del centro, ya apenas se oyen las voces de los más rezagados en salir. Ensimismada en mis quehaceres, unos golpes en la puerta me interrumpen. Es Fuentes.

—¿Puedo pasar?

—Adelante —respondo intentando aparentar normalidad, hecho que me cuesta bastante, pues el corazón se me acelera conforme se va acercando. Esos vaqueros entallados y ese jersey negro le quedan de infarto.

—¿Podrías ayudarme? Necesito la lista de asistencia de tus alumnos para contrastarla con la mía.

—Claro, la tengo por aquí.

La voz apenas sale de mi cuerpo. Con todo el esfuerzo que me es posible, consigo dominar el temblor de mis manos al buscar entre mis papeles.

De pronto, Fuentes se sitúa detrás de mi silla, apoyando una mano en el respaldo y la otra en la mesa. Se inclina sobre mí y coloca su cabeza junto a la mía, sobre mi hombro izquierdo. Noto su respiración. Mis fosas nasales se hinchan nuevamente para absorber su aroma; su olor es indescriptible, y los latidos de mi corazón son imparables. Nunca antes habíamos estado a solas, y mucho menos en esta situación. Su presencia me impide pensar con claridad, mientras repaso los papeles, una y otra vez, incapaz de ver ninguno.

—Hoy estás preciosa, Blanca —susurra de repente.

Cierro los ojos e inhalo una gran bocanada de aire, me ahogo. Mi excitación no me deja ver lo que tengo delante, mis manos se paran y mi mente vuela. Un deseo irrefrenable de vaciar la mesa con el brazo y subirme encima de ella se apodera de mí. Lo necesito, necesito que me tome, que me haga suya, hacerlo mío. Llevada por el deseo, inclino la cabeza levemente hacia atrás, esperando que sus abrasadores labios se apoderen de mi cuello. Mi respiración entrecortada le invita a ello. En ese momento, su mano derecha suelta el respaldo de la silla; me agito pensando qué me va a hacer. Me roza la mejilla suavemente con la mano... y coge el papel de la lista que había venido a pedirme. Se incorpora y me suelta:

—¡Aquí está! Muchas gracias. Hago una copia y te la devuelvo en un minuto.

Y se marcha de mi clase, dejándome totalmente extasiada y con cara de tonta.

«¡Lo mato!»

Sin poder reaccionar, me quedo machacándome a mí misma por lo estúpida que he sido. Ha sido cruel conmigo, y yo una necia irremediable. A toda prisa decido recoger mis cosas y marcharme de allí cuanto antes. No necesito esperar la lista, lo tengo todo informatizado y puedo sacar otra en cualquier momento, y mucho menos cruzarme con él. Pero esto no va a quedar así, se lo voy a hacer pagar.



Esa tarde necesitaba salir a correr; había dejado de llover a media mañana y el sol brillaba con fuerza, pero mi morcillita no me lo iba a permitir, así que decidí irme a mi rincón favorito. Es un pequeño mirador recóndito, que se encuentra en la ladera de la montaña que hay justo al salir de la ciudad. Apenas tiene visitantes, hecho que agradezco y me complace, pues suelo ir allí a reencontrarme con mis pensamientos.

Al llegar, aparco bajo un árbol en un reducido espacio y, andando, recorro los pocos metros que me separan de mi observatorio preferido. Es un lugar precioso. En el centro hay una gran roca con superficie plana; a veces creo que alguien la puso ahí para poder usarla de asiento. A ambos lados se alzan unas enormes coníferas que enmarcan y otorgan sombra al lugar. En el borde, y como si se tratase de una barandilla, hay unos matorrales de romero que embriagan el ambiente. Y, como colofón, las vistas de la ciudad, con sus altos edificios, su catedral, sus jardines, sus abarrotadas calles y sus gentes. Desde el mirador observo todo el movimiento e intuyo el característico bullicio, pues a mis oídos tan sólo llega el cantar de los diferentes pájaros que allí arriba habitan.

Tras sentarme en la acomodada piedra, cierro los ojos y me preparo para inhalar el agradable olor que emana de los pinos y el romero. La respiración profunda, la fragancia, los cantares y las vistas realmente consiguen relajarme.

Llevo tiempo sin tener una relación, y el encuentro con Fuentes en mi clase me ha desbordado. Desde que terminé la relación con mi ex, hace tres años, tan sólo he tenido momentos esporádicos de mal sexo con unos pocos hombres, y concretamente llevo seis meses sin estar con nadie, sin que me acaricien, ni me besen. Pero, pese al tiempo transcurrido desde mi última cita, sé que lo que he sentido hoy ha sido especial; mi deseo por Fuentes es ya una realidad, y va más allá de lo racional.

¿Cómo ha podido ser tan cruel? ¿Qué buscaba realmente? Está claro que la lista de asistencia, pero ¿era necesario pedirla así? Entonces me percaté de que me llamó por mi nombre, y lo curioso es que yo desconozco el suyo. Mi desventaja en la carrera es clara.

Si algo he aprendido de mis vivencias y de la de las chicas es que no hay quien entienda a los hombres. Sé que somos distintos por naturaleza, pero hay comportamientos que nos unifican y nos hacen parecer iguales. El hecho de que se me haya acercado de esa forma es, sin duda, un claro ejemplo de que le gusto o, de lo contrario, hubiera guardado las distancias. Y la frasecita «Hoy estás preciosa, Blanca», ¿la hubiera dicho de no pensarlo? Creo que no, y mucho menos del modo en que lo hizo.

Conclusión: he acertado con el *look*, le gusto; debo hacérselas pagar por dejarme tontorrón en mi clase, y tengo que irme ya o perderé toda la sensibilidad de mi precioso trasero por estar tanto tiempo sentada en esta piedra.

Descendiendo por la montaña de mi amado rincón secreto, decido ir a la *boutique* de Pam.

—Hola, cariño, ¿qué haces por aquí?

—Hola, Pam —la saludo a la vez que nos damos dos besos y un pequeño abrazo—. He venido a verte y a darte un capricho.

—Estás en el lugar adecuado. ¿Qué necesitas?

—Venganza.

—¿Cómo dices? —pregunta con los ojos abiertos de par en par.

—Que necesito lo más sexy que tengas a la par que serio.

—Ya sé por dónde van los tiros —dice con total seguridad—. Anda, ven conmigo. Sé exactamente lo que precisas.

Adoro a Pam, es una gladiadora que lucha por lo que quiere, lo que le ha llevado a estar entre lo más alto en el mundo de la moda de la ciudad. Desde hace años regenta una *boutique* de alta costura, situada en pleno centro. En sus comienzos tan sólo era una tienda más de ropa y complementos, que su exmarido le montó para que se «entretuviera», como él solía decir. Pero, con el tiempo, ella supo convertirla en un claro referente del buen vestir y de la alta calidad. De sus perchas cuelgan Armani, De la Renta, Miss Sixty, Salsa y un largo etcétera, y sobre sus estantes reposan Louis Vuitton, Furla, Balenciaga...

Es el paraíso de cualquier mujer, dirigido por una diosa del *prêt-à-porter*.

A la mañana siguiente, tras mis rituales matinales y con un sol radiante asomando para dar los buenos días, me dispongo a estrenar el conjunto que le compré a mi amiga. Tengo los nervios a flor de piel; el estilo del atuendo es nuevo para mí, y el encuentro con Fuentes es inminente.

Para vestirme, elijo como acompañamiento la canción *I'm an Albatroz*,[\[6\]](#) de AronChupa, que me encanta.

La camisa blanca entallada tiene una hechura que realza mis pechos. El traje chaqueta de pantalón negro aporta al conjunto la seriedad que buscaba. Y, como colofones, una corbata fina de seda con el nudo a la altura del escote y un sombrero de copa sobre mi alborotada melena suelta. Lo cierto es que, al verme frente al espejo, yo misma me asombro del resultado; sin duda, Pam es una artista.

Tras maquillarme estratégicamente y calzarme mis botines negros de medio tacón, salgo de casa dispuesta a desafiar a mi compañero.

Hoy hay más gente que de costumbre en la carretera; un camión lleno de cajas de cerveza ha volcado y la retención que los mirones provocan se hace patente en las largas colas. A dos manzanas del instituto, y parada en un semáforo en rojo, presiono los botones de mi radio para cambiar de emisora, hasta que sintonizo *Satisfaction*,[\[7\]](#) de los Rolling Stones. Subo el volumen y comienzo a cantarla, mientras me miro en el espejo poniendo morritos.

En medio de mi concierto privado, oigo el rugir de una moto junto a mi coche y, llevada por la curiosidad, miro hacia mi ventanilla para ver de qué maravilla proviene ese encantador sonido. Para mi sorpresa, veo que es nuevamente una BMW F 800 GS negra metalizada y, al fijarme más, reconozco las botas Milwaukee de doble hebilla; sin lugar a dudas es el Cangrejo roba-aparcamientos del lunes. Desafiante, me quedo mirándolo, intentando ver su rostro a través del oscuro visor, pero me es imposible. El semáforo se pone en verde, y sale disparado dando un buen acelerón.

Con un cabreo enorme por la impotencia, y tras haber suspendido el concierto por culpa del crustáceo, llego al parking del instituto esperando ver mi plaza libre. Asombrosamente compruebo que lo está, aunque algo llama mi atención. La moto está aparcada en la plaza de Pereira, situada a tres de la mía.

«Lo de este chico no tiene límites», pienso. Me bajo del vehículo, me coloco el sombrero y me encamino hacia el edificio, mientras miro entre los chicos esperando, en vano, encontrar al Cangrejo.

A unos metros de la puerta, el timbre suena y, junto a los alumnos, entro en el centro y voy directa a mi clase. Con el embotellamiento, hoy he llegado con el tiempo justo, y no voy a poder tomarme mi café mañanero que tanto me gusta.

Tras dar las primeras clases y no haber todavía rastro de Alberto, decido llamar a su madre, pero sigo sin obtener respuesta; la buena señora me ha rechazado la llamada. Cojo mi bolso e, indignada, me voy hacia la cafetería a reponer fuerzas y, de paso, a lucirme ante Fuentes.

Al entrar veo que están todos sentados a la mesa, y a Fuentes en mi antigua silla. Me tiro de la chaqueta, tomo aire y, con una de mis mejores sonrisas, saludo al llegar.

—Buenos días.

—Buenos días —responden todos al unísono.

—¡Guau, Blanca! —exclama de pronto Ernesto—. Hoy estás que rompes moldes.

—Gracias, Ernesto, no es para tanto —le digo simulando indiferencia por mi estudiada y elegida vestimenta.

—Pues, si no lo es, no quiero ni pensar qué te pones cuando sales de fiesta —se mofa levantando las cejas.

—Me temo que eso es algo que no podrás averiguar —le respondo guiñándole un ojo.

—¿Por qué no podrás? —interviene de pronto Fuentes, que no ha dejado de mirarme con cara de pocos amigos desde que entré por la puerta de la cafetería.

—¿Acaso te interesa? —le pregunto desafiante.

—No, es simple curiosidad.

El semblante de su cara es un poema, con el ceño fruncido y, sin atisbar una mínima curvatura en sus labios que indiquen una sonrisa, continúa.

—¿Sueles responder con otra pregunta?

—Y a ti, ¿te gusta meterte en la vida de los demás?

—Eh, chicos —interrumpe María—, haya paz.

—Los fines de semana suelo irme con mi mujer y los críos al pueblo —interviene Ernesto—; de ahí que sea difícil que coincidamos, eso es

todo.

La tensión se podría cortar con un cuchillo; la batalla ha comenzado y yo no estoy dispuesta a dejarme amedrentar.

—Por cierto, Fuentes —expongo de pronto con tono sarcástico—, ¿pudiste hacer la copia de la lista que te dejé ayer, o se te calentó la fotocopidora?

—Lo cierto es que se calentó bastante —responde siguiéndome el juego.

—Eso he oído —continúo—; quizá es que no sabes manejarla bien.

—Todo lo contrario, cuanto más caliente se pone, mejores copias hace.

Mi plan se está revirtiendo en mi contra; sin duda he hallado un contrincante a mi mismo nivel, lo que resulta frustrante a la par que desafiante y morboso.

—Entonces, de ser así —añado—, ¿merece la pena que se caliente para sólo una fotocopia?

—Sí, todo depende del resultado final. La calidad es lo más importante.

«Lo mato... bueno, mejor me lo como y después lo mato.» Acabo de perder otra batalla en mi propio terreno; mis soldados están agotados y les ordeno que se retiren.

Ante el asombro de los compañeros, me despido educadamente y me marchó de allí, a sabiendas de que Fuentes me mira el trasero.

De vuelta en mi aula, y a falta de unos minutos para el inicio de la clase siguiente, escribo un WhatsApp a las chicas:

Blanca: «Socorro. Tocada y hundida».

Ave: «¿Qué ocurre?».

Blanca: «Este hombre me está matando, no sé si podré aguantar el claustro».

Pam: «¿Te has puesto el conjunto?».

Blanca: «Sí».

Lucía: «¿Qué conjunto?».

Pam: «El andrógino».

Clara: «¿Y no ha funcionado?».

Blanca: «No, bueno, sí. No lo sé».

Ave: «Reunión urgente, chicas».

Pam: «A las nueve estamos en tu casa. Aguanta, nena».

Con las fuerzas que mis amigas me proporcionan, me dirijo a la sala de juntas, una vez acabadas las clases. Busco a María y Reme y me siento

junto a ellas frente a la gran mesa color caoba. La primera, a sabiendas de que no voy a contestar a ninguna pregunta acerca de lo que ha pasado a media mañana en la cafetería, inicia la conversación comentándonos a ambas la evolución del estado de Pereira. Nos está explicando la mejoría que está experimentando y lo bien que la están tratando los médicos en Madrid, cuando, de pronto, veo entrar a Fuentes... y literalmente me quedo petrificada.

—Blanca, ¿qué te ocurre? —pregunta María al verme pálida y sin mover una sola pestaña.

—Muchacha, ¿te encuentras bien? —continúa Reme.

Pero yo no puedo articular palabra; el aire no entra en mis pulmones y mi corazón se desboca. Un nudo en la garganta centra mi mundo. María coge rápidamente un vaso, lo llena de agua de la jarra que está frente a nosotras y me lo da. De forma automática, cojo el vaso y me lo llevo a la boca, logrando que por un instante mi nudo afloje para dejar pasar unas gotas de agua. Aprovechando la coyuntura del momento, una leve palabra en forma de susurro sale de mi garganta:

—Cangrejo.

—Madre mía, esta niña ve visiones —le indica María a Reme muy preocupada.

—Blanca, es sólo agua potable, no es de mar —aclara Reme.

—Es el Cang... —Mi palabra es cortada por un dolor insoportable. María acaba de darme un pellizco en el brazo—. ¡Ay!

—¿Ves? Ya sabía yo que los remedios caseros no fallan.

—Pero, María, ¿por qué has hecho eso? —pregunto tocándome con la mano la zona dolorida y futuro moratón.

—Porque necesitabas volver a la vida, que te has *quedao* tiesa como una vela. ¿Se puede saber qué te ha pasado y a qué viene eso de cangrejo?

—Fuentes es el Cangrejo. Mira sus botas —digo indicándole sus pies con los ojos.

—Unas botas moteras negras —responde mientras se queda mirándolas descaradamente—, con hebillas plateadas... pero yo no veo el cangrejo en ningún sitio.

—No, él es el Cangrejo. ¿Recuerdas el pisotón que me dieron en el pasillo? —Ella asiente—. Es el mismo que ocupó mi plaza de aparcamiento; yo creía que era un alumno, pero no es así, es Fuentes.

—¡Madre del amor hermoso! —exclama María llevándose las manos

a la boca.

—Uno de los temas del claustro es la ocupación de las plazas de aparcamiento de los profesores por parte de los alumnos, yo misma lo propuse. ¿Qué voy a hacer ahora? Mi cupo de ridículo semanal ha llegado a su límite.

—Estate tranquila, yo sacaré el tema —replica acariciándome el hombro—. Ay, niña, «a batallas de amor, campo de plumas».

La reunión del claustro se me estaba haciendo eterna. Fuentes se sentó frente a mí, y ambos pasamos la mayor parte del tiempo desafiándonos con las miradas. Él era consciente de que yo había averiguado que él fue quien me pisó el pie en el pasillo y a quien grité en el aparcamiento, y esperaba a que le dijese algo al respecto, pero no lo hice. Era yo la que esperaba una disculpa por lo que me hizo, pero Fuentes no se inmutó. Y esa batalla no estaba dispuesta a perderla, a orgullosa no me ganaba nadie, pero mi contrincante tenía los ojos más hermosos y picarones del mundo y, cuando me sentía flaquear, apartaba la mirada simulando estar atenta a la reunión, para demostrar mi, inexistente, indiferencia por él.

María cumplió su palabra y fue ella la encargada de abordar el tema del aparcamiento. A veces creo que esta mujer es mi hada madrina. Afortunadamente, el señor Pérez no me preguntó al respecto; el tema era sencillo y bastó con la exposición de mi compañera.

Con la reunión casi acabada, y con algunos colegas empezando a recoger sus cosas, Fuentes interviene.

—Señor Pérez, ¿se sabe cómo vamos a proceder con respecto a las ausencias de los dos alumnos que hablamos ayer?

«¡Alberto!» ¿Fuentes había estado hablando del tema con el director? De ahí lo de la lista que me pidió. Vale, realmente no entró en mi clase por mí, quedaba claro.

—Sí, gracias por recordármelo, señor Fuentes —responde el aludido, para comunicarnos a continuación—: Como la mayoría de ustedes sabrán, dos alumnos llevan faltando a las clases varios días; se trata de Juan Martínez y Alberto Jiménez, ambos alumnos del señor Fuentes y de la señorita Sánchez, respectivamente. ¿Han contactado con



sus padres? —nos pregunta mirándonos a ambos.

—Yo lo he intentado —respondo—, tanto por mensaje como por llamada de voz, pero me ha resultado imposible. La madre de Alberto no atiende a ninguna de estas dos vías.

—A mí me han contestado el mensaje —interviene Fuentes—, pero sin darme fecha de vuelta ni explicación del motivo de la ausencia, así que se puede decir que estamos en la misma situación.

«¿Fuentes echándome un cable? Esto es nuevo.»

—Está bien —nos contesta el director—. Según la normativa del centro, y conforme al acuerdo que adquirimos con las autoridades competentes, en caso de que el próximo martes no aparezca ninguno de los dos, lo pondremos en manos de éstas. Tengan a bien informarme al respecto ese día a última hora.

—Por supuesto —contesta Fuentes.

—De acuerdo —digo mientras intento recordar la posible relación que pudieran tener los chicos. Que ambos hayan faltado los mismos días a clase me resulta, cuanto menos, curioso.

La reunión se da por finalizada cerca de las tres y media de la tarde, y el ansia por salir de allí se apodera de mi juicio, hasta tal punto que olvido que la mayoría de las veces que se celebra claustro unos cuantos compañeros solemos ir a comer a un restaurante cercano al instituto.

—Espero que hoy tengan asado en el menú —dice Ernesto saliendo de la sala—; el último día me sorprendieron con un arroz con verduras.

—Pues bien bueno que está, compañero —contesta Reme—; unas verduritas nunca vienen mal.

—¿Vienes con nosotros? —pregunta de pronto María dirigiéndose a Fuentes.

—¿Adónde?

—Después de los claustros vamos a comer al restaurante Paquito; está a dos calles de aquí, y el menú no es caro. Anda, vente —continúa María—; las comidas ayudan a integrarse y a conocer más a los compañeros.

«Pero ¿qué está haciendo esta mujer?»

—Tendrá cosas que hacer —opino de pronto.

—Pues lo cierto es que sí —contesta el adonis.

Uf, menos mal, tengo hambre y me encanta la comida de Paquito; la idea de ser observada mientras devoro el almuerzo me abochorna

enormemente.

—Pero también necesito comer, así que... contad conmigo —dice de pronto con mirada triunfante y su endiablada media sonrisa. Y, agarrando el hombro de Ernesto, continúa—: Veamos si ese asado es tan bueno como dices.

Tengo tres opciones: salir huyendo, afrontar la situación o matar a María. Finalmente opto por la segunda, sin duda es la que se espera de mí, y la menos sangrienta. Así que respiro hondo, me coloco bien mi sombrero y me dispongo a marcharme hacia el restaurante junto con mis compañeros.

Por el camino, y como es habitual en la mayoría de lugares, los hombres caminan juntos hablando de sus cosas y las mujeres vamos detrás, en grupo. Siempre me ha llamado la atención esta forma de relacionarnos que tenemos los seres humanos, debe provenir de nuestros antepasados, pero el hecho es que, hoy por hoy, sigue vigente.

Con todo el disimulo del que soy capaz, observo el movimiento que tiene el perfecto trasero del Cangrejo al andar. Me imagino paseando abrazada a él, con la mano metida en el bolsillo trasero de su pantalón. Un suspiro sale de mis pulmones.

—Pero qué culo tiene el *jodío*.

—¡María! —la increpo mirándola.

—María, ¿qué? No me digas que no te has fijado.

—Es imposible —añade Reme.

—¡Pero bueno! —las riño a ambas.

—Bueno está él —responde María—. Hija, tú lo llamarás Cangrejo, pero para mí es como una gamba, está *pa* comerle hasta la cabeza.

Las risas de las tres llaman la atención de los hombres, que se paran y se vuelven para ver qué ocurre. En ese momento, Fuentes me mira y me dedica una sonrisa que no había visto antes en él. Mi corazón da un vuelco; me acabo de enamorar un poquito más.

María se las ha ingeniado, ya en el restaurante, para que Fuentes y yo acabemos sentados uno enfrente del otro. Para suerte de Ernesto, hoy de menú hay asado, y todos lo pedimos como plato principal. Cuando el camarero nos pregunta por las bebidas, Fuentes contesta por todos nosotros, y me sorprende al escuchar el vino que ha elegido, un Emilio Moro de 2011. Paquito, además de tener una buena comida casera, dispone de una magnífica bodega, y tener en sus estantes alguna de estas botellas es

prueba de ello.

—Fuentes es un apellido precioso —comenta María mientras degustamos los entrantes—, pero, ahora que caigo, no sabemos tu nombre. ¿Cuál es?

—Eh... Nacho, me llamo Nacho.

—Don Ignacio —inquiero con tono de importancia.

—No, sólo Nacho —responde desafiándome nuevamente con la mirada.

—Pues bienvenido, Nacho, a nuestro selecto grupo —añade Ernesto elevando su copa invitando al brindis.

Todos respondemos al gesto y, tras chocar las copas, me bebo todo el contenido de la mía de golpe. Estoy muy nerviosa y voy a necesitar media bodega para sobrellevar el almuerzo.

En ese instante suena el móvil de Fuentes, alias Sólo Nacho; su cara se torna seria y, tras disculparse, se levanta para atender la llamada. A los pocos segundos vuelve y nos comunica que, tras la comida, debe marcharse.

—¿Ha ocurrido algo grave? —pregunta Reme.

—No, un asunto que debo resolver, eso es todo —responde mientras da un sorbo a su copa con gesto sombrío.

En la mesa se produce un silencio, que es roto por la chispeante María.

—Eso ha sido la novia, que lo ha reclamado.

«Dios mío, dime que no tiene novia.»

—Si es que las mujeres no dejáis respirar a nadie —comenta Ernesto.

—¿Perdona? —interviene Reme—. Si no sabéis vivir sin nosotras.

—Eso habría que verlo —responde nuevamente el profesor de educación física—. Necesitáis saber dónde estamos en cada momento.

—Porque nos preocupamos por vosotros —añade María.

El diálogo hombre contra mujeres continúa entre los tres, cuando con voz baja le pregunto a Fuentes:

—¿Tu novia es así de acaparadora?

—Si así fuese, ¿sería algo malo?

—¿Sueles responder con otra pregunta?

Su mirada picarona me atraviesa hasta el cerebro.

—No es acaparadora —murmura.

—Luego tienes novia.

—Yo no he dicho eso.

—Pero tampoco lo niegas —insisto.

—Eso pertenece a mi vida privada.

—Lo que yo me ponga los fines de semana para ir de fiesta también —replico al recordar nuestra conversación a la hora del recreo.

Nuestro duelo particular es interrumpido por el camarero, que nos sirve los platos principales.

El resto de la comida transcurre con miradas desafiantes y conversaciones varias acerca del trabajo. Hasta que, de pronto, Fuentes pregunta:

—¿Y cuál es vuestro estado actual, estáis todos casados o con pareja?

—Yo, amigo mío, ya lo sabes, casado y cazado —responde Ernesto mostrando su anillo.

—Yo también —dice María—, y con unos hijos y nietos maravillosos.

—Yo felizmente divorciada —añade Reme, haciendo reír a toda la mesa.

Tras un breve silencio, y viendo que yo no contesto, el adonis me pregunta:

—¿Y tú, Blanca? ¿Cuál es tu estado actual?

—Sentada y comiendo asado, gracias.

Mi comentario hace desaparecer su media sonrisa y, como caído del cielo, aparece el camarero para preguntarnos por los postres y sacarme del atolladero. No estoy dispuesta a darle información si no obtengo alguna por su parte. Los compañeros me miran extrañados, excepto María, que sabe perfectamente qué está ocurriendo allí.

Una vez que todos han elegido el postre que quieren tomar, al llegar mi turno me vengo arriba y le indico al camarero que tan sólo quiero un plátano entero, sin cortar ni pelar. En ese instante me levanto y, tras disculparme, me marchó al aseo para evitar así comentario alguno y, de paso, darme un retoque frente al espejo. Había recordado una historia que vivió Lucía con su Lobo, y aquél era el momento adecuado para revivirla y probarla. Tras lavarme nuevamente las manos, saco de mi bolso mi pintalabios rojo de Chanel y me lo aplico concienzudamente. Me coloco bien la camisa y la corbata, y salgo del baño dispuesta a demostrar de qué pasta estoy hecha.

De vuelta a la mesa, la conversación gira de nuevo en torno al

trabajo, hecho que agradezco, y que supongo que es obra de María. El camarero está sirviendo los postres cuando la oigo decir:

—Esperemos que, con los nuevos carteles, los alumnos no vuelvan a invadir nuestros aparcamientos.

—Eso he oído en la reunión, esperemos que cada uno sepa cuál es su sitio —le contesta Fuentes para, después, mirarme y dedicarme su particular media sonrisa.

En ese momento, y en honor al Lobo, cojo mi plátano, lo pelo e introduzco la punta en mi boca lo más despacio y sensual de lo que soy capaz. Los compañeros están a lo suyo, mientras que Fuentes y yo tenemos nuestro instante íntimo. Mi mirada provocativa es respondida por sus ojos deseosos. Observo cómo su nuez se desplaza; su trago confirma que mi obra está surtiendo el efecto esperado. Con fuerza, aprieta las manos hasta dejar blancos los nudillos, su contención es palpable. Y, justo en ese momento, cuando nuestras miradas se funden en una sola e imagino lo que debe de estar pasando por su mente, le doy un fuerte bocado al plátano, y lo mastico con mirada triunfante.

Su gesto de dolor me hace sonreír, y en un susurro le remato:

—Toma, eso por el pisotón.

La comida termina y, tras las despedidas, me encamino hacia mi casa; las chicas vienen esta noche y debo ordenarla un poco. Una amiga de la familia viene a limpiarla una vez por semana, así que, con sólo quitar unos pocos enredos y mantenerla, es suficiente para que esté en buen estado. No me gusta limpiar, y admiro a las personas que se ganan la vida dignamente haciéndolo.

Ya en mi piso, me pongo cómoda con una fina sudadera de Harley Davidson y unos *leggings*. Enciendo el iPad y selecciono la carpeta de Queen. La primera en sonar es *I want to break free*;[8] la imagen de Freddie Mercury con la aspiradora me acompaña mientras ordeno.

La parte de la canción donde habla de estar enamorado hace que Fuentes vuelva a mi mente. Mi compañero está consiguiendo ser el centro de mis pensamientos, y eso me disgusta bastante. Es increíble la cantidad de tiempo que empleamos las mujeres en pensar en un hombre cuando nos gusta. Y es evidente que Fuentes me gusta «un rato, y más», como diría una amiga mía.

Tengo claro que necesito una terapia de chicas: me estoy enamorando de un hombre con novia, y eso no es bueno para la salud.

Cuando termino con el salón y la cocina, me voy al cuarto de la plancha. Casi me caigo para atrás al ver la montaña de ropa. Asustada, cierro la puerta esperando que un hada madrina venga con su varita mágica y haga desaparecer el cesto; pero, para mi pesadumbre, al abrirla nuevamente, me encuentro con que la muy puñetera ni se ha inmutado.

—Podrías haberte planchado tú sola —le digo entretanto enciendo el centro de planchado.

Sin apenas darme cuenta, el reloj ha avanzado hasta marcar las nueve, instante en el que el timbre suena. Son las chicas, que, para mi sorpresa, vienen con la cena, con los ingredientes para los mojitos y con abundante

chocolate, ese gran aliado de los bajones sentimentales.

—Pero ¿cómo se os ocurre traer semejante cantidad de cosas? —pregunto mientras las ayudo a llevar las bolsas a la cocina—. Podríamos haber encargado unas pizzas.

—¿Y perdernos estos manjares? —se mofa Lucía—. No, gracias.

—Estáis locas —digo mirándolas con todo el cariño que siento en ese instante.

—Por ti, nena, por ti —responde Pam, cogiéndome la cara con las dos manos, gesto seguido de un tierno abrazo.

—¿Cómo está tu dedo? —pregunta Ave.

—Mucho mejor.

—Déjame verlo —me pide.

Haciendo caso a mi amiga, ambas nos encaminamos hacia mi cuarto para que pueda examinar mi morcillita, mientras las chicas se quedan en la cocina sacando la cena y organizándolo todo.

Ya en mi dormitorio, y con mucho cuidado, Ave me quita el entablillado y me hace un reconocimiento. Me asombra ver que apenas me duele cuando ella me dobla con delicadeza los dedos.

—¿Me he curado? —pregunto ansiosa.

—Está mucho mejor de lo que me esperaba; es increíble lo rápida que ha sido la recuperación.

—¿Eso es un sí?

—Lo es —responde, pero al verme levantar los brazos en señal de victoria, añade—: Aunque debes tener cuidado y no sobrepasarte.

—Vaya, mañana los chicos tendrán que jugar el partido de fútbol sin mí —murmuro irónicamente.

—Qué bicho eres —dice riéndose.

De vuelta en el salón, las chicas están ya sentadas a la mesa, esperándonos. Si tuviera que definir la palabra amistad, esta imagen sería sin duda un claro ejemplo de su significado.

Entre entremeses varios y distintas ensaladas, les cuento a las chicas lo de mi ya difunta morcillita, y todo lo ocurrido con Fuentes.

—¿Que Fuentes es el Cangrejo? —interpela Ave.

—Así es.

—Me parece increíble; primero te quita la plaza, luego te pisa y después te calienta —dice Pam sacudiendo la cabeza, y añade—: Ahora entiendo lo de la venganza.

—Entonces, apruebo lo del plátano —continúa Ave—; eso es algo que sólo se debe usar en caso de emergencia.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —pregunta Clara.

—Nada —respondo bajando la mirada—. Tiene novia, y ya sabéis lo que eso significa para mí.

—Pues a otra cosa mariposa —interviene de pronto Lucía antes de dar un buen trago a su copa.

—¡Lucía! —la reprende Pam—. Está colada por Fuentes, no puede ni plantearse mirar otro campo.

—Los campos están para ser labrados —responde—, y tractor no nos falta.

—Uy, uy, uy, aquí pasa algo —comenta Clara mirando a Lucía con el ceño ligeramente fruncido.

Todas nos quedamos mirándola a la espera de una respuesta. Ninguna nos hemos percatado hasta ahora de que a Lucía le pasa algo. En realidad nuestra amiga es toda una actriz cuando se lo propone; de hecho, en más de una ocasión la hemos animado a que haga la carrera de interpretación.

Tras preguntarle qué le ocurre, Lucía nos confiesa que ha discutido con su Lobo, y que debe poner tierra de por medio. Ha decidido irse a París una temporada. La relación que viene manteniendo desde hace cuatro años es, para nosotras, ardua de entender. Ambos tienen vidas independientes; se relacionan y practican sexo con otras personas, pero cada cierto período de tiempo Lucía y su «no novio» vuelven a verse y se acuestan como si nada hubiera pasado. Hay algo que los une, algo que les hace reencontrarse asiduamente. En cierto modo, parecen estar hechos el uno para el otro, aunque la forma de ser de ambos les impide dar un paso más allá en su relación.

—Sabes que te quiero, y que te respeto —dice Ave—, pero no entiendo por qué, en lugar de afianzar lo vuestro, decides marcharte.

—No hay nada que afianzar —masculla Lucía—. Además, no es sólo por él, necesito aire nuevo, y mi galería también.

—¿Y tiene que ser en París? —pregunto.

—Conocéis mi pasión por Montmartre —responde—, y no será por mucho tiempo, sólo hasta que encuentre lo que necesito.

—Un buen hombre que te haga feliz —aclara Clara.

—Con una buena brocha —añade Ave, haciéndonos reír a todas.

—¿Cuándo te vas? —pregunta Pam.



—En unas semanas, en cuanto deje resueltos unos cuantos asuntos que tengo pendientes.

Alzando mi copa, propongo un brindis, que es rápidamente secundado.

—¡Porque cada una de nosotras encuentre lo que busca!

—¡Amén! —responden todas al unísono.

Una vez recogida la mesa, y con los maravillosos mojitos que Ave nos ha preparado, y un refresco para Clara, nos sentamos en los sofás para continuar la conversación. La música que sale de mi iPad nos acompaña, y una luz más tenue nos cobija.

—¿Os dais cuenta de lo importante que es el amor para el ser humano? —pregunta de pronto Clara.

La frase hace que nos quedemos pensativas un instante; Clara es única para dejarnos literalmente sin palabras.

—Mucho —responde finalmente Ave—, aunque a veces creo que sólo lo es para nosotras, las mujeres.

—Te doy toda la razón —añade Pam.

—Llamadme romántica —digo convencida—, pero yo creo que lo es para todos.

—Ave y Pam tienen razón —rebate Lucía—, los hombres no creen en el amor, son fríos.

—Detrás de una persona fría, hay un corazón roto —afirma Clara.

—Entonces, ¿sólo las mujeres tenemos la capacidad de sanarnos el corazón? —pregunta Lucía.

—La mujer tiene la capacidad de sanar el suyo propio, y el de ellos. Al hombre, simplemente, le cuesta más hacerlo —apostilla Clara.

—Lo que me faltaba, hacer de enfermera —masculla Lucía con gesto de desaprobación.

—Míralo de este modo —explica Clara—: Diferentes estudios han demostrado que las mujeres sentimos la necesidad de comunicarnos, de contar nuestras vivencias como forma de desahogo, lo que conlleva sanarnos antes. Y una persona sana puede ayudar a sanar a otra. Es un gran poder el que poseemos.

—Pues yo conozco un poder mucho más fuerte que ése —responde Lucía.

—¿Cuál? —pregunta Ave levantando las cejas.

—¡El de mandar a alguien a la mierda!

Las carcajadas llenan la estancia.

Sabemos que ambas tienen razón, si bien es difícil pensar en ayudar a otra persona cuando es uno mismo el que necesita la ayuda. Y mis amigas lo están haciendo conmigo esta noche; con su presencia y su apoyo, me están dando la mejor medicina que se me podría prescribir.

—Lo que está claro es que los hombres son unos grandes desconocidos para nosotras —continúa Ave—. Fijaos en mí: estuve casada doce años, llevo cuatro divorciada y sigo sin entender qué quieren ellos realmente.

—Follar.

—¡Lucía! —la recriminamos todas al unísono.

—Lucía, ¿qué? —replica mientras nos rellena los vasos del cóctel cubano—. ¿Acaso no es cierto? Ellos buscan sexo, y nosotras, amor.

—Entonces, según tú, ¿no buscan amor? —pregunto.

—No lo buscan —responde— porque ya lo tienen: ellos aman a sus madres, su trabajo, a los amigos, los deportes y la consola.

—En cierto modo debo darte la razón —digo mientras dibujo con un dedo en mi vaso escarchado.

—¿Estáis tontas u os habéis caído de la cama esta mañana? —nos reprende Clara—. A un hombre le cuesta volver a enamorarse después de una mala experiencia y, a diferencia de nosotras, sabe preservar su corazoncito a base de escudos. Su forma de amar es distinta a la nuestra... En un hombre, darte un consejo, traer la nómina a casa o arreglarte la puerta del baño son un síntoma de amor.

—¡Dios mío, mi carpintero me ama! —suelta Ave, haciéndonos reír a todas nuevamente.

—En serio, chicas —continúa Clara—. Los hombres son mucho más simples que las mujeres; ellos no se comunican como nosotras, no demuestran el amor como nosotras, lo hacen a su manera.

—Entonces la clave es —comenta Pam— saber cuál es su forma de querer.

—Así es —sentencia Clara.

—Pero cada persona es distinta —añado.

—Por supuesto —responde mi embarazada amiga—, aunque se podría resumir en algo muy sencillo: si realmente le importas a un

hombre, ten por seguro que lo sabrás. Su instinto de protección saldrá a la luz.

El replanteamiento de Clara de nuevo produce un breve silencio. Tras beber de su copa, continúa.

—Chicas, lo importante de todo esto es quererse a uno mismo; si no nos queremos a nosotras, nadie nos querrá.

Con las sabias palabras de nuestra amiga, Pam se levanta, alza su vaso y propone un brindis.

—¡Por las mujeres!

—¡Por las mujeres! —contestamos todas a la vez.

Las chicas se quedaron hasta la hora de Cenicienta; su compañía y sus eruditos consejos me hicieron sentir mucho mejor. Debía seguir adelante y pasar página con mi compañero; el mero hecho de meterme entre una pareja me ponía los pelos de punta. Tenía claro que no iba a ser fácil... Ver a diario esos ojos azules y ese cuerpo escultural pondrían a prueba mi íntima resistencia.

Estamos a viernes y, como viene siendo costumbre, es el día en que me reúno con las chicas para comer en el restaurante que hay junto a la *boutique* de Pam. Mis amigas son mi vida. A veces creo que sustituyen a mi propia familia, a la cual venero y veo una vez al mes, pues viven a doscientos diez kilómetros de donde estoy. Mis padres están jubilados y viven confinados de forma voluntaria en su casa de campo, con sus animalitos y su apreciado huerto. Mi hermano mayor, informático de profesión, vive no muy lejos de ellos, junto a su mujer y sus dos gemelos. Pese a no verlos muy a menudo, las nuevas tecnologías nos permiten estar en continuo contacto.

Como mi morcillita ya me ha felizmente abandonado, decido sacar a pasear mis desatendidos zapatos de tacón, que ya piden a gritos salir a ver mundo. Finalmente me decanto por unos no excesivamente altos, como complemento de un sencillo vestido de flores de Zara y una rebeca. El día ha amanecido soleado y bastante caluroso para la época en la que estamos; nos acercamos a mediados de octubre y el frío otoño aún se hace de rogar.

Al cerrar la puerta tras de mí para ir al trabajo, me encuentro con mi vecino Mario en el rellano, quien, con su mochila al hombro y sin quitarme ojo, me suelta:

—Bonitas piernas, ¿a qué hora abren?

Del golpe que le doy al botón para llamar al ascensor, casi me lo cargo. ¿Cómo puede ser tan guapo y tan tonto a la vez? No quiero discutir, y menos aún con un vecino y mediocre contrincante.

—El horario no está disponible —respondo. Y para desviar el tema, añado—: ¿Vas al gimnasio?

—Sí, voy al *gym* a hacerme unas tablas de pesas; este cuerpo no se forma sin esfuerzo, nena.

En ese instante llega el ascensor y, al abrirse las puertas, Mario entra el primero y se queda mirándose en el espejo que hay en la parte frontal. En décimas de segundo, por la mente me asoma la idea de darle al botón y salir corriendo para bajar por la escalera. Pero al ver lo ensimismado que está consigo mismo frente al cristal, decido entrar y bajar con él. Las tres plantas que me separan del garaje se me hacen eternas, pero afortunadamente la masa muscular de mi vecino consigue que el descenso transcurra en absoluto silencio. Una vez abajo, me despido con un simple «adiós» y me dirijo hasta mi coche. «Qué desperdicio de cuerpo», pienso en ese momento.

Con el planteamiento de las clases de hoy, llego al aparcamiento del instituto, y mi estómago da un vuelco al ver la moto del Cangrejo en su plaza temporal. Entonces caigo en la cuenta de que, una vez incorporada Pereira, Fuentes abandonará el centro. Un doble sentimiento me subyuga; por un lado, dejaré de verlo y podré olvidarme de él y seguir adelante, y, por el otro, dejaré de verlo y cualquier posibilidad entre nosotros será tan sólo algo virtual.

Sé que no debo pensar en tener algo con él, pero no puedo evitar, en mi cabeza, la idea de sentirme entre sus anchos brazos y ser besada por sus carnosos labios.

El sonido de la bocina de un coche me saca de mi dañino sueño y, con el brío del que soy capaz, me encamino hacia el edificio con el autoconvencimiento de mostrar indiferencia ante mi compañero, e intentar tratarlo en consecuencia. Pero, al llegar a la sala de profesores y encontrármelo hablando con Ernesto, mi corazón se acelera y mi boca se seca como si de esparto se tratase. No sin esfuerzo, me acerco a la máquina de café tras hacer un saludo general a los allí presentes. Mientras espero a que el delicioso líquido humeante caiga en el interior de mi taza, veo por el rabillo del ojo que Fuentes se acerca hacia donde estoy. Nunca antes había deseado tanto que la máquina fuese más rápida en servir su oro

líquido; las ganas de salir corriendo me invaden, aunque la imagen de una profesora corriendo por el pasillo con una taza de café en la mano no me convence mucho.

—Buenos días, Intimissimi —me susurra al oído al llegar a mi lado. Mi sistema nervioso se ve altamente resentido, y la taza se me resbala de las manos, volcando todo su contenido sobre la parte baja de su pantalón y sus botas.

—¡Dios mío, lo siento! —acierto a decir mientras busco algo a mano para intentar limpiar el destrozo.

El sonido de la taza al caer al suelo y romperse en numerosos pedazos hace que todos los compañeros se vuelvan a mirarnos. La imagen de Fuentes de pie y yo inclinada hacia delante recogiendo el café y los trocitos de loza con servilletas debe de parecer, desde cierto ángulo de la sala, de lo más sugerente.

—No importa —dice afablemente cogiéndome del brazo y ayudándome a incorporarme—, el vaquero es oscuro y apenas se notará.

—¿Te quema mucho? —pregunto al levantarme.

—No tanto como otras cosas —responde con su endemoniada media sonrisa y su mirada picarona.

—El calor y tú sois un solo ente —murmuro apartando la vista. Intento aparentar indiferencia; comienzo a prepararme otro café y le pregunto—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Es vox pópuli, todos los chicos te llaman así.

—Pues tú también tienes mote, *compañero* —digo enfatizando la última palabra.

—Qué imaginación tienen estos chavales —comenta con una sonrisa y sacude levemente la cabeza.

—No han sido ellos, he sido yo.

—¿Tú? —Asiento con la cabeza, y continúa—: ¿Y cuál es, si puede saberse?

En ese instante me doy media vuelta, con el café entre ambas manos para evitar un segundo percance, y, justo antes de dirigirme a la mesa, me giro y le suelto:

—Cangrejo.

Los minutos hasta la hora de sonar el timbre pasan sin apenas darme cuenta entre charlas con colegas de trabajo y miradas inquietantes de mi crustáceo favorito. Miradas que igualmente se repiten a la hora del

almuerzo. Realmente me tiene desconcertada... para tener novia, encuentro que me mira mucho. Y es que Fuentes sabe cómo ponerme terriblemente nerviosa, él es consciente del magnetismo que desprende, y lo que eso repercute en mí.

En un cruce de miradas, entre el ruidoso bullicio de la cafetería, la imagen de él besando a su novia pasa fugazmente por mi mente. Casi doy una arcada de la impresión. Me he imaginado a una mujer escultural, con medidas perfectas y una infinita melena oscura, a la que yo no haría sombra ni en uno de mis mejores sueños. Enfadada conmigo misma por mis sádicos y heterogéneos pensamientos, me despido de mis compañeros y salgo acelerada, casi corriendo, del lugar.

Al llegar las dos del mediodía, y sin rastro de Alberto, decido nuevamente intentar localizarlo. Pero, como si de un bucle se tratase, no obtengo respuesta. He preguntado por él a los compañeros a lo largo de la mañana, pero ninguno ha podido responderme algo lo mínimamente convincente acerca del motivo de su ya larga ausencia.

Recogiendo mis cosas, oigo unos golpes en la puerta. No me lo puedo creer, es Fuentes de nuevo. Pero esta vez estoy de pie, y no pienso darle ninguna lista.

—¿Tienes un minuto?

—Uno sólo —respondo fríamente—, tengo prisa.

—Seré breve. Es sobre Juan y Alberto.

Al escuchar el nombre de los chicos, me paro en seco, dejo de recoger e, inquieta, le pregunto:

—¿Les ha pasado algo?

—No, que yo sepa —aclara en tono tranquilizador—, es sólo que acabo de hablar con los padres de Juan, y me han confirmado que estaban de viaje. Tuvieron que irse precipitadamente por el fallecimiento de un familiar y se olvidaron de avisar, de ahí que fueran escuetos al responder mi mensaje.

—Y de Alberto, ¿sabes algo?

—Venía a preguntártelo a ti —contesta señalándome.

Esta faceta suya de confraternización hace, más si cabe, que me fije en él, y que mi objetivo de olvidarlo sea más inalcanzable. Intento no pensar en ello, y me centro en mi alumno:

—No consigo saber qué ocurre, no logro localizar a su madre, y los chicos no parecen saber nada tampoco. Estoy empezando a preocuparme

de veras. Había pensado incluso acercarme a su casa.

—¡Ni se te ocurra hacer semejante tontería! —dice de pronto alzándose un poco la voz.

Su tono ha sido duro y su mirada, al decírmelo, se ha oscurecido. Enojada por su cambio de actitud, le respondo:

—¡No soy uno de tus alumnos a quien puedas dar órdenes!

En ese momento, Fuentes, consciente de mi enfado, se acerca a mí y, en señal de paz, me coge la cara con la mano y me dice:

—Lo siento, no era mi intención ofenderte, es sólo que...

—Es sólo que el minuto ya ha pasado, y tengo que marcharme —le corto mientras me aparto de él, termino de recoger mis cosas y, justo antes de abandonar mi clase, me paro un instante, y añado—: Cierra la puerta al salir.

Temblando como sólo una hoja sabe hacer en un día de mucho viento, salgo, esta vez corriendo, en dirección a mi coche. Aún con su aroma en mi cara por su tierna caricia, mis sentidos se agolpan y se aúnan entre sí. Mi vista sabe a él, mi olfato toca su rostro y mis labios ven su sabor, mientras el sonido de su voz me acaricia hasta el último poro de mi piel. Me he enamorado irremediabilmente de él.

Ya en el restaurante con mis amigas, decido al fin no decirles nada de lo ocurrido. Estaba incumpliendo mi promesa de seguir adelante y de pasar página con la historia de Fuentes. No sólo no lo estaba olvidando, sino que, además, como un globo propulsado por aire caliente, mis sentimientos iban en ascenso.

—¡Chicas, tenemos evento! —nos comunica Pam en un momento del almuerzo.

—¿De qué se trata? —pregunta Ave.

—Como ya sabéis, las mujeres de los oficiales del Cuerpo de Infantería de Marina se visten en mi *boutique*, son mis mejores clientas, y esta mañana me han invitado a su fiesta privada de Halloween.

—¡En mi vida me he muerto! —exclama Lucía.

—Algo me dijo John anoche —comenta Clara—; algunos compañeros de los Cuerpos de Seguridad también han sido invitados.

—Se va a celebrar en el club de oficiales —continúa explicando una emocionada Pam—, será el sábado 31, y la temática es el séptimo arte, así que tanto la música como los disfraces deben basarse en películas.

—¿Y dónde nos compraremos los disfraces? —demando a mis



amigas. Sin duda esta fiesta es justo lo que necesito, y mi interés crece por momentos.

—Eso es lo mejor de todo —responde Pam—: He hablado con la mujer que me hace los arreglos, y está dispuesta a hacernos los trajes que elijamos, tan sólo debemos tener claro de qué nos vamos a disfrazar. Este evento se merece unos trajes a medida, y así será.

—Pero apenas quedan unos días —comenta Ave—, ¿le dará tiempo?

—Me ha asegurado que sí —indica Pam—. Cuenta con ayudantes y, si es necesario, tirará de ellos.

—Yo no sé si iré —dice de pronto Clara—; de fiesta, y con vosotras, no lo veo muy claro.

—Pero has dicho que han invitado a John —le recuerdo—; él te controlará y te hará compañía mientras nosotras nos desmadramos.

—Debemos ir todas —continúa Pam—, a una no la invitan a una fiesta así todos los días.

—Estoy totalmente de acuerdo, las gladiadoras juntas, aunque una se quede bebiendo refrescos y vigilando a las otras —digo entre risas mientras le guiño un ojo a la feliz embarazada.

—¿Y qué disfraz elegimos? —pregunta Ave.

—Yo lo tengo claro —responde Lucía—: Voy a ir de dominatrix.

—¿Y en qué película sale una, pendón? —curioseas Clara.

—En *A Dominatrix Story* —responde la morenaza.

—Ganadora de siete Óscar —aclaro. Las risas de todas se dejan oír en el comedor.

—Pues yo de Catwoman —dice Ave.

—¿Conque esas tenemos, no? —pregunta una picarona Pam—. Pues yo de conejita Playboy. Y, antes de que preguntéis, salen en la película *Una conejita en el campus*.

La cosa ya se está poniendo caliente, las chicas no están dispuestas a pasar desapercibidas entre tanta testosterona.

—Y tú, Blanca, ¿de qué irás? —me plantea Lucía.

—Siempre he querido disfrazarme de la madrastra de Blancanieves, pero no sé si iré acorde con vosotras.

—Eso déjalo en mis manos —me suelta Pam—; me aseguraré de que no desentones con el grupo.

Asiento a lo que mi experta en moda me comenta llevándome la mano a la frente; conociéndola, mi vestido no se parecerá en nada al del

cuento. Casi todos los disfraces están escogidos, tan sólo falta el de Clara, quien, recostándose sobre su respaldo de la silla, nos mira a todas y nos dice:

—Como debo controlaros en el camino pecaminoso que estáis tomando, iré de monja.

Nuevamente las carcajadas se hacen oír en el salón. La fiesta nos había animado el almuerzo, y aún quedaban tres semanas para que se produjera. Sin ninguna duda, el evento iba a merecer la pena.

Cuando terminó la comida, me despedí de las chicas; había puente y me marchaba al pueblo a visitar a mi familia. Antes de llegar a casa, pasé por el centro comercial y les compré unos juguetes a mis sobrinos. Son adorables: David es el más revoltoso, es todo un tormento; en cambio, José Luis es más apacible e introvertido. Siempre que los visito les llevo un pequeño detalle; como suelo decirles a mi hermano David y a mi cuñada Elena, los padres están para criar, y los titos, para malcriar.

Con mis principales enseres en la maleta, y tras un relajante baño, me acuesto e intento dormir para estar descansada en el viaje de mañana. El repaso del día es inapelable, y el rostro de Fuentes es mi última imagen antes de entregarme a los brazos de Morfeo.

El sábado amanece totalmente despejado; al correr la cortina y abrir la ventana, me encuentro con un sol radiante reverenciándome. Asomo la cabeza, cierro los ojos y dejo que nuestra mayor estrella tiente mi cara; adoro la sensación de luz y calor que me proporciona. El leve sonido del escaso tráfico y de unos pocos viandantes llega hasta mis oídos. Me crie en las afueras de un pequeño pueblo del interior, rodeada de naturaleza, y al llegar aquí elegí una zona tranquila de la ciudad, pues el bullicio del centro hubiera sido un cambio demasiado drástico para mí.

Sobre las dos del mediodía llego a casa de mis padres; siempre tengo por costumbre parar el coche a unos metros de la parcela y observar toda la propiedad: la blanca fachada del hogar, los altos árboles y el amplio terreno donde de niña corría y jugaba con mi hermano. El columpio sigue estando en el mismo sitio, mi padre lo pinta cada pocos años; como él suele decir, «las cosas buenas perduran para siempre con un poco de mimo y cuidado».

Al entrar por la puerta, el olor familiar me impregna el cerebro; es asombroso cómo cada hogar mantiene su particular y único aroma. Una

multitud de recuerdos se agolpan en mi mente en tan sólo unos segundos.

Toda la familia está en la enorme cocina; sus cálidos abrazos y su alegría acaban por confirmármelo: ya estoy en casa.

Tras el reencuentro, nos sentamos alrededor de la mesa del comedor. Estos momentos íntimos siempre quedan grabados en mi memoria. Mis padres están como de costumbre, apenas un poco más envejecidos, pero con el joven espíritu que los caracteriza. Físicamente he heredado las facciones de mi padre, pero, en lo que a la forma de ser se refiere, soy un calco de mi madre. Mi hermano David, en cambio, es justo lo contrario.

Mi cuñada Elena está sentada junto a mí; es una mujer de mediana estatura, morena de pelo y de trato agradable. A causa de mi traslado, no he tenido mucha relación con ella; mi hermano y ella se hicieron novios al poco tiempo de marcharme de casa, aunque siempre nos hemos llevado muy bien.

Al otro lado, entre mi hermano y mi cuñada, están los pequeñajos. Ya tienen cuatro años, y su desparpajo y vocabulario nos llenan de alegría.

—¿Cómo va todo por allí, Blanca?

—Como siempre, mamá —contesto mientras degustamos la exquisita comida que nos ha preparado; mi madre es una gran cocinera.

—¿Los chicos se portan bien? —inquire mi padre.

—Todo lo bien que se puede esperar; están en plena adolescencia.

—¿Qué es la adolescencia? —pregunta de pronto el pequeño David. Dudosa de la posible respuesta que puedo darle a mi sobrino, mi raudo hermano le contesta.

—Es una etapa de la vida en la que te estás haciendo mayor, pero en verdad aún no lo eres.

—Entonces yo estoy ahí en esa cosa.

—A ver que te mire... —le dice mi hermano observándole la frente —... No, no estás en esa etapa, aún no tienes granos.

—¿Cuándo tenga granos seré mayor? —vuelve a preguntar mi sobrino.

—Más o menos —le responde, para acto seguido buscar con la mirada a mi cuñada para implorarle ayuda y lograr salir del atolladero.

—Pues la tita no tiene granos —suelta el travieso de mi sobrino.

—¡Por supuesto que no! —contesto; ya tengo suficiente con los rebeldes que me afloran en los días delicados del mes alrededor de la boca.

—A ver, David —interviene Elena—: Los granos suelen salir en esa época que te ha dicho papá, entre ser un niño y ser mayor. ¿Lo entiendes?

—Pues yo tengo uno aquí —dice José Luis señalándose el antebrazo izquierdo—. ¿Estoy en la cosa esa?

Todos reímos al escuchar la ocurrencia del pequeño. Mi hermano le remueve el cabello con cariño, mientras su madre lo mira y le dice:

—No, cariño, eso es una picadura, ha debido de picarte algún bicho.

—¡Vaya, hombre! —refunfuña cruzándose de brazos.

Es singular la prisa que tenemos todos de niños por crecer y hacernos mayores.

El resto de la velada la pasamos entre risas y poniéndonos al día unos a otros.

—Humm, mamá, por Dios... qué rica te ha salido —le digo aún con la boca llena. De postre ha preparado su famosa tarta de la abuela.

—Me alegro de que te guste, hija —me sonrío orgullosa. Y no es para menos, nadie hace esta tarta como ella. La receta la heredó de mi abuela materna, lleva siglos en la familia.

—Es que tu madre tiene unas manos... —la piropea mi padre mientras se le acerca y la besa con cariño. En sus ojos se puede ver la admiración y el amor que le profesa.

En mi interior siento el más profundo orgullo al verlos; pese a los años que llevan juntos, siguen queriéndose y respetándose, algo que, a pesar de parecer sencillo, sin duda alguna no lo es; hoy en día, pocos matrimonios duran tanto tiempo y de ese modo.

—¡Eh, que corra el aire! —interrumpe de pronto mi hermano.

—No seas pavo, déjalos que se mimen —le riño.

—Pero son mis padres.

—¿Y?

—Que siempre están igual, y a mí no me gusta ver tanto arrumaco.

—¿Y de dónde crees que hemos venido tú y yo, so pánfilo? ¿La cigüeña nos dejó en el porche?

Mi cuñada mira hacia abajo con una risilla, mientras que yo me enciendo por el comentario de mi hermano. ¿Cómo puede molestarle que nuestros padres sigan queriéndose y lo demuestren frente a su propia familia?

—Son cosas que deben hacerse en la intimidad —responde.

—¡Hombres! —digo suspirando y moviendo la cabeza.

—A vosotras, las mujeres, os gustan mucho las demostraciones de amor —suelta señalándonos a mi cuñada y a mí, haciendo aumentar mi cabreo.

—¡Pero si no sabéis estar sin nosotras!

—Ni con vosotras tampoco —se mofa.

Elena mira esta vez hacia arriba, en señal de imploro por que la fiesta acabe en paz. Cada vez que sale este tema en las comidas, la cosa no suele acabar muy bien.

—Cuñada, dile algo —le pido, dándole un suave toque en el brazo.

—¿Para qué? —dice—. Ya lo conoces, pierde la fuerza por la boca.

—Buenooooo, dos contra mí. Papá, échame un cable.

—No, David —responde mi padre—: Tú solito te has metido en este berenjenal, a mí no me metas.

—Pero la balanza no está equilibrada —se queja.

—Hijo, si algo he aprendido en todos estos años es que nunca debes discutir con una mujer, y mucho menos con dos; siempre saldrás perdiendo.

—Anda, tú arréglalo —dice mi madre dándole un leve codazo.

—Os daremos la razón como a las locas —suelta mi hermano. De tenerlo sentado al lado, no se hubiera librado de un buen pellizco.

—No se trata de eso —me defiendo—; si no ganáis un debate, es que no tenéis argumentos lo suficientemente convincentes.

—Dime una cosa —me exige—: ¿Por qué necesitáis que todo el mundo sepa que os queremos?

La pregunta me hace reflexionar durante unos segundos. Todos me miran esperando una respuesta, incluso los pequeños, que han estado observándonos atentamente, como si de un partido de tenis se tratase. Finalmente le planteo:

—Dime tú otra: ¿por qué os cuesta tanto demostrar en público el amor que sentís hacia una persona y, en cambio, no os importa que os vean miles de personas abrazando a un amigo, mientras celebráis un gol, por ejemplo?

Mi pregunta arranca los aplausos de mi madre y mi cuñada. Expectantes, miramos todos a mi hermano a la espera de su respuesta. La pelota está ahora sobre su tejado.

—No es lo mismo.

—¿Por qué no? Se trata de una demostración pública de amor, aunque

esta vez sea hacia tu equipo favorito de fútbol —le rebato.

—Porque, cuando abrazo a un amigo, lo hago separándome de donde tú ya sabes —me dice señalando a los niños con la mirada.

Anonadada, pregunto:

—¿Cómo?

—Joder, que hay que decirlo *to*, pues que con vosotras la tienda de campaña se puede montar, y no es cuestión, ya me entiendes.

Su comentario despierta las carcajadas de todos, incluso de los peques, quienes, al vernos, nos imitan y ríen junto a nosotros. Si era cierto lo que mi hermano acababa de decirme, todo se reducía a un problema biológico cuyo epicentro residía en la adorada entrepierna. «Para mear y no echar gota. Y luego no quieren que pensemos que su cerebro reside ahí.»

A la hora de la siesta, todos se marchan a sus respectivos dormitorios. La casa dispone de cinco habitaciones; mis padres la ampliaron tras la boda de mi hermano para que todos pudiéramos pasar allí las vacaciones. Yo no tengo sueño, así que me quedo recogiendo en la cocina. Es una casa muy acogedora, de dos plantas, donde el salón, el comedor y la cocina son una misma estancia, y donde destaca su tamaño y practicidad.

Sobre el fregadero, hay una gran ventana que da al exterior, por donde puedo ver, mientras enjuago algunos cacharros, mi rincón favorito de pequeña. Atraída como un imán, salgo al jardín en su busca. Conforme me acerco, puedo ver que ha cambiado un poco: mi padre ha hecho algunos arreglos; el suelo está cubierto de caucho, las cadenas son nuevas y la pintura se ve reciente. Abstraída por los recuerdos, me dejo llevar y, bajo la sombra de unos enormes arces, comienzo a balancearme sobre mi columpio predilecto. Al cerrar los ojos y con la brisa campestre rozándome la cara, la imagen de Fuentes regresa a mi memoria. Ni siquiera la distancia ha mermado un ápice mis sentimientos por él.

—¿Cómo se llama?

La voz de mi madre me extrae de mi ensoñación, no la he oído llegar. Intentando disimular, le pregunto:

—¿Quién?

—El que te tiene así —responde al sentarse en el columpio contiguo, pero a la inversa para verme la cara. Dicen que las madres tienen un sexto sentido, aunque yo estoy segura de que la mía, directamente, tiene poderes.

—Fuentes, alias Nacho.

—¿Ignacio?

—Eso mismo pregunté yo, pero no, sólo Nacho, aunque yo lo llamo por su apellido, fue lo primero que supe de él.

—¿Y dónde lo conociste?

—Es un compañero de trabajo. Sustituye a Pereira.

—¿Cómo está, por cierto?

—Siguen haciéndole pruebas —respondo—. Quieren asegurarse de que todo va por buen camino. Si todo sale bien, la trasladarán en breve a su casa.

—Me alegro.

Un breve silencio se produce; entretanto, contemplo cómo mis pies hacen una leve presión sobre el pavimento de caucho para balancearme suavemente.

—¿Y por qué estás así? —pregunta de nuevo, retomando el tema.

—Porque soy tonta, mamá.

—No digas eso, Blanca.

—Pero es cierto.

Un nudo en la garganta me impide seguir hablando, y mi madre, que me conoce bien, me agarra la mano con ternura y me dice:

—Escucha bien lo que te voy a decir, y procura no olvidarlo nunca: jamás permitas que nadie te llame tonta, y mucho menos lo pienses de ti misma. Ninguno de mis hijos ni de mis nietos lo es, y no voy a consentir ni siquiera que lo penséis.

—Pero me he enamorado de él, y... —acierto finalmente a confesar —... tiene novia.

—¿Y eso es motivo para pensar que eres tonta?

—No debí permitir que pasara, mamá.

—Deja de castigarte de esa forma. Amar es una virtud muy hermosa, cariño.

—Cuando te corresponden.

—Siempre, cariño, siempre —sentencia totalmente convencida. Y cogiéndome la cara con las manos para que la mire, añade—: Blanca, tus virtudes como hija son mi éxito como madre.

Es en ese momento cuando mi nudo en la garganta se deshace, para dejar pasar un llanto ahogado que llevo mucho tiempo reprimiendo. Entre los cálidos brazos de mi madre, como cuando era niña, me dejo llevar, y



las lágrimas brotan imparables de mis castaños ojos.

Repuesta del viaje y del desahogo bajo el reconfortante abrazo de mi madre, desciendo la escalera al encuentro de mi familia, tras una gran siesta. Los niños juegan sobre la alfombra en un rincón del salón, acompañados por sus padres, quienes, sentados junto a ellos, ven la televisión. Mi padre está tumbado en su sillón orejero favorito, y mi madre anda trasteando en la cocina. Con sigilo, me acerco a mis sobrinos y les digo:

—Cerrad los ojos y poned las manos.

—¿Nos has traído algo, tita? —pregunta David.

—Tal vez.

—¿Nos va a gustar? —Esta vez es José Luis el que quiere saber.

—Eso es algo que tendréis que averiguar vosotros, si hacéis lo que os he dicho, claro.

Los niños obedecen y, arrodillados, colocan sus palmas boca arriba esperando a que les dé la sorpresa. Todos observan la escena y, tras colocar las *chopper* de juguete en sus manos, mis sobrinos entran en júbilo y vienen corriendo a abrazarme y llenarme de besos. Al entrar en la sección de juguetería y ver las motos, tuve claro que serían el regalo perfecto para ellos; incluso yo me quedé con las ganas de comprarme una para mí, cosa que algún día haré.

Tras guiñarles un ojo a sus padres y bañada en deliciosos besos de mis sobrinos, me voy a la cocina a echarle un cable a mi madre.

La cena transcurre tranquila y, una vez todo recogido y vistas las noticias, todos se van a la cama, excepto mi hermano y yo, que nos quedamos viendo un poco la televisión.

—¿Nos hacemos un porche? —propone en un corte publicitario, y yo asiento con la cabeza.

David y yo nos llevamos tres años. Siempre pensé que yo me casaría

antes que él, debido a su espíritu aventurero y su faceta friki. Pero, contra todo pronóstico, conoció a Elena, y su mundo cambió; se enamoró de ella nada más verla. En el fondo es un romántico, aunque sea incapaz de reconocerlo.

Cogemos los chaquetones y, con una copa de vino cada uno, salimos al porche a sentarnos en los cómodos sillones de mimbre, mirando hacia el pinar que tenemos enfrente. Apenas hay luna, la luz de los focos solares ilumina suavemente toda la parcela. Corre una fría brisa, y hay un silencio absoluto, tan sólo roto por el sonido de los animales que a lo lejos se encuentran en sus gayolas.

—Dime, hermanita, ¿cómo te va la vida?

—Va, que no es poco.

—¿Eso es todo? —insiste—. ¿Cómo están las chicas?

Una sonrisa ilumina de pronto mi cara al acordarme de mis locas amigas.

—Están muy bien, como siempre, luchando. Clara está embarazada, por cierto.

—¿Qué me dices? Cuánto me alegro, John debe de estar muy contento, al final no va a ser árbol seco —se mofa.

—Qué pavo eres —digo dándole un suave golpe en el brazo.

—Y tú, ¿cuándo vas a presentarme a mi cuñado?

Su pregunta hace que me gire a mirarlo, no entiendo a qué cuento viene eso.

—¿Cuñado? Si no tengo novio.

—Pero hay alguien, y aún no me lo has presentado —afirma levantando una ceja y con la sonrisa torcida. Al ver ese gesto, siento un escalofrío.

—¿Cómo sabes que hay alguien? —pregunto tiritando; empieza a hacer frío... o el recuerdo de Fuentes me hiela, o tal vez ambas cosas.

—Mira, hermanita, aunque no lo parezca, te conozco y me fijo en las cosas. Agachas la cabeza en varias ocasiones, y te he oído soltar más de un suspiro.

—¿Desde cuándo sabes tú tanto de mujeres, don friki? —Esta vez soy yo la que le pone media sonrisa.

—Elena me ha enseñado mucho y, lo creas o no, empiezo a aprender el lenguaje no verbal.

—¡Vaya! —respondo realmente sorprendida por el hallazgo.

—¿Me vas a decir qué te pasa por esa cabecita? —insiste.

—Que me he enamorado hasta las trancas de mi nuevo compañero de trabajo; es el tío más guapo que he visto nunca, pero, para mi gran suerte, tiene novia. Los buenos estáis todos cazados, o son gais.

—Pero eso no es un impedimento —me suelta.

—¿Cómo que no? —Lo vuelvo a mirar.

—A ver, no sería la primera vez que una pareja rompe.

—No pienso inmiscuirme en una relación, David. Eso no va conmigo.

—Tú misma, pero, el que no arriesga, no gana —dice totalmente convencido antes de dar un sorbo a su copa.

—¿Todo vale en el amor y en el juego?

—Todo, hermanita, todo.

—¿Te gustaría que alguien se interpusiera entre tú y Elena? —pregunto dando otro sorbo al exquisito vino.

—¡Le arrancaría la cabeza!

—¿Ves? Haz lo que yo te diga, pero no lo que yo haga; bonito ejemplo.

—No es lo mismo, estamos casados —responde frunciendo el ceño.

—Sí lo es, David, Una pareja lo es con papeles o sin ellos.

—Te conozco, Blanca, y si te has enamorado es porque él te ha tenido que dar a entender algo. ¿Me equivoco?

Su pregunta me hace reflexionar y, tirando de recuerdos, le digo:

—No deja de mirarme cada vez que nos cruzamos; está pendiente de lo que hago, y lo más fuerte de todo es... —hago un breve descanso, me ruborizo sólo de pensarlo, pero el momento es el adecuado y, gracias a la confianza que mi hermano me está demostrando, finalmente continúo—... que vino a mi clase a pedirme una documentación, me calentó, me dijo lo preciosa que estaba ese día... y me dejó allí tirada en mi aula, más caliente que el aceite hirviendo.

—¡No jodas! —suelta antes de reír a carcajada limpia. La vergüenza y la rabia se apoderan de mí. No debería haberle contado nada; he sido una estúpida. Enfadada, me apoyo en el sillón dispuesta a levantarme y a marcharme de allí, cuando mi hermano me agarra el brazo y tira hacia abajo para impedirlo.

—No te vayas, boba, siéntate.

—Sí soy boba, pero por contarte algo a ti.

—Lo siento, pero reconoce que es gracioso; te pone cachonda y te deja con un palmo de narices, ya que el muy capullo se larga.

—Pues yo no le veo la gracia —replico aún enojada y con el morro arrugado.

—Lo es, aunque me parece mentira que, con lo lista que eres, no hayas sabido verlo.

—¿Ver el qué? —pregunto extrañada. Cada vez entiendo menos.

—A ver, hermanita, que un tío no va por ahí calentando a una mujer, a menos que le interese. ¿Me imaginas a mí calentando a doña Encarna?

Ambos reímos. Encarna es una vecina de mis padres, una señora mayor con un gusto en el vestir un tanto peculiar.

—Y lo de las miraditas —continúa— es lo más evidente de todo.

—¿Realmente lo crees?

—Blanca —dice volviéndose hacia mí para mirarme a la cara—: Abre los ojos. Está claro que le gustas, y te lo digo por experiencia. Si tiene novia y hace eso contigo, una de dos: o su relación es muy abierta, o ya no siente nada por ella. Los hombres no solemos expresar lo que sentimos, pero, si observais un poco, veríais bien claras las señales que os enviamos.

—Con lo fácil que sería que hablarais, puñeta.

—Eso —responde— os lo dejamos a vosotras, que de darle a la sinhueso sabéis un rato largo.

Durante un buen espacio de tiempo, nos quedamos terminando nuestras copas de vino y mirando en silencio al horizonte. Las palabras de mi hermano han trastocado mi mundo, haciéndolo girar ciento ochenta grados. Cuando llegué aquí, vine con el objetivo de intentar olvidar a Fuentes o, por lo menos, asumir que entre él y yo nunca habría nada. Pero el descubrimiento que me acababa de hacer mi hermano y las sabias palabras de mi madre han hecho que tenga unas ganas irrefrenables de volver a mi casa e intentar luchar por el que yo creo el hombre de mi vida.

El domingo transcurre con normalidad; con mi familia me siento cobijada y segura, pero mi mente está a doscientos kilómetros de allí. Con la excusa de no pillar el atasco de vuelta del puente del Pilar, y pese a la insistencia de mis padres, finalmente decido irme a primera hora del día siguiente.

Sobre las ocho de la mañana del lunes, y con la maleta hecha, bajo a la cocina con sigilo para no despertar a nadie, a hacerme el desayuno. Mientras me preparo un café y unas tostadas, me dispongo a dejar una nota a mi familia. En silencio, busco entre los cajones algo con lo que escribir y, en el tercero, encuentro una libreta y un bolígrafo. Sobre la encimera, junto a los fogones, les dejo una nota doblada con un corazón dibujado en la esquina:

*Os quiero. Gracias por todo.*

Al salir por la puerta principal, intentando hacer el menor ruido posible, me llevo una de las mayores sorpresas de mi vida. Todos están fuera esperándome para despedirse. Los niños juegan en la zona del columpio; mi madre y Elena recogen unas flores en el jardín, y mi hermano escucha las indicaciones que mi padre le da mientras señala hacia los terrenos contiguos a la finca. Otra imagen más que añadir a mi colección; ésta, sin duda, entre las destacadas de los archivos superiores.

Tras la multitud de besos y cariñosos abrazos que mi familia y yo nos propinamos mutuamente, me subo a mi coche para encaminarme hacia la que ahora es mi casa. Las despedidas se me hacen cada vez más duras; nuevamente las lágrimas salen de mis ojos cuando me alejo unos metros del que ha sido mi hogar durante tantos años.

Antes de lo previsto, llego al garaje y aparco mi coche. Al entrar en mi piso, dejo el bolso en el recibidor y, en el dormitorio, la maleta. Qué ilusión da hacerla para salir de viaje y qué hastío produce deshacerla al llegar a casa.

Recolocada cada prenda en su lugar correspondiente, me voy a la cocina dispuesta a darme un homenaje. Pero mi desangelado frigorífico me da la bienvenida iluminándome bandejas vacías de provisiones. Cuando me marché a casa de mis padres no caí en la cuenta de hacer la compra.

Regreso a la entrada para coger el móvil de mi bolso; busco en Internet algún comercio abierto donde comprar algo para la comida y la cena. San Google, como yo lo llamo, me indica un supermercado abierto las veinticuatro horas a unas cuantas manzanas. La idea de ir andando, dando un paseo, me gusta, pero ir cargada de bolsas y tras el largo viaje hace que rápidamente se desvanezca, así que, en unos minutos, estoy de nuevo dentro de mi coche.

Introduzco la dirección en el GPS del móvil y me sorprendo al ver que el nombre de la calle me es muy familiar. Cierro los ojos intentando recordar por qué me suena tanto y, en unos segundos, lo consigo : Alberto vive allí. El viernes busqué su dirección cuando pensé en ir a su casa para tratar de averiguar qué pasaba. Entonces me acuerdo de Fuentes y del grito que me soltó en mi clase al ordenarme que no lo hiciera. Sé que es extralimitarme en mis deberes, Clara también me lo advirtió, pero mi fe en ese chico y mi espíritu rebelde me impulsan a hacerlo. «Además, necesito alimentarme, y, frente a eso, nadie podrá reñirme», pienso al arrancar y maniobrar para salir del aparcamiento.

Al llegar a la casa de Alberto, aparco el vehículo en la acera de enfrente y, sin salir de él, me quedo observando por la ventanilla. Es una

pequeña casa, adosada a otras de similares características, situadas en un barrio modesto de gente humilde. Las persianas están subidas y se oyen voces en el interior; por lo menos ya sé que están en casa, que no se han marchado como la familia de Juan, el alumno de Fuentes.

Mientras titubeo entre salir y llamar al timbre o no, la puerta principal se abre y puedo ver cómo salen dos hombres de sospechosa apariencia. Uno de ellos es moreno, muy delgado y de facciones duras. Se parece bastante a Alberto, aunque mucho más estropeado y envejecido; debe de ser su padre. El otro tipo parece sacado de una película, es el típico calvo grandote, con marcados músculos y mirada de pocos amigos.

Hablan entre ellos, aunque desde donde estoy no puedo oír nada de lo que dicen, pero puedo advertir cómo el padre de Alberto entrega algo que parece ser un sobre al gigante. Es entonces cuando el primero se percata de mi presencia y me atraviesa con su fulminante mirada. Su gesto hace que el titán que lo acompaña se dé la vuelta también para verme.

Incapaz de reaccionar, y mucho menos de acercarme a su casa, los nervios se apoderan de mí y, asustada, busco la llave para arrancar el coche y salir de allí lo antes posible... pero no consigo encontrarla. Por el rabillo del ojo puedo ver cómo ambos hombres vienen hacia mí. Mi nerviosismo va en aumento, la dichosa llave no aparece, y mis pulmones son incapaces de respirar aire, me ahogo. No tengo explicación plausible de por qué me encuentro allí en un día festivo, estamos a 12 de octubre. Al fin recuerdo que la llave sigue en el contacto y, con los dos tipos cada vez más cerca, logro arrancar el vehículo y salir de allí sin mirar atrás.

Con el corazón todavía acelerado, y con mi mente a mil por hora, llego hasta mi edificio, tras sortear las diferentes calles, guiada por mi subconsciente. Al entrar en mi casa, echo el cerrojo, me giro y, con la espalda apoyada en la puerta, me quedo paralizada, esperando a que mi respiración vuelva a su ritmo habitual.

He sido una estúpida. No debí quedarme allí mirando como si fuera una detective; debería haberle hecho caso a mi amiga y no dejar que mi fe en Alberto y en su futuro me hicieran sobrepasar el límite de mis funciones como profesora. ¿Qué me estaba ocurriendo? Nunca antes en mis años de docencia había cruzado la frontera de lo estrictamente correcto.

Una vez reducido a niveles convencionales mi ritmo cardíaco, me separo de la puerta y me voy al baño dispuesta a sumergirme en la bañera.



Aún no he comido, pero con lo ocurrido en la puerta de la casa de Alberto se me ha cerrado el estómago. Más tarde llamaré para que me traigan algo de comida a casa. Ahora necesito rodearme de agua caliente y espuma burbujeante. Tengo mucho que pensar y, sobre todo, que decidir.

Al cabo de unos minutos, o tal vez horas, el móvil suena; es el grupo de las chicas. Envuelta en una toalla, salgo del baño y abro el WhatsApp:

Pam: «Niñas, tengo algo que contaros».

Clara: «¿Qué ocurre?».

Pam: «Me he enamorado de un empresario unos años menor que yo».

Blanca: «¿Qué ha pasado con el camionero?».

Pam: «Se habrá ido con la niña de la curva, porque ha desaparecido».

Ave: «Ja, ja, ja, ja, qué cafre eres».

Lucía: «¿Mucho más joven que tú?».

Pam: «No, sólo tres años».

Clara: «Entonces está dentro de lo legal, no hará falta llevarte tabaco en los vis a vis».

Blanca: «Ja, ja, ja, ja».

Ave: «¿Cómo lo has conocido?».

Pam: «Lo conocí hace una semana; vino a la boutique buscando un Armani para una boda. Al principio no me llamó la atención, pero en los últimos días ha venido cuatro veces seguidas. Que si un polo, que si un pantalón...».

Lucía: «Muchas visitas para vestirse».

Pam: «Eso mismo pienso yo. El sábado me pidió que le diera mi número de teléfono, lo cierto es que insistió bastante».

Blanca: «Está claro que le gustas».

Ave: «¿Se lo darías, no?».

Pam: «Me hice de rogar, pero al final lo hice. Y hemos estado hablando desde entonces. Pero...».

Clara: «¿Pero?».

Pam: «Ay, que no sé qué hacer. Es un ligón empedernido, un solterón que va de flor en flor».

Lucía: «Pues ofrécele tu polen»-

Blanca: «Ja, ja, ja, ja. Lucía, eres incorregible».

Pam: «Ganas no me faltan, pero me gusta de verdad».

Clara: «¿Él te ha dado a entender que quiera algo más?».

Pam: «De momento, no».

Clara: «¿Y ya te has enamorado?».

Pam: «Ya sabéis lo que me pasa cuando veo una buena percha».

Ave: «Ten cuidado, Pam; apenas lo conoces y, si es como dices, sólo querrá una cosa de ti».

Lucía: «Pues que lo utilice para el sexo».

Clara: «Si es capaz de separar una cosa de otra...».

Pam: «Tenéis razón, debo mantener la cabeza fría».

Lucía: «Y la pepitilla caliente».

Todas: «Ja, ja, ja, ja, ja...».

Clara: «Tú misma, Pam, pero no te hagas daño».

Blanca: «Estoy de acuerdo con Clara».

Pam: «Gracias, chicas. Os iré informando. Os quiero».

Blanca: «Y nosotras a ti».

Otra más que ha caído bajo los influjos del angelito con alas. Sé que Pam es muy tenaz y fuerte en su trabajo, pero, en lo referente a relaciones, es una enamoradiza incorregible. Cuando acabó su matrimonio, lo pasó francamente mal, estaba hundida; su cuento de hadas había terminado en desastre. Pero, con nuestro apoyo y su fortaleza, logró salir adelante. Desde entonces no ha dejado de salir con hombres que desafortunadamente no la merecían, y de los cuales se enamoraba con la misma rapidez con la que se desencantaba. Si algo la caracteriza es su búsqueda por encontrar a su hombre perfecto, y esa tenacidad dará algún día su fruto. Aún es pronto para saber cómo le irá con el empresario, pero si de algo estoy segura es de que, tratándose de un conquistador, mi amiga no se lo pondrá nada fácil.

Con el pijama puesto, con una buena copa de vino y la pizza que finalmente he encargado para cenar, me recuesto en mi mullido sofá, dispuesta a ver un rato la televisión. En uno de los canales reponen *El príncipe y yo*, una comedia romántica que siempre me ha gustado. Realmente estoy cansada, y esta película es, en este momento, mi mejor plan para terminar mi particular fin de semana.

Martes; ha refrescado bastante, el otoño parece al fin superar su timidez y comenzar a salir de su retiro.

Unos vaqueros ajustados, una camisa blanca entallada y mi chupa de piel favorita es la indumentaria que escojo para ir al trabajo en un día tan importante. Hoy se cumple el plazo que el señor Pérez concedió para que Juan y Alberto volvieran a las clases.

En la sala de profesores me encuentro con un taciturno Fuentes, que, sin saludarme, me observa con mirada de pocos amigos desde la distancia. Este hombre me va a volver loca; fue él quien me levantó la voz, debería ser yo la enojada.

En la coyuntura de mi aromático desayuno, y con cuidado de no ser descubierta, me recreo contemplándolo. Verdaderamente es un hombre guapísimo y misterioso al mismo tiempo. Su ceñida ropa deja entrever un cuerpo esculturalmente perfecto. Sus brazos son el mayor remedio de cualquier necesitado abrazo y la salvación del mejor insatisfecho cobijo. Sus ojos son la isla en la que anhelo naufragar, y su boca, la mayor pretensión de mi ansiada pasión.

«Debo reaccionar o mi hasta ahora estructurada vida se romperá en pedazos.»

Sin mediar media palabra, el desayuno acaba para dar paso a las primeras clases de la mañana, y éstas al descanso.

En la cafetería encuentro a mis compañeros en la mesa de costumbre, excepto a Fuentes, al que busco disimuladamente con la mirada. Con los primeros bocados del almuerzo, mi adonis se incorpora a nosotros.

—Ya queda menos para el partido —le dice un sonriente Ernesto a Fuentes, una vez hechos los saludos.

—¿A qué hora es?

—Los eventos comienzan a las seis de la tarde, y el partido contra los

chicos está previsto para las siete.

—Haré lo posible por llegar al principio, y, para el partido, seguro que estoy.

Con todo lo que había pasado (mi morcillita, el Cangrejo, mi inquietud por Alberto, lo de su padre, el viaje a casa de mis padres, etcétera), había olvidado por completo las actividades de hoy. Todos los años el instituto programa actividades físicas para recaudar fondos con fines solidarios: carreras de atletismo, pachangas de fútbol y, lo más divertido y esperado por todos, el partido de baloncesto entre profesores y alumnos.

La idea de ver a Fuentes sudando la camiseta me produce de pronto un sofoco interno; sin duda va a ser todo un acontecimiento que no me perdería por nada del mundo.

—¿Vas a venir, Blanca? —pregunta Ernesto, haciendo que mi ceñudo crustáceo me mire por primera vez desde que entró por la puerta de la cafetería.

—Creo que sí, Ernesto.

—¿Crees? Sois mis chicas favoritas, no podéis faltar ninguna de las tres, ya sabéis lo importante que esto es para mí.

—Tiene razón —interviene María—, no debemos faltar, y no lo vamos a hacer... —Dándome un suave golpe en el brazo, añade—: ¿Verdad, Blanca?

Lo de esta mujer no tiene nombre; podría haberse ganado la vida de alcahueta y no le hubiera faltado para llegar a fin de mes.

Observada por todos, y por un inquietante Fuentes, asiento con la cabeza dejando escapar una picarona sonrisa.

A tercera hora me toca dar clase a mis alumnos; deseo con todas mis fuerzas que Alberto aparezca por la puerta, y así es. Mi organismo emite un suspiro al verlo. Sorprendentemente, está al día de toda la materia, lo cual indica que ha usado la web del centro, donde cada profesor actualiza diariamente el temario y los ejercicios que los alumnos deben realizar. Cosas como ésta hacen que mantenga mi fe en Alberto y en su gran capacidad para la formación.

Al finalizar la clase, los chicos se levantan para cambiar de aula y yo le pido a Alberto que se quede para poder hablar con él.

—¿Cómo estás? —le pregunto, una vez a solas.

—Mejor —responde sin mirarme a la cara.

—Me tenías muy preocupada. ¿Qué te ha pasado?, ¿por qué no has venido a clase?

—Tenía asuntos que resolver.

Su actitud está siendo cortante; agacha la cabeza para evitar el contacto visual y que yo lo mire. Así que, de forma apacible, le toco la barbilla para conseguir verle la cara. Lentamente logro mi objetivo y me quedo paralizada al observar su rostro. Tras el maquillaje puede adivinarse un espeluznante hematoma en su ojo izquierdo.

—¿Ha sido tu padre?

—Sí —responde apartando nuevamente la cara.

—Alberto, debes ir a la policía, ellos sabrán qué hacer.

—¡No! —me contradice alzándose la voz.

—Está bien —intento tranquilizarlo—; veremos qué podemos hacer.

—¡Usted no va a hacer nada, esto no le incumbe!

Su adusto talante me está dificultando la situación; necesito pensar en una salida, en la forma más adecuada e idónea de ayudarlo. Estoy ante un menor que ha sufrido maltrato a manos de su padre, y mi obligación es denunciarlo a la policía y dar parte de la lesión. Pero el terror que sus ojos emanan me lo impide. Yo misma pude comprobar en mis propias carnes el temor que provoca su progenitor; no quiero ni imaginar el infierno por el que él está pasando.

—¿Vendrás a las actividades de esta tarde? —pregunto con la intención de suavizarlo.

—Sí, me apunté al partido de baloncesto.

—Te vendrá bien desfogarte, y ya de paso tener la oportunidad de machacar a algunos profes —murmuro sonriendo, y añado—: Deportivamente hablando, claro está.

—No tienen nada que hacer contra nosotros.

—Allí te veré —le digo al ver cómo se marcha de la clase—, aunque no puedo prometerte que animaré a tu equipo.

Por fin he conseguido sacarle una pequeña sonrisa, últimamente no se le veía sonreír mucho.

—Por cierto, ¡Alberto! —lo llamo justo antes de verlo salir por la puerta—, toma esto.

Él se acerca de nuevo a mi mesa y, cuando encuentro en mi bolso lo que estoy buscando, se lo doy.

—¿Qué es?

—Maquillaje *waterproof*, resistente al agua y al sudor. Para el partido. Tras unos segundos, y con los ojos húmedos, Alberto coge el botequito y me dice antes de marcharse:  
—Gracias por todo.

Al acabar las clases, me marchó a casa de Clara; había quedado con ella tras mi encuentro con Alberto. Necesitaba hablar con alguien del tema, y pensé que ella y John podrían ayudarme.

—Debes elegir entre lo que quieres y lo que debes hacer —me indica Clara mientras comemos. Ha preparado un manjar de verduras a la plancha con unas patatas cocidas de guarnición, ante el que no puedo resistirme.

—Debo y quiero ayudarlo —respondo convencida.

—La ley y la ética te obligan a dar parte, Blanca.

—Lo sé —digo resignada—, pero no sabéis el miedo que da ese hombre.

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —pregunta Clara indignada. Ella me conoce muy bien, y sabe que no suelo hablar por hablar.

Ante mis asombrados amigos, cuento el episodio vivido en la puerta de casa de Alberto con su padre y el gigante. Sé lo que se me viene encima, pero realmente estoy en un aprieto y necesito ser del todo sincera con ellos. Clara no puede creer lo que escucha salir de mi boca; he conseguido enervarla hasta el punto de preocuparme por el estado del bebé.

—Cálmate, Clara, no lo volveré a hacer.

—¡Por supuesto que no! —grita exaltada—. ¡Ya me encargaré yo de eso! ¡Si tengo que amarrarte a una silla, créeme que lo haré!

Pienso en preguntarle que si lo haría con las esposas de su marido y me taparía los ojos con un pañuelo mientras me azotaba el pandero, pero me contengo. Cuando me encuentro en situaciones así, suelo recurrir al humor como vía de escape.

—No volveré a ir a su casa, os doy mi palabra —digo en tono pausado, intentando tranquilizarla.

—Espero realmente que cumplas tu promesa, Blanca —interviene John—; ese hombre es más peligroso de lo que crees.

—Por eso he acudido a vosotros —replico—. Esto se me escapa de las manos, y ese pobre chico necesita ayuda.

—Estás directamente implicada, Blanca —continúa—. Tu denuncia por maltrato se vería enfrentada a la que su padre podría ponerte por acoso.

Dios mío, no había caído en la cuenta de eso. Sabía que había metido la pata yendo allí, pero realmente no sabía cuánto.

—Entonces, ¿qué debo hacer? —pregunto implorando una sabia respuesta.

—Mantente totalmente al margen, como te dije —contesta Clara—; límitate a darle clase, y trata de verlo como a un alumno más.

—De momento no hagas nada —añade John—. Estudiaré el caso y veré qué podemos hacer al respecto.

—Gracias, chicos.

Esta vez voy a hacerle caso a mi amiga, seguiré su consejo y el de su marido. La ayuda que ambos me están prestando es de vital importancia para mí. Y sé que John buscará la mejor forma de favorecer tanto a Alberto como a mí. Yo sola he conseguido meterme en este embrollo, y la mejor manera de afrontarlo es dejarme guiar por mis amigos. Por mucho que me duela, y por mucha pena que me dé, el futuro de Alberto no está sólo en mis manos.

Con el convencimiento de no extralimitarme en mis funciones, llego a un abarrotado pabellón deportivo cerca de las siete de la tarde cargada con una gran bolsa. Al salir de la casa de mis queridos amigos, he pasado por el centro comercial a comprar algunas cosas para el partido. Tengo por costumbre abastecerme de refrescos y frutos secos para ir a este tipo de eventos, como de un buen cuenco de palomitas a la entrada del cine.

El pabellón está situado en la zaga del recinto, tras el edificio principal. Está dotado de numerosas instalaciones, repartidas en tres alas. En el ala izquierda se encuentra el gimnasio, con pesas, bicicletas estáticas, bancos, colchonetas y demás maquinaria; en el ala del centro, tras el vestíbulo, se ubican los vestuarios y las duchas, y en el ala derecha está la pista principal, preparada para todo tipo de deportes de sala, como fútbol, baloncesto, bádminton, etcétera.

Entre el gentío puedo divisar a María y Reme, que me aguardan en las gradas móviles, con un asiento reservado para mí. Sorteando alumnos, escalones y pasillos, consigo llegar hasta ellas.

—Por fin estás aquí —dice Reme—, ya creíamos que las pipas no llegaban.

—Por el interés te quiero Andrés —respondo sonriendo y acercándoles la bolsa para que se autoabastezcan.

—El partido está a punto de empezar, has llegado justo a tiempo —indica María guiñándome un ojo.

Con la premura de llegar y localizarlas, aún no me he parado a buscar a Fuentes. Ya sentada y con una Coca-Cola que Reme acaba de darme, miro hacia la pista.

Los chicos, con equipación blanca, están en el lado izquierdo calentando y lanzando balones a canasta; entre los que distingo a un relajado Alberto.

A la derecha, y de azul marino, están mis compañeros, incluido el director, el señor Pérez... aunque, más que calentar, lo que hacen es hablar entre lanzamiento y lanzamiento. Y allí, en medio de todos ellos, está él, mi adonis particular, con sus logrados brazos, su cuello largo, sus musculosas piernas perfectamente depiladas y, ¡oh!, su perfecto y redondeado culo pegado a un corto pantalón ciento por ciento poliéster.

En ese momento me acuerdo de las chicas y, sin demorarme, saco mi móvil del bolso y, con el zoom al máximo, capturo la imagen de un atlético Fuentes en pleno mate. Embobada con la foto, le doy al icono de compartir, pero mi teléfono no responde. Es entonces cuando recuerdo que en el pabellón no hay cobertura, y el símbolo en la parte superior de la pantalla así me lo confirma. «Se la enviaré más tarde», pienso mientras suena la bocina que da la señal de inicio del partido.

Los cinco jugadores titulares de ambos equipos se quedan en pista, mientras el resto la abandona para ir a sus bancos correspondientes. El griterío se hace oír en todo el pabellón y los alumnos hacen sonar sus trompetas de colores, o *vuvuzelas*, como ellos las llaman, para animar a sus compañeros. Todos los años ocurre lo mismo: el número de seguidores del equipo de profesores es mucho menor; en realidad, mis colegas y yo animamos tanto a unos como a otros.

El partido comienza y la pelota se pone en movimiento, aunque yo no puedo evitar dejar de seguir con la mirada a uno de los jugadores. En cada salto, lanzamiento o jugada en general, se puede observar la flexión de sus músculos y su gran preparación física. Verlo en acción es, sin duda, un placer para los sentidos.



A mitad de partido los chicos van ganando por doce puntos; la incorporación al equipo docente de Fuentes ha supuesto, sin lugar a dudas, una enorme diferencia en comparación con años anteriores, pues la ventaja era mucho más exorbitante a favor de los alumnos.

En la pista hay otra persona que también reclama mi atención: es Alberto. Se le ve feliz y totalmente concentrado en el juego, lo que me hace sentir una añorada tranquilidad.

A falta de veinte segundos para el final del encuentro, el marcador indica 53-50 a favor de los alumnos. Nunca antes habíamos vivido un partido igual. Los ánimos están candentes en el buen sentido de la palabra, y el ímpetu del graderío se hace notar incansablemente, con gritos, trompetas y el continuo retumbar de la grada cada vez que alguien se levanta a animar.

La pelota está en manos del equipo blanco, y la posibilidad de anotar el tanto de la victoria está muy cerca. Pero mis compañeros no se van a dejar amilanar, este año no; así que, en una magistral jugada, Ernesto consigue robar el balón y, con un juego perfecto de fintas, logra pasarlo a un atlético Fuentes, quien, con un lanzamiento desde la línea de seis setenta y cinco metros, consigue anotar tres puntos a favor de su equipo. Mis compañeras y yo estamos emocionadas, jamás hemos vivido un partido similar, y nuestros gritos y alabanzas se entremezclaban con las del resto de los espectadores.

Tan sólo quedan diez segundos y, con el marcador igualado, el equipo de los alumnos pide tiempo muerto. Cada equipo se reúne para decidir la estrategia de su última jugada, y es en ese momento cuando Fuentes y yo cruzamos una larga mirada. Creía que no sabía que estaba allí, pues no lo había visto mirarme ni una sola vez; pero su mirada es clara y directa, sin titubeo y sin necesidad de buscarme entre la afición. Era conocedor de mi presencia, pero no me lo ha hecho saber hasta ese momento; un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

El partido se reanuda, y la pelota vuelve a estar en manos del equipo de los alumnos. Si logran sortear la defensa y anotar, la victoria es suya.

Con el corazón acelerado, cogidas de la mano y totalmente concentradas, observamos expectantes los últimos segundos del encuentro.

Un juego rápido de pases y un fallido tiro provocan que Ernesto consiga hacerse con la pelota en el rebote. Y, a falta de dos segundos, logra escapar y hacer un extraordinario lanzamiento hacia la canasta del

contrincante. Todo el pabellón enmudece al ver cómo el balón hace un perfecto arco en su trayectoria, hasta atravesar de forma impecable el aro del equipo blanco. Las trompetas, que suenan como muestra de desaprobación por el resultado final del partido, contrastan con los gritos que propinamos al personal docente. María, Reme y yo, llevadas por la emoción, nos levantamos de los asientos de un salto, elevando los brazos y dejándonos sin pudor la garganta y las manos en vítores y aplausos. En ese momento, y sin poder evitarlo, el bolso que tenía sobre mis rodillas se cae al suelo de la grada, junto a la bolsa que he traído con suministros, los cuales apenas hemos probado por la intensidad allí vivida.

En la pista, el contraste entre la rabia de unos y la alegría de otros se hace notar.

Los chicos, deportivamente, felicitan a sus profesores, antes de marcharse hacia las duchas. Mis compañeros, en cambio, se quedan un poco más de tiempo en la pista; es la primera vez que su equipo gana, y todos se abrazan y festejan el triunfo.

El pabellón se va quedando vacío, y María, Reme y yo bajamos a felicitarlos. Todos están muy contentos; Fuentes se ve guapísimo con su radiante sonrisa, y Ernesto está resplandeciente por su increíble hazaña.

—¿Dónde está el mejor capitán del mundo? —pregunta María a este último alzando los brazos.

—¡Aquí estoy!

—¡Enhorabuena, campeón! —lo felicita María. Pero viendo las intenciones de él, añade—: ¡Ni se te ocurra darme dos besos con lo sudado que vas!

A pesar de su advertencia, Ernesto no sólo le planta dos besos, sino que la abraza cariñosamente, haciéndonos reír a todos.

— ¡La madre que te parió! —le grita una risueña y encantadora María.

—Enhorabuena —murmuro a un orgulloso Fuentes al llegar hasta él.

—Gracias, preciosa —me contesta con su particular media sonrisa.

Mi estómago da un vuelco al escuchar esas palabras salir de su boca. La satisfacción que mi compañero Ernesto experimenta por el gran partido que ha hecho no tiene nada que envidiar a lo que yo siento en ese momento; sus palabras son verdadera música para mis oídos, y un orgullo para mi femineidad.

Tras la celebración y los agasajos hacia los compañeros, éstos se

marchan a las duchas, mientras que mis colegas y yo salimos del pabellón comentando lo bonito que ha estado el evento. Ha sido una tarde preciosa, con una divertida emoción y un coqueto colofón.

Una vez en el aparcamiento, me despido de María y Reme y, cuando llego hasta mi coche, recuerdo la foto que le hice a Fuentes y que tenía pendiente de enviar a las chicas. Coloco el bolso encima del capó del vehículo y registro mi bolso en busca del móvil. Pero ni rastro de él. Durante unos segundos en los que mi nerviosismo va en aumento, trasteo desesperadamente entre las cosas que llevo en mi Louis Vuitton. «A mayor bolso, mayor cantidad de cachivaches», pienso mientras busco sin cesar. Como haría con cualquier cajón repleto, decido volcar sobre la carrocería todo el contenido para examinarlo bien de cerca. Uno a uno vuelvo a introducir en el bolso lo que he sacado; sin embargo, el móvil no aparece. Inquieta por su paradero, me apoyo de espaldas al coche y comienzo a intentar recordar lo que he hecho con él desde la última vez que lo tuve en la mano.

De pronto una imagen me viene a la mente: el bolso se me cayó al suelo de la grada al levantarme para celebrar el triunfo de mis compañeros, y el móvil tuvo que salir disparado. «¿Por qué todo me tiene que pasar a mí?», pienso al encaminarme nuevamente hacia el pabellón, en busca de mi querido y extraviado teléfono.

Al llegar al pabellón me dirijo directamente al ala derecha, donde se encuentra la pista principal. De camino oigo las voces que provienen de las duchas, y por un momento tengo que hacer caso a mi parte racional, pues la pretensión de entrar y encontrarme a un Fuentes mojado y desnudo me viene irremediabilmente a la mente.

Cuando estoy frente a la grada, dejo la bolsa con los refrescos y los frutos secos, que con los nervios no guardé en el coche, encima de un asiento. Con la vista busco el lugar exacto donde he estado sentada junto a mis compañeras hace unos minutos, y me acerco hasta él... pero, una vez situada, veo que la fila está totalmente vacía. Entonces observo los enormes huecos que hay entre cada piso e, imaginándome el móvil cayendo por uno de ellos, bajo los escalones en busca de alguna cavidad lo suficientemente grande como para meterme debajo de la grada.

En los laterales encuentro un espacio por el que decido entrar. Como han apagado las luces y la estructura es bastante grande, apenas se ve nada en el interior, así que, tanteando dentro del bolso, doy con un encendedor que me sirve para alumbrarme un poco entre tanta oscuridad.

La búsqueda me lleva un buen rato; debo sortear gran cantidad de polvorientos hierros y hacer numerosas paradas para dejar enfriar el mechero de gas, e impedir así que me queme el dedo, o provocaré, esta vez, una salchichita.

Por el camino me voy encontrando todo tipo de cosas: envoltorios de chicles, latas, bolsas vacías... Con el temor de cruzarme con algo que se mueva, llego hasta la zona donde calculo que estábamos sentadas. Agachada, con el bolso en un hombro y con lo que me aporta un hilo de luz en la otra, encuentro por fin el teléfono. Un suspiro de alivio sale de mí, mientras abro la funda y lo desbloqueo para encender la aplicación de linterna, que usaré para ir de vuelta a la superficie.

Tras el rocambolesco momento que he vivido bajo aquel amasijo de hierros, me acerco a por la bolsa sacudiéndome los hilos de telarañas que se me han pegado a la ropa, cuando oigo una voz que me es muy familiar.

—¿Sacudiéndote el polvo, Intimissimi?

Es Fuentes, quien, con su inseparable indumentaria oscura y perfectamente entallada y una mochila a la espalda, se presenta ante mí con el pelo aún húmedo tras la ducha.

—Para no sacudirte a ti, Cangrejo —respondo.

—¿En verdad lo harías? —pregunta con su peculiar mirada picarona.

—Si me sigues llamando así, sí —le advierto mientras me quito los últimos restos.

—No, si ya veo el genio que te gastas.

—Pues aún no has visto nada —mascullo mirándolo desafiante.

—Perdóname por pisarte —dice de pronto—, no debí andar como un... cangrejo.

Era la primera vez que se disculpaba, y sus palabras sonaron a música, dirigida por un director de orquesta en forma de una preciosa sonrisa.

—Lo haré si dejas de llamarme así —digo devolviéndole el gesto curvando mis labios.

—Realmente me va a costar.

—Mi nombre tiene menos sílabas, no creo que así sea.

—No es cuestión de letras.

—¿Entonces de qué es?

—De imágenes —responde dejándome totalmente desconcertada.

—¿A qué tipo de imágenes te refieres? —pregunto.

En ese instante Fuentes baja su mirada hacia el escote que deja entrever mi camisa y, observándolo de forma intencionada, me dice:

—Las imágenes que un hombre puede imaginar con ese nombre.

El gesto, lejos de parecerme obsceno, me calienta y, sin darme cuenta, dejo salir un ahogado jadeo. Por unos instantes ambos nos miramos en absoluto silencio. Mi instinto femenino me dice a gritos que me desea, pero la sensación de ser «la otra» me quema por dentro. Así que, intentando romper el ardiente momento, le suelto:

—No debiste aplastarme mi morcillita.

—¿Tu qué? —pregunta arrugando el entrecejo y sin dejar de sonreír.

—Mi meñique se puso tan negro que me recordaba a una morcilla.

Mi comestible respuesta le hace reír a carcajadas.

Pese al doloroso recuerdo del pisotón, y a que se burla en mi propia cara del cariñoso mote que le puse a mi tullido dedo, verlo tan alegre hace que me enamore más, si cabe, de él.

Realmente soy una masoquista innata; estoy frente al hombre que me quita el sueño, el protagonista de la mayoría de mis pensamientos, pero al que no puedo alcanzar por estar comprometido o saliendo con otra persona. Así que, empleando toda la resistencia de la que soy capaz, recojo mis cosas y me encamino hacia la salida del pabellón mientras le digo:

—Me alegra divertirme.

Fuentes me acompaña en el camino y ambos nos dirigimos hacia la puerta. Mi yo racional, que ansía salir huyendo de allí para poder respirar aire puro, se enfrenta a mi yo mujer, mi yo pasional, irracional, femenino, loco, apasionado... que lo desea con todas sus fuerzas.

Al llegar a la puerta, como buen caballero que es, Fuentes se adelanta un poco para abrirla y cederme el paso, pero, al girar el pomo, ésta no se abre. Extrañado, se sitúa frente a ella y, de todas las formas posibles, intenta abrirla sin conseguirlo.

Iluminados por la luz que las farolas proporcionan a través del montante, nos miramos un instante y, sin necesidad de decirnos palabra alguna, nos dirigimos hacia las duchas, en busca de Ernesto. Una vez inspeccionada la zona, y sin rastro de ningún compañero, noto cómo mis manos comienzan a temblar, y el miedo se apodera de mí.

—¡No, no, no, no, no, no! —digo andando de un lugar a otro, con el móvil en la mano, tratando de obtener señal.

Entretanto, Fuentes recorre todo el pabellón en busca de alguien que pueda sacarnos de allí, pero todo es en vano; estamos solos, encerrados y sin cobertura.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto exaltada.

—Lo primero, calmarnos, gritando no vamos a solucionar nada — responde con una tranquilidad que aún me exaspera más.

—¿Que me calme? —le cuestiono alzando más la voz—. ¡No hay cobertura, no puedo llamar a Ernesto ni al director para que nos abra! ¡Estamos encerrados, por el amor de Dios!

Esta vez Fuentes no me contesta, está centrado en averiguar la forma de abrir la puerta, mientras yo revoloteo alrededor de él presa del pánico

por la situación, elevando y colocando el móvil en cada rincón en busca de una mínima señal.

—Ésta es la situación —dice de pronto colocándose frente a mí con los brazos en jarras—: No podemos salir, así que lo mejor será que busquemos un sitio cómodo donde pasar la noche. Mañana vendrá Ernesto y...

—¿Pasar la noche? —pregunto con los ojos abiertos como platos.

—Sí, eso he dicho. —Y con voz sosegada y con su característica mirada, añade—: ¿Acaso no quieres pasar la noche conmigo, Blanca?

«¡Lo mato!» ¿Cómo puede estar tan tranquilo en una situación así? Y lo más importante, ¿a qué está jugando? Realmente puedo aceptar que nos hayamos quedado encerrados, y que la única alternativa posible sea pasar juntos la noche, pero, lo de tontear, no lo llevo nada bien. Si es cierto que tiene novia, ¿por qué se comporta de ese modo conmigo?

Enfadada por su actitud y por la rocambolesca situación, decido tratar de averiguar la verdad.

—¿Qué diría tu novia?

—No diría nada —responde con la media sonrisa a la que ya me tiene habituada.

—¿Tan sumisa es que no le importa que duermas con otra mujer? —pregunto extrañada por su aparente sosiego.

—No me gustan las mujeres sumisas, no podría estar con ninguna que lo fuera.

La respuesta me gusta, pero sigue sorprendiéndome su apacibilidad... Va a dormir con una mujer que no es su novia; en su lugar, yo estaría muerta de celos.

—Si no es sumisa, y según tú no diría nada, ¿es que es tonta y muda?

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja. —Se carcajea con todas sus ganas, inclinando incluso el cuerpo hacia atrás.

Su actitud me parece ciertamente desconcertante. Demuestra no importarle lo más mínimo lo que su novia pueda pensar de él y de la extraña situación. ¿Realmente es así de frío? ¿O su relación es tan abierta como mi hermano me sugirió, dado su proceder?

No sé a qué aferrarme, pero bien es cierto que mi idea de perfecto idilio no se corresponde con esto. Así que, sabedora de mi perdida batalla, y como defensora de la mujer a ultranza que soy, me envalentono y le suelto:

—¡Eres un machista engreído!

—¿Por qué dices eso? —pregunta sorprendido, poniendo fin a su encantadora sonrisa de hombre «me importa un bledo lo que piense mi novia».

—Porque das por hecho que ella no te diría nada, que no le importaría verte en esta situación —contesto dejándome llevar por la empatía, y añado—... Y, por mucha relación liberal que tengáis, saber que tu pareja pasa la noche con otra persona del sexo opuesto jode, y mucho. Pero pensar y manifestar que ella no diría nada me parece el colmo. ¡Las mujeres no somos objetos, tenemos sentimientos! Si fuese yo, no me callaría.

—Me consta que no, ya me lo has dejado claro en más de una ocasión.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que cuando te cabreas echas broncas sin opción a réplica —suelta de pronto, provocando que mi cabreo vaya en aumento, imparable y sin frenos.

—¡Yo no hago eso! —protesto.

—¡Sí lo haces! —contesta igualando mi tono de voz—. ¡Hacía mucho tiempo que nadie me echaba una bronca como la que tú me echaste el otro día en el parking, y para postre te marchaste sin que pudiera decirte ni media palabra!

—¡Me pisaste y me robaste la plaza de aparcamiento! ¿Qué esperabas que hiciera? —le grito desesperada.

—¡No sabía que era tu plaza! —me reprocha—. No llevan nombre, y eso no podías echármelo en cara.

—¡Claro, como el señorito no deja que nadie le diga nada! —afirmo con tono sarcástico.

—¿Ves cómo no te callas ni debajo del agua?

Su última frase me acaba de dejar helada; el mito ha caído hasta los subniveles que habitan bajo los niveles más subterráneos que existen. Mi ira, en cambio, va en aumento, sobrepasando incluso la estratosfera.

—¡Eres un idiota, Fuentes! —le grito con todas mis fuerzas, y me giro para encaminarme hacia los vestuarios. Necesito refrescarme con un poco de agua y, sobre todo, alejarme de él; tenerlo cerca empieza a resultarme realmente doloroso.

Pero de pronto, al pasar por su lado, me agarra del brazo y con un



movimiento raudo y certero me aboca hacia él. Cogiéndome la cara con las dos manos, acerca su rostro al mío y me susurra:

—Tú sí que eres idiota, Intimissimi.

Y acto seguido comienza a besarme con desenfrenado deseo y enfurecida pasión. Su boca se abre y cierra para dejar pasar una devoradora lengua, que con sutiles movimientos acaricia y embriaga la mía. Sus ardientes labios devoran los míos entre jadeos que ambos dejamos salir entre dinámicos latidos. Sus besos saben a puro erotismo, y mi rendición ante él es completa y plena.

Llevada por el anhelo de su ardor, me aferro a su amplio torso, cobijándome bajo su escultural brazo, con el que me aprisiona la parte baja de la espalda. En mis pensamientos había imaginado decenas de veces este momento, pero ninguno de ellos se podía aproximar ni lo más mínimo a la realidad. Estaba entre los brazos del hombre que me robaba el sueño, del hombre que protagonizaba mis pensamientos, el que yo más deseaba.

Cogida por su mano, que ahora se enreda entre mi largo pelo, y por la cintura con la otra, me arrima más a él, dejándome totalmente atrapada. Como si tuviese miedo de soltarme, me aferra y me hace sentir la erección de su pene, que es correspondido por la sacudida que me ofrece mi hinchado clítoris. Mis pezones también reaccionan a un deseo que ambos sentimos e, inflados y rígidos, comulgan con una agradable y extasiada sensación de quemazón que se apodera de mí.

Los roncOS y sonoros jadeos de Fuentes retumban en la estancia, haciendo crecer el deseo de ambos. Su boca abandona la mía y, con una tórrida destreza, se apodera de mi cuello, embebiéndolo con dulzura y pasión. Con la cabeza levemente inclinada hacia un lado, me dejo hacer por mi versado adonis, que con verdadera maestría me hace sentir auténtica lujuria. Mi entrecortada respiración se funde con la suya en el instante en que su boca recorre mi cuello hasta llegar a mi pequeña oreja, tras apartar con dulzura mi alborotado pelo... y, como si de un baile se tratase, su caliente lengua comienza a danzar sobre ella, recorriendo cada rincón. Su exhalación enfría el abrasador rastro que sobre mí va dejando, y mi delirio queda latente con un sonoro resuello.

—Necesito follarte —dice de pronto mirándome con ojos de auténtico deseo.

—Y yo que lo hagas —le contesto respondiendo a su intensa mirada.

Y allí, en pleno vestíbulo, continuamos besándonos, llevados por el más primitivo de los anhelos.

Fuentes va desabrochándose los botones de la camisa con garra; el sonido del botón al pasar por el ojal es cada vez más sonoro. Con toda probabilidad me arrancará alguno, aunque, en un momento así, poco me importa. Una vez abierta, y sin que ningún botón haya salido disparado, sus ojos se centran en mi sujetador de encaje color beige. «Con todas las opciones que tenía, he venido a elegir este conjunto», pienso mientras me observa. No es el más sexy que poseo, pero, bajo una prenda blanca en un *look* de día, era la mejor opción.

Sus retomados besos desvían rápidamente mi íntimo pensamiento e, invadida por su voraz lengua, bajo los brazos para dejar caer la camisa, de la que con acierto ha logrado despojarme.

Erizada por su roce, logro quitarle la camiseta por encima de la cabeza, y soy yo la que esta vez le observa a él. Hacía mucho tiempo que no estaba con nadie, pero ni en mis mejores sueños hubiera imaginado un cuerpo como el que Fuentes tiene. Sus musculosos hombros son la cumbre de sus torneados brazos; sus rígidos pechos son las deseables ventanas a las que poder asomarse; su escaso vello, que recorre el centro de su torso, es la manta a la que poder acariciar antes de acostarse, y sus marcados oblicuos, la carretera donde poder perderse.

—No te imaginas cuánto te deseo —me susurra mientras acaricio su parte desnuda.

Fuentes toma de nuevo mis labios con fuerza, haciéndome estallar de placer. Sus manos bajan hasta mi culo y, apretándolo con firmeza, acopla mi parte más íntima con la suya. El calor se torna abrasador, y sus ahogados gruñidos me calcinan.

Sus manos recorren mi cintura, y con pericia me desabrocha el pantalón y me lo baja hasta las rodillas. Su roce me enloquece y, sin dejar de besarlo, doy diestros movimientos alzando una y otra pierna, para

intentar quitármelo, pero mis botas le impiden el paso. «¿No podía haber elegido una falda?», pienso mientras me peleo con el bajo de mis vaqueros. Viendo que mi danza no me llevará a ningún lado, intento con las manos desabrocharme los botines, mientras sigo surcando su boca con la mía, pero, al ser estrechos y tenerlos tan abajo, pierdo el equilibrio y me vuelco para un lado.

—¿Bailando una jota, Blanca? —pregunta al cogerme en el momento preciso, impidiendo que me caiga al suelo.

La risa nerviosa me salva del instante bochornoso y, agarrándome a él, consigo finalmente mi objetivo. Tras despojarme del vaquero, las botas y los antisexis calcetines tobilleros, me quedo de pie frente a él en ropa interior, temblando como la gelatina, a la espera de conocer su reacción.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunto colocándome el pelo detrás de la oreja con un coqueto movimiento.

—Me gusta hasta lo que no veo —responde con una pícara sonrisa y unos ojos devoradores.

Esta vez me abraza con firmeza, y con auténtica pasión vuelve a besarme. Sus labios juegan con los míos y su lengua se trenza con la mía en perfecta armonía. Su olor, su sabor y su tacto me enloquecen.

Al acariciarme la espalda, tropieza con el cierre del sujetador y, con ambas manos, intenta desabrocharlo. Los segundos se hacen eternos, pues noto cómo trastea con los corchetes, sin lograr desabrochar ninguno.

—¿Haciendo encaje de bolillos, Fuentes? —pregunto riéndome al verlo realmente apurado.

—¿Cómo podéis hacer esto y que parezca fácil? —dice sin cejar en el empeño.

—Como muchas otras cosas —le susurro de forma sensual.

Su media sonrisa me da por hecho que le ha gustado mi respuesta, y con un rápido gesto le socorro y me desabrocho el sujetador.

—Hecho —le informo guiñándole un ojo.

Fuentes ríe con sincera felicidad y, cogiéndome con firmeza, me levanta y a horcajadas sobre él nos encamina hacia las duchas, mientras me dice:

—Me vuelves loco, Blanca.

Ahora soy yo la que lo beso con ardor agarrada a su cuello; mis deseos se ven cumplidos, y mi anhelo, recompensado.

Al llegar a los vestuarios entre una gran penumbra, y aún con mis

piernas abrazando su cadera, me empotra contra la fría pared. La impresión me hace soltar un sonoro jadeo.

—¿Todo bien? —pregunta con cariño.

Asiento con la cabeza, y le cojo la cara con ambas manos para quedarme embelesada mirándolo. En mis dedos noto la firmeza de su cuadrada mandíbula y la suavidad de su tez, recién afeitada. Sus azules ojos son el mar donde refugiarse, y su boca entreabierta, la mayor de las provocaciones.

—Eres verdaderamente hermoso —le digo con ternura.

—No más que tú —responde de la misma forma, para acto seguido darme un dulce y corto beso.

Durante un instante, ambos nos quedamos mirándonos, observándonos realmente, como no habíamos hecho antes. De pronto algo me viene a la mente, y el sentimiento de culpabilidad me invade. Inevitablemente bajo la vista impregnada por el remordimiento. Fuentes, que me tiene sujeta por las nalgas con una mano y apoyada en los fríos azulejos, me levanta la barbilla con la otra, y me confiesa mirándome a los ojos:

—No tengo novia, Blanca. Nunca he afirmado que la tuviera.

Mi cara es un poema. No sólo me ha leído el pensamiento, sino que además es un hombre libre.

—Pero tampoco lo desmentiste —le digo con sentimientos encontrados entre la felicidad, el asombro y el posible engaño.

—Quería saber tu reacción —se sincera.

—¿A mi costa?

—Era una forma de confirmar lo que pensaba.

—¿Y qué pensabas? —pregunto coqueta. Ciertamente él tiene razón, no había afirmado que estuviera con nadie, y su artimaña había funcionado a las mil maravillas: hizo que mis sentimientos salieran a la luz inevitablemente.

—Lo que veo —confiesa—: Que ambos nos gustamos y nos deseamos de verdad, sin ataduras y sin complejos.

«Me lo como, esta vez de verdad, y a Cupido también por el mismo precio», pienso mientras una sensación de felicidad invade todo mi ser. Estoy semidesnuda frente al hombre que más deseo en el mundo, y soy correspondida. ¿Puedo pedir algo más?

Llevada por el momento, lo abrazo con todas mis fuerzas; necesito

tenerlo lo más cerca posible. Esto no es un sueño, es la realidad, y quiero vivirla de la forma más intensa posible. Tras unos segundos, lo suelto y, agarrada a su cuello, le digo con el tono más sensual que jamás he usado:

—Soy toda tuya, Cangrejo.

Un ardiente beso es la respuesta a mi proposición/declaración. Sus manos aprietan y estrujan mi trasero mientras las mías se enredan en su pelo. La ternura se torna nuevamente en candente deseo cuando me despoja de mi sujetador, dejando mis pechos desnudos y dispuestos para él. Con destreza, comienza a presionarlos y a masajearlos en círculo, para después, con sus dedos índice y pulgar, pellizcar mis erguidos pezones, haciéndome vibrar. Mis jadeos lo enloquecen y, de una fuerte sacudida, me eleva un poco más, para que su lengua pueda devorar mis redondas aureolas. Con fuertes succiones, me hace totalmente suya, y de forma instintiva mi espalda busca los fríos azulejos para aliviar el ardor que mi cuerpo experimenta. Mientras su lengua arrulla mis sensibles pezones, mi vagina siente su gran erección a través de sus pantalones al elevarme con acompasadas sacudidas. El deseo me invade, y sólo puedo pensar en sentirlo dentro de mí, en poseerlo y hacerlo mío, como tantas veces he ansiado.

Como si leyese de nuevo mis pensamientos, Fuentes abandona por un instante mis pechos para girar la cabeza y buscar con la mirada algún lugar más cómodo donde llevar a cabo nuestro propósito. Sin encender la luz en ningún momento, bien por no acordarnos o bien por no tener la menor intención de hacerlo, y con los ojos ya habituados a la oscuridad de la estancia, me levanta con fuerza y, agarrándome del culo, me conduce hacia el fondo de los vestuarios. Sin permitir que mis pies descalzos pisen el suelo, y aún a horcajadas, llegamos a la zona de aseo. Después de las taquillas, y bajo un enorme espejo, hay una fila de lavabos, enmarcados por un pulido y frío mármol travertino. Al conocer sus intenciones, dejo escapar una risa traviesa, que es rápidamente respondida.

—¿Estás preparada, cariño? —me consulta con dulzura.

«¡¡¡Ay, que me da!!! ¡¡¡Me acaba de llamar cariñooooooooooooo!!!»

Sin poder evitar mi carita infantil del gozo que experimento, asiento con la cabeza, y él, con seguridad y hombría, me coloca sobre el mármol. Sin dejar de mirarnos, Fuentes tira con ambas manos de mi pequeño tanga y, con mi ayuda, me lo quita lentamente mientras observa con atención mi rasurado pubis.

«Menos mal que siempre voy depilada», no puedo evitar pensar al ver cómo me embebe con la mirada.

Sus curtidas manos comienzan a acariciarme las piernas lentamente pero con firmeza, entretanto sus ojos devoran los míos. De forma extremadamente pausada, inicia el recorrido de manera ascendente, empezando por los pies, para continuar por los tobillos, los gemelos, las rodillas... Mi corazón va a estallar, mis latidos parecen un redoble de tambores anunciando la actuación estelar. Al llegar a los muslos, Fuentes se recrea acariciándome la parte interna, incluidas las ingles, provocando que mi deseo se convirtiera en empírica ansia.

Instintivamente, mi lengua recorre mi labio superior de un lado a otro y, al llegar a la comisura, la escondo, para dejar que mis dientes muerdan parte de mi labio inferior. El gesto lo vuelve loco y, como un toro desbocado, se abalanza sobre mí y, cogiéndome la cara con las manos, me dice de forma entrecortada:

—Lo que acabas de hacer... es lo más sexy que he visto en mi jodida vida.

Es la primera vez que hago ese gesto y, por lo que acabo de descubrir, no será la última. Apasionada, extasiada y con un deseo que duele, lo beso mientras le desabrocho el vaquero, ávida de hacerlo mío.

Enredados en lujuriosos besos, consigo bajarle apenas el pantalón y los bóxers Calvin Klein y, con cuidado, agarro su erecto pene, para comenzar a acariciarlo. Tiene el tamaño idóneo para mí, es lo suficientemente grande como para satisfacerme y lo necesariamente ancho como para llenarme. Feliz por el hallazgo, lo toco degustándome de su suavidad y su calor.

De pronto, Fuentes me aparta la mano y, agarrándome de la parte trasera de las rodillas, me arrastra hacia el borde del mármol con un rudo impulso, abriéndome de piernas para él. Su pene se encuentra con mi vagina y, acompañados de eróticos besos, se acarician y se rozan, haciéndonos enloquecer a ambos. Sin darme cuenta, y con auténtica maestría, se coloca un preservativo que previamente ha sacado de su bolsillo y del que yo no me he percatado, y con un certero empujón me penetra con la punta. En ese instante abro los ojos sorprendida, y sin proponérmelo dejo de besarlo.

Pero de nuevo mi Cangrejo me sorprende adelantándose a mis palabras y, sin moverse ni un ápice, me enseña el envoltorio abierto, que

había dejado a mi lado. Tranquila ya al saber que estamos usando protección, le sonrío y le dedico una provocadora mirada, que él hábilmente interpreta como un permiso para continuar.

Sin dejar de mirarme, y con la invitación recibida, Fuentes me agarra con una mano la espalda y con la otra el trasero y, con un nuevo movimiento, me penetra, esta vez con todo su miembro. Un jadeo sale de ambos, que ahogamos brevemente besándonos apasionadamente al compás de los envites.

Mi sueño se había visto cumplido, estaba con el hombre al que deseaba por encima de todas las cosas, y él también me deseaba a mí. Ya era una realidad, nos gustábamos. Su cuerpo me enervaba, su rostro me enamoraba y su sexo me enloquecía. No sabía cuánto duraría, pero lo que sí tenía claro era que el angelito con alas había hecho un disparo certero, y que ambos lo estábamos celebrando. Durante un largo rato nuestros cuerpos se fusionaron y, juntos, nos dejamos llevar hasta llegar a un maravilloso clímax.



Con la respiración entrecortada por el esfuerzo, Fuentes me da un tierno beso y, justo antes de acabar de desnudarse por completo, me propone:

—¿Una ducha, señorita Sánchez?

—Por supuesto, señor Fuentes —respondo con una enorme sonrisa; mi corazón hace palmas de alegría.

Tras despojarse de las botas, el vaquero y los sexis bóxers, me agarra y, en brazos, me lleva hasta la zona de las duchas. El instituto ha reformado recientemente los vestuarios del pabellón, y el masculino dispone de baños comunitarios, con paredes alicatadas de amplias losetas en color marrón chocolate. Las duchas murales son cuadradas; los cabezales están situados en el techo y provocan el efecto lluvia; resulta todo un verdadero placer para los sentidos.

Al llegar a la zona de baño, Fuentes me deja bajo una de las duchas y, tras excusarse, se marcha a por su mochila. Pudorosa, me tapo con un brazo el pubis y con el otro los pechos mientras espero su vuelta. Es increíble cómo en un momento de pasión perdemos todo el decoro, y con qué rapidez lo recuperamos al acabar el acto.

En apenas unos segundos, Fuentes regresa con el gel en la mano y, con su peculiar media sonrisa, lo deposita en el suelo y, con extrema dulzura, me agarra de las muñecas y me aparta los brazos, dejando mi cuerpo al desnudo frente a él.

—No sientas vergüenza, Blanca —me susurra recorriéndome con la mirada, para después terminar mirándome a los ojos—, eres preciosa.

Mi respuesta le llega en forma de un tórrido beso, que es prontamente secundado. Sus brazos me rodean desde su altura, quedando mi hombro bajo su axila, y yo me siento protegida y deseada mientras me besa con auténtico fervor. Con cuidado, me aparta sin dejar de agarrarme y abre el grifo del agua caliente. Cuando ésta cae, me coloca junto a él bajo las

cálidas gotas que deja escapar la ducha. Nuestro pelo no tarda en adherirse a nuestros rostros, los cuales no dejamos de observarnos en silencio. El instante es mágico, otro que sin dudar guardaré en mi extensa memoria.

Fuentes vierte un poco de gel en una de sus manos y, retirándome el pelo mojado hacia atrás, comienza a enjabonarme con sutileza todo el cuerpo. Sus suaves manos y la sedosidad del jabón me hacen delirar. Cuando acaba, coloca otro poco en mis manos, y con deleite lo acaricio, provocando de nuevo en él una gran erección. Incapaz de quedarse inmóvil, me gira colocándome de espaldas a él y me frota el dorso, mientras su miembro roza mi trasero exigiendo permiso.

—Ahí soy virgen —murmuro volviéndome hacia él al intuir sus intenciones.

—Tranquila —dice cogiéndome la cara con ambas manos y, guiñándome un ojo, añade—, de momento.

Una triple sensación se apodera esta vez de mí: habrá más encuentros; respeta mis gustos, y mi deseo por él ha crecido aún más si cabe, hasta el punto de querer que lo haga.

Excitada, lo beso de nuevo con pasión, mientras las gotas de agua retiran la capa de espuma de nuestros cuerpos. Fuentes me abraza con fuerza, y con un certero envite introduce su pene entre mis muslos y bajo mi pubis, rozando mi hinchado clítoris. Apretándome con firmeza los glúteos para un mayor empuje, me dejo llevar. Sus movimientos son cada vez más rápidos y vigorosos, y la fricción más intensa. Con pasión, lo sigo besando, hasta que, sin poder evitarlo, emito un sonoro jadeo, cuando mis músculos se tensan y llego de nuevo a un increíble orgasmo.

Cogida con resistencia por mi adonis tras la flaqueza que me provoca la convulsión, me susurra:

—Me encanta cuando te corres.

—Ahora te toca a ti —le digo con la respiración aún entrecortada.

—Hoy lo dejamos aquí. Estás agotada, pero no olvides que estás en deuda conmigo.

—¿Dos a uno? —pregunto juguetona.

—¡Ajá! —responde sonriéndome de forma traviesa.

—Cuidado, Cangrejo, suelo pagar mis deudas —le reto con tono sensual.

Mi provocador desafío hace que Fuentes me vuelva a besar con pasión, consiguiendo elevar mi felicidad hasta límites hasta ahora

inalcanzables.

Tras secarnos con la húmeda toalla que él guardaba en su mochila, nos dividimos en busca de nuestra esparcida ropa. Hace frío, y mi melena mojada no ayuda demasiado a entrar en calor. Abrochándome el vaquero recuerdo que en los vestuarios femeninos hay secadores de pelo de pared, así que decido decírselo a mi adonis. Pero, justo antes de emitir una sílaba, el rugir de mis tripas se adelanta, dejándome boquiabierta.

—¿Eso es lo que creo que es? —pregunta sorprendido. El sonido ha retumbado en el desangelado y silencioso vestíbulo, haciéndolo más estridente de lo habitual.

Muerta de vergüenza, le contesto que sí con un movimiento de cabeza.

—Venía a decirte que en los vestuarios de las chicas hay secador de pelo —le comunico enseñándole un mechón.

Y recordando la compra que hice esta tarde, añado:

—Por cierto, en esa bolsa hay algo de comida y bebida. Me seco el pelo y cenamos.

Mi respuesta lo ha dejado atónito y, sin apenas reaccionar, se queda observando cómo me marcho. Presumida, me encamino sonriendo hacia el vestuario, consciente de que sus ojos se centran ahora en mi redondo trasero.

Con el pelo ya bastante más seco tras varios minutos con el secador, llego hasta un solitario vestíbulo. Extrañada de no hallar a Fuentes allí, vuelvo hacia los vestuarios en su busca, pero ni rastro de él. Guiada por la poca luz que las ventanas permiten pasar entre tanta penumbra, me dirijo hacia el ala derecha sin conseguir encontrarlo. Preocupada por su ausencia, finalmente me encamino hacia el último lugar que me falta por recorrer, el gimnasio.

Al acercarme al ala izquierda, una luz llama mi atención. Al fondo, sobre una colchoneta de color azul, un móvil ilumina la estancia, acompañado de dos refrescos, tres bolsas impecablemente abiertas por el centro, haciendo la vez de platos, y unas servilletas perfectamente dobladas. Junto a ella, un Fuentes sonriente me espera de pie tendiéndome la mano y sonriéndome. Anonadada por el romántico gesto, le correspondo dándole la mano en señal de aceptar la invitación.

—Tenemos mesa reservada —me indica señalando la colchoneta.

«En serio, me lo como de verdad, y más con el hambre que tengo»,

pienso al sentarme junto a él sobre el tapiz azul.

Mientras degustamos lo que contienen las bolsas, pues con el intenso partido que vivimos no probamos bocado ni mis compañeras ni yo, Fuentes coge el teléfono y selecciona música de su contenido multimedia. Los primeros acordes de *Whole lotta love*[\[9\]](#) casi me hacen expulsar la bebida que tengo en la boca de la impresión.

—¿Led Zeppelin? —le consulto tras tragar.

—¿Los conoces? —pregunta absorto.

—Te sorprendería lo melómana que soy, Cangrejo —respondo satisfecha de haberlo impresionado.

—Eres toda una experta en música, Intimissimi.

—Sí, y en buscar en Internet los intérpretes del anuncio del perfume Dior Homme.

Las sonoras carcajadas de Fuentes me enorgullecen. Hacerlo reír es algo que me encanta.

—Aunque reconoce —continúo— que lo mejor de la canción es el principio.

—En eso tengo que darte la razón —responde mientras de nuevo coge el móvil y pone otra canción, esta vez de AC DC.

—¿Sólo te gusta el *heavy*? —pregunto al escuchar *The Jack*.[\[10\]](#)

—Sólo, no, aunque sí bastante.

—He de admitir que esta canción tiene su punto —reconozco.

—Sí que lo tiene. Pide a gritos una escotada camisa, una corbata, un sombrero... y ver cómo...

—¿Me como un plátano? —pregunto traviesa.

—¡No me lo recuerdes! —me regaña con su particular media sonrisa, al acordarse de la comida con los compañeros en el restaurante de Paquito —. Iba a decir que esta canción pide a gritos un... estriptis.

—Humm —murmuro pensativa—, puede que tengas razón, aunque hay otras que también valdrían para ese menester.

—¿Por ejemplo?

—Eso tendrás que averiguarlo más adelante —respondo coqueta antes de darle un largo beso, para después absorber con mis labios su labio inferior.

—¡Juguetera! —me dice devorándome con la mirada para continuar besándome con pasión.

Los besos dejaron paso a las palabras, y durante bastante tiempo estuvimos conversando, colocados sobre la colchoneta de ejercicios. Habíamos comido y bebido lo poco de que disponíamos, y nuestros cuerpos reposaban ahora sobre la improvisada mesa. El momento era íntimo, y contribuyó a que Fuentes y yo nos conociéramos más.

Cerca de la una de la madrugada, mientras lo escucho contarme un pasaje de su infancia, y acurrucada sobre su pecho, dejo salir un incontrolable bostezo. Realmente estoy cansada; el día ha sido agotador, aunque increíblemente intenso y gratificante.

—Tenemos que salir de aquí —comenta acariciándome el brazo por el que me tiene abrazada.

—Como no salgamos dando cabezazos a la puerta —respondo somnolienta.

—¡Eso es, la cabeza! —suelta de pronto, incorporándose y provocando que yo también lo haga.

—¿Se te ha ido la olla? —pregunto extrañada—. Era una broma.

—Confía en mí. ¿Tienes unas horquillas?

—No seas antiguo, claro que no —contesto pensando en un horrible recogido de profesora estirada.

—¿Y unos clips?

—Sí, claro, me suelo peinar con ellos a diario —replico recostándome de nuevo, intentando dormir o, por lo menos, descansar un poco.

—No, mujer, que si llevas clips en el bolso.

—¡Espera, creo que sí! —anuncio incorporándome de un salto, cuando mi raciocinio vuelve a mí y me revela sus intenciones.

Apresuradamente cojo mi bolso y, rebuscando con la mano, localizo unos clips que llevo sueltos por el fondo, y que previamente había visto en el aparcamiento cuando vacié su contenido sobre el capó de mi coche. Cuando los tengo atrapados, se los doy a Fuentes y, una vez recogido todo, juntos nos dirigimos hacia la puerta.

Observo con qué rapidez manipula los alambres y los introduce en la cerradura con verdadera maestría.

—No quiero ni pensar dónde has aprendido a hacer esto —digo sorprendida mientras lo alumbro con el móvil.

—Digamos que tuve que aprenderlo en el pasado —responde

mientras maniobra con los clips, convertidos ahora en auténticas ganzúas.

—¿Tuviste? —pregunto asombrada. La idea de que mi Cangrejo fuese un delincuente me trastoca el cuento.

—Nunca se sabe hasta dónde somos capaces de llegar en determinadas situaciones, Blanca —contesta con seguridad y templanza.

Resignada, acepto su argumento, pero mi inquietud innata se me presenta sin avisar y no parece dispuesta a abandonarme sin una respuesta que la satisfaga. Al cabo de unos segundos, el chasquido de la cerradura interrumpe mis inquietantes pensamientos.

—¡Listo! —comunica Fuentes orgulloso y contento por su hazaña.

—Qué pena no haber caído antes en la cuenta —digo recordando la angustia que viví al sentirme atrapada allí dentro.

Sorprendido por mis palabras, mi crustáceo me mira serio y me pregunta:

—¿Acaso te arrepientes de haber estado encerrada conmigo?

—¡Qué va! —respondo rauda al darme cuenta de lo que le acabo de dar a entender con mis palabras. Y, sonriendo, me acerco a él, le doy un cariñoso beso y añado—: Eso nunca, Cangrejo.

La noche es fría y oscura, hay luna nueva; abrazados, salimos del pabellón, camino del aparcamiento. Al llegar junto a mi coche, Fuentes me besa y se despide de mí con un «hasta mañana». Con sentimientos encontrados, arranco mi *crossover* y lo conduzco hacia mi casa.

Impregnada aún con su olor, logro acostarme en mi cama rememorando cada instante vivido con él. Ha sido una de las mejores noches de mi vida, sin duda el Cangrejo me ha robado el corazón. Aunque, sin poder remediarlo, la idea de que en el pasado fuese un ladronzuelo me atormenta. Para mi total tranquilidad, debo averiguarlo, y sé cómo.

A la mañana siguiente, abro un ojo y me sorprendo al ver que entra bastante luz por la ventana. Saco el brazo que tengo bien resguardado bajo la manta, e instintivamente cojo el móvil para ver la hora que es. Al presionar el botón que inicia el desbloqueo, el teléfono no responde y mantiene la pantalla apagada. Extrañada, abro los dos ojos y, ya con las dos manos, vuelvo a intentar la maniobra, pero sin que el resultado varíe.

«¡Está sin batería! ¿Qué hora será?», pienso al levantarme de la cama de un salto y dirigirme a ver el reloj que tengo colgado de la pared del baño. ¡Las nueve y diez!

«¡Dios mío, llego tarde no, lo siguiente. Y encima con estos pelos!», le dice mi cabeza a mi cuerpo, que rápidamente corretea por la casa para prepararse.

Con unos simples vaqueros, una camiseta, mi chaqueta de cuero y una socorrida coleta de caballo, llego al instituto cerca de las diez de la mañana, no sin antes haber avisado al señor Pérez de que llegaría a tercera hora. Es la primera vez en mis años de docencia que me ocurre algo así, sin una legítima justificación. Lo cierto es que últimamente mi vida está dando un giro de ciento ochenta grados.

Ya en clase, pongo el móvil a cargar y, mientras intento explicar a los chicos la materia del día, el muy puñetero no deja de vibrar sobre la mesa, interrumpiendo mi exposición. Pretendiendo hacer bien mi trabajo, finalmente le quito la vibración y logro concentrarme en la clase.

El timbre suena, y los chicos salen disparados al recreo; entretanto, me quedo en mi aula ojeando el aparatito que tanto me había detenido.

¡Ciento veinte conversaciones de WhatsApps y seis llamadas perdidas! ¿Se han vuelto locas? Al abrir la aplicación, compruebo que así es: han estado intentando localizarme y, por lo que puedo atisbar, están bastante preocupadas.

Sin apenas tiempo para poder desayunar algo, les escribo un rápido «luego os cuento, todo bien», acompañado de un emoticono de un beso.

A mitad del recreo llego a una abarrotada cafetería y, con mi habitual seña, pido mi almuerzo, antes de sentarme con mis compañeros. Y cuál es mi sorpresa al encontrarme mi antigua silla vacía, y a Fuentes junto a María. «Se ve que un polvete te da derecho a tu silla», no puedo evitar pensar al sentarme y saludar a mis colegas. Soy consciente de que a veces tengo pensamientos muy irónicos, pero no logro eludirlos, y más cuando estoy nerviosa por algo... y en este momento lo estoy. Tengo a mi Cangrejo frente a mí, y no puedo hacer nada. Mi corazón desea gritar a los cuatro vientos: «¡Es mío!», y subirme a la mesa para abalanzarme luego sobre él y devorarlo ardientemente. Pero me temo que debo dejar el plan tan sólo en mi linda cabecita, o acabaré en la cárcel por exhibicionismo.

—¿Qué te ha pasado esta mañana? —pregunta María, quien, como siempre, da en el centro de la diana, sin necesidad de tener el arco en sus manos.

—Algo surrealista —contesto poniendo los ojos en blanco—: Olvidé cargar la batería del móvil, y no sonó la alarma.

—Eso te pasa por depender tanto de ese cacharro —me regaña—; cómprate un despertador de esos de toda la vida y verás cómo no te quedas durmiendo.

—Tienes razón —digo agachando la cabeza y mirando de reojo a Fuentes, que intenta reprimir la risa—, lo haré.

Satisfecha María por mi contestación, en la mesa se retoma el tema de conversación que mantenían antes de que yo llegara: el partido. Entre alegres comentarios y felicitaciones varias, Fuentes y yo logramos disimular ante nuestros compañeros, sin que nadie sospeche nada, el resto del tiempo.

Cuando acaban las clases y los chicos se han marchado, mi Cangrejo viene a visitarme.

—¿Se puede? —pregunta al entrar, cerrando la puerta tras de sí.

—Y se debe —contesto con una sonrisa de oreja a oreja.

—Quería saber si me puedes prestar una lista que necesito...

Sin acabar la frase, Fuentes llega hasta mí y me besa apasionadamente, abrazándome hasta casi estrujarme.

—Lo tuyo son las listas —acierto a decirle cuando mi boca se separa



de la suya el instante necesario para tomar aire.

—Lo cierto es que sí, las tontas no me van nada —murmura con la media sonrisa, antes de volver a tomar mis labios.

—¡Aparta, o nos van a pillar! —digo empujándolo al cabo de unos segundos, haciendo todo el esfuerzo del que soy capaz.

Como dos críos que acaban de hacer la mayor de las travesuras, nos quedamos mirándonos y, sin poder evitarlo, nos echamos a reír.

—Tenemos que poner reglas —comento mientras termino de recoger mis cosas.

—Dispara —dice cruzándose de brazos frente a mí.

—Esto es cosa de dos, no debo ser yo sola quien las decida —declaro volviéndome hacia él.

—Estoy de acuerdo —contesta complaciente.

Y durante varios minutos en los que volvemos a ser sinceros, dejamos sentadas las bases de nuestra conducta. En el trabajo nadie debe saber que nos hemos acostado, y debemos procurar no ser pillados in fraganti.

—Por cierto —me informa de camino al aparcamiento—, Ernesto me ha contado que se tuvo que marchar a toda prisa del pabellón. Su mujer le llamó diciéndole que el pequeño estaba con fiebre y tenían que llevarlo al médico. Al final resultó ser una otitis. Supongo que, con los nervios, sólo miró en la zona de vestuarios y, al no ver a nadie, cerró y se marchó.

—Espero que se recupere pronto, y... que la forma de sonsacarle la información haya sido todo lo discreta posible, señor Fuentes —murmuro coqueta.

—Eso no lo ponga usted en duda, señorita Sánchez —responde siguiéndome el juego.

Al llegar junto a mi coche, la tentación de besarlo me oprime, pero debo cumplir las normas que acabamos de fijar; así que, deseosa de tenerlo conmigo, le pregunto:

—¿Tienes planes para esta tarde?

—Me temo que sí, debo atender unos asuntos.

—¿Qué clase de asuntos, si puede saberse? —pregunto inquieta por tanto misterio.

—Nada importante —responde agarrándome suavemente del brazo, para a continuación añadir—: Hasta mañana, juguetona.

Y allí, apoyada en mi coche, me quedo observando cómo se pone el

casco y se marcha en su moto, dejándome sin beso de despedida y con una incógnita que sé que me va a tener entretenida durante bastante tiempo.

Sobre las diez de la noche llego a casa de Pam, donde las chicas me esperan para cenar. Necesito estar con ellas, llevamos sin vernos cinco días y tenemos mucho que contarnos. Tras la extraña despedida de Fuentes en el parking del instituto, ocupé mi tiempo en diferentes quehaceres, como la compra, ordenar, preparar la materia del día siguiente y darme una ducha en condiciones. Y, pese a que no paré quieta un instante, no logré quitarme al Cangrejo de la cabeza.

—¿Que os quedasteis encerrados? —pregunta una atónita Ave, mientras estamos todas reunidas alrededor de la mesa, cenando.

—Como te lo cuento. Hasta que abrió por arte de magia con unos simples clips —contesto recordando el momento.

—¿Y esa habilidad? —cuestiona la anfitriona.

—Será cerrajero —sugiere una avisgada Clara, haciéndome reflexionar durante unos segundos. Pese a que era una posibilidad que aún no me había planteado, mis dudas siguen rondando por mi linda cabecita.

—No le des más vueltas —interfiere Lucía—, lo que fuera en su pasado, a ti, ni te va ni te viene.

—¿Cómo que no? —cuestiona Pam—. Le viene y le importa. ¿O acaso debemos fiarnos de cualquiera?

—No he dicho eso. Quiero decir que lo verdaderamente importante es el presente; lo que sea el Cangrejo ahora es lo que debe concernirle. Todos tenemos un pasado y, el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra.

—En eso te doy la razón —añade Ave—, aunque no está de más que le pregunte para salir de dudas, si eso la deja más tranquila.

El apoyo incondicional de mis chicas es primordial para mí, y en esta ocasión no podía ser menos. Cada una aporta algo a una parte de mí, es como si la complejidad de mis yos se viera recompensada y solventada con las palabras de mis amigas. El poder hablar y saber escuchar son unos dones indispensables. Lucía tenía razón, debía centrarme en el hoy, pero, como había comentado Ave, necesitaba saber su pasado si quería tener un tranquilo presente.

—Bueno, pero cuenta lo más importante... —interviene Lucía curiosa

—... ¿Funciona bien en el sexo?

La pregunta provoca que todas me miren intrigadas y ávidas de información. En el fondo nos gusta hablar de estos temas, y sobre todo de una forma abierta y sin tabúes. Así que, como viene siendo costumbre, les cuento con pelos y señales todos los detalles de mi encuentro con Fuentes, y les enseño la foto que le hice mientras jugaba. Las risas y los comentarios erótico-festivos nos acompañan hasta la hora del postre.

—Me alegro mucho por ti —confiesa Ave mientras ayudamos a Pam a recoger los platos principales—, realmente te lo mereces. Espero de verdad que esta relación te funcione y sea el hombre de tu vida.

—Es muy pronto para decir eso —respondo.

—Pero no negarás que lo has pensado —añade Pam, que trastea en la nevera sacando la fruta.

Cuánto me conocen las puñeteras; negarlo hubiera sido de necios.

—Pues sí —reconozco—, no lo he podido evitar, y más cuando me dio a entender que habría futuros encuentros. Aunque hay algo que...

—Uy, no me gusta esa frase —dice Clara—. ¿Qué ocurre?

—Que al salir de clase le he propuesto quedar, y me ha dado calabazas.

—Pero ¿cómo se te ocurre hacer eso? —me riñe Ave, que, debido a su amarga experiencia, siempre nos anda diciendo que nunca les propongamos una cita a los hombres.

—Lo sé —respondo torciendo el labio—, pero es que, si en el trabajo no podemos estar juntos, ¿cuándo va a ser, si no?

—Cuando tenga que ser, nena —contesta—, pero no se lo digas tú, deja que sea él quien te lo pida.

—¡Qué antigua eres, Ave! —la reprende Lucía—. ¡Estamos en pleno siglo <sup>xxi</sup>, por el amor de Dios!

—¿Y? —pregunta.

—Que puede proponerle una cita cada vez que quiera; es una mujer libre e independiente, no necesita esperar a que un tío abra la boca.

—Eso está claro, pero ya sabes que en el fondo soy una romántica empedernida y que, por muy modernas que seamos, la caballerosidad y el cortejo son algo que nunca pasa de moda, por lo menos para mí —explica sentándose de nuevo en la mesa.

—Como siempre —intervengo—, ambas tenéis razón: la virtud, y lo difícil, es el término medio. ¿Hasta qué punto debemos ser nosotras las

que iniciemos o propongamos una cita, y hasta qué punto debemos dejar que sean ellos los conquistadores?

—Buena pregunta —afirma Clara.

—Pues depende de cómo me levante ese día —dice Pam de pronto, haciéndonos reír a todas.

—Lo que está claro es que las mujeres siempre nos enamoramos —expongo mientras degustamos piezas de la extraordinaria fuente de trozos de fruta que preside la mesa—, necesitamos que haya sentimientos de por medio.

—No siempre —manifiesta Pam con la boca llena.

—¿Me he perdido algo? —pregunta una extrañada Lucía.

—¿Recordáis al empresario que viene asiduamente a la *boutique*? Al unísono todas contestamos que sí, y Pam continúa informándonos.

—Pues tenemos una formal relación de folla-amigos.

Nuestras caras de asombro y de risa nos delatan por la ocurrencia. La anfitriona siempre ha sido la más enamoradiza del grupo, y ahora nos sorprende con esta revelación.

—¿Ves, Ave? —le dice Lucía—. Pam ya está en el siglo xxi.

—¡Venga, vamos! —le responde—. ¡A ver si acabamos con la especie humana, con tanto chingar y tanta amistad!

Todas nos echamos a reír con la frase y los aspavientos de Ave.

Las cosas estaban cambiando. Pam, que era la mayor, con treinta y siete años, empezaba a interesarse por las relaciones liberales; Lucía, a sus treinta primaveras, intentaba aclararse las ideas con su Lobo después de tantos años; Clara iba a dejar de salir de fiesta a los treinta y seis por el bebé; Ave, de la misma edad que la futura mamá, estaba a medio camino entre lo antiguo y lo moderno, intentando conocer al hombre de su vida mediante las nuevas tecnologías, y yo, a mis treinta y tres, me encontraba inmersa en una historia de atracción y sexo que esperaba que tuviese un final de cuento.

La mañana del jueves transcurrió con toda normalidad. Al igual que el día anterior, Fuentes y yo cumplimos las normas y, como mejor pudimos, camuflamos lo nuestro. Esta vez el beso me lo dio antes de reunirnos con los compañeros para almorzar; vino a visitarme al aula, con la excusa de unas plantillas. Estaba guapísimo, con sus particulares botas moteras, un vaquero azul y una entallada camisa del mismo color. La tentación de preguntarle por lo que hizo la tarde anterior y el motivo de su marcha me subyugaba, pero debía resistirme si quería seguir el consejo de mis amigas.

—¿Qué haces esta tarde? —pregunta de pronto, mientras cruzamos el pasillo camino de la cafetería.

—He quedado con las chicas —respondo con furia interna; si tuviera una lámpara maravillosa en este momento, le pediría a mi genio el don de la omnipresencia.

Era increíble: cuando yo podía quedar, él no, y a la inversa. ¿Esto iba a ser siempre así? Lo habría dado todo por tener una cita con él, pero la reunión con las chicas era muy importante; Pam nos comunicó en la cena que hoy debíamos reunirnos con su modista para elegir las telas y los patrones para la fiesta de Halloween.

—Debe de ser una cita importante, para quedar un jueves —murmura sarcásticamente.

—Con mis amigas, todas lo son, chato —le digo guiñándole un ojo, haciéndome la interesante.

Sobre las cuatro de la tarde, llego a la *boutique*. Pam está en el cuarto privado de la trastienda con Toñi, su costurera. Rodeadas de multitud de muestrarios de tela, comentan las diferentes posibilidades de que

disponemos.

—¿Qué te parece este tejido? —pregunto mostrándole un retal de lana negro que ha llamado mi atención.

—Ideal si quieres asarte como un pollo.

—Tienes razón —afirmo dejando el trozo nuevamente sobre la mesa—. Los dibujos animados no sudan como nosotros.

Mientras sigo probando el tacto de los distintos géneros, el resto de las chicas llegan y se unen a nosotras. Durante un buen rato, los retales van pasando de mano en mano, sin sacar nada en claro. Cada una ya había elegido un disfraz diferente, aunque ninguna quería desentonar con el grupo. Toñi, que nos observa con paciencia, finalmente decide poner un poco de orden y, con la experiencia que la caracteriza, nos explica a cada una las ideas que tiene para cada disfraz.

Pam vestirá un corsé negro palabra de honor, con escote en forma de corazón, acompañado de una braguita bikini del mismo color. Llevará detalles de tul blanco en los laterales, entablillados y a lo largo del bajo, que irá con pliegues en la parte delantera. Unos botones blancos cruzarán el corsé desde el escote hasta la parte plegada. Las orejas de conejito Playboy serán de tela reforzada con alambres, cosidas a una diadema que previamente forrará también en color negro. Como collar, un cuello de camisa de color blanco, acompañado de una pajarita negra. En las muñecas portará, como pulseras, unos puños también de camisa en color blanco, con botones negros. El conjunto lo cerrarán unas medias negras de rejilla ancha y unos zapatos de tacón del mismo color. La tela escogida por ella es una suave seda para el corsé, y lycra para la braguita.

Maravilladas, escuchamos la explicación y aplaudimos al ver el boceto del diseño que Toñi también ha preparado. Pam se siente orgullosa, tanto por el disfraz como por lo profesional que es su empleada, y no es para menos.

El siguiente turno es para Clara, cuyo disfraz es el de monja. Toñi nos sorprende a todas con un diseño de lo más sexy y provocador, compuesto por un minivestido en color negro y una cofia del mismo color, con el borde en blanco. Las mangas serán largas, acampanadas, y el escote cuadrado destacará entre todo el atuendo, debido a su descomunal tamaño. El conjunto se realizará en algodón y quedará completo con una enorme cruz colgando de su cuello y unas botas negras altas sobre unas medias de color carne.

Entre risas y aplausos, felicitamos a la creadora y a la modelo, para esperar expectantes el siguiente diseño.

Ave es la próxima de la lista. Ella había escogido ir de Catwoman, para lo que Toñi ha seleccionado un extraordinario vinilo o pvc negro. Su escultural cuerpo le permite poder llevar el ceñido mono de manga larga, con cremallera en el centro y gran escote. La máscara con orejitas gatunas se la hará igualmente en negro; será ajustada y cubrirá tan sólo la frente, dejando al descubierto ojos, nariz y boca. Como colofón del felino diseño, un rabo cosido a la tela colgando hasta la altura de los gemelos y unos zapatos también negros.

A estas alturas de la reunión, ya estamos todas emocionadas; en nuestras mentes aparecen los diseños, y nos imaginamos el maravilloso resultado.

—¡Me toca, me toca! —exclama una animada Lucía, que da pequeños saltos y suaves palmadas de la ilusión. En realidad todas sentimos lo mismo, tan sólo restan dos semanas para la fiesta y, aunque queda mucho por hacer, la excitación se palpa en el ambiente.

La pequeña del grupo había elegido el disfraz de dominatrix. Toñi ha escogido para ella, al igual que para Ave, una tela de vinilo negra. Lucía llevará un minivestido palabra de honor, cruzado por una larga cremallera en la parte delantera. A la altura de la cadera, unas esposas cosidas se sobrepondrán al dentado de metal. En las piernas llevará unas medias de rejilla ancha negras y unas botas altas de piel del mismo color. Y, para rematar el conjunto, una fusta de cuero también negra.

—¡Que se preparen los sumisos, que llego! —comenta Lucía simulando el gesto de sacudir con el látigo, haciéndonos reír a todas.

—Te toca, Blanca —me dice Clara.

—A ver —replico levantando las cejas expectante por saber cómo será mi diseño de la madrastra de Blancanieves.

Toñi ha escogido para mí unas telas de fino terciopelo de algodón y un precioso encaje negro. A diferencia de mis amigas, mi disfraz está compuesto por un corpiño y una falda larga. El cuerpo principal del primero será de terciopelo, en colores negro y morado, con cinta dorada cosida como separación de ambos; será sin mangas, con generoso escote *halter*. Terminará en forma de pico a la altura de la cadera, e irá cruzado por un cordón en color oro. De terciopelo morado serán los guantes, largos desde la parte alta del codo hasta la muñeca, acabando agarrados al

dedo corazón, en forma triangular. Sobre ellos, irán unas mangas acampanadas de encaje negro, el cual también usará para el collarín, debidamente reforzado para poder sostenerse erguido. La falda la confeccionará de terciopelo negro, entallada en la cintura y la cadera, con caída y un poco de vuelo en el bajo, y con una gran abertura en la pierna derecha. Sobre la cabeza llevaré una corona dorada de princesa. Y, para cerrar el espectacular conjunto, unas medias de color carne y unos zapatos de tacón morados que quitan el sentido.

Al escuchar a Toñi y ver su boceto, no puedo articular palabra, sencillamente me quedo maravillada con el diseño, no puedo ni imaginar verlo acabado.

Una vez tomadas nuestras medidas, nos despedimos de ella agradeciéndole el fantástico trabajo que ha hecho.

—Toñi es una artista —le comento a Pam.

—Sí que lo es —responde orgullosa—, aunque aún no habéis visto nada... cuando los trajes estén acabados, os encantará.

Durante un rato, me quedé en la trastienda con las chicas, pues debíamos ultimar los accesorios y complementos que necesitábamos comprar para concluir los fastuosos disfraces. Con comentarios jocosos sobre nuestros *sencillos* y, sobre todo, *sutiles* vestidos, nos dimos un abrazo en grupo. Estábamos emocionadas y ansiosas por que llegara el día 31, pues, si de algo estábamos seguras, era de que iba a ser una gran fiesta.



El viernes amanece con un sol resplandeciente, la temperatura es agradable y el día invita a pasarlo fuera. Así que, tras las clases, me quedo en el aula escribiendo a las chicas, por si alguna puede quedar para comer. En el encuentro de anoche todas dijeron que no iban a poder acudir a nuestra cita semanal, pero, con un halo de esperanza, decido, aun así, preguntarlo. «No puedo, tengo reunión, tengo guardia, o tengo a las niñas...» son las respuestas que recibo a mi consulta. No me lo puedo creer, ninguna está disponible y, como guinda del pastel, ni siquiera he tenido hoy mi ración de besos; mi crustáceo no ha venido a visitarme.

Dudosa de lo que puedo hacer esta tarde, cierro con llave la puerta de la clase y me encamino hacia el aparcamiento. Para mi sorpresa, al llegar a mi plaza, me encuentro a Fuentes apoyado en mi coche, vestido de negro, con unas gafas de sol modelo aviador y con dos cascos idénticos en las manos.

—¿Me das permiso para secuestrarte, Intimissimi? —pregunta poniéndose de pie frente a mí, una vez que llego junto a él.

—¿Pedirás mucho por el rescate, Cangrejo?

—Nada que no puedas pagarme —responde comiéndome con los ojos, y añade—: Tengo mesa reservada.

—Espero que esta vez haya sillas —digo recordando la colchoneta.

—Tú déjate llevar —concluye dedicándome su endiablada media sonrisa.

Con el corazón agitado y con el centrifugado que mi estómago acaba de hacerme por el entusiasmo, le cojo uno de los cascos y juntos nos dirigimos hacia su fastuosa moto. Por suerte, hoy llevo unos vaqueros y mi cazadora de cuero negra. Parece que nos hayamos puesto de acuerdo con la indumentaria.

Una vez guardado mi bolso en uno de los maletines, Fuentes se sube a

la BMW. «¡Qué guapo está, por Dios!», pienso al verle arrancar la moto, con su gran porte y con el casco puesto. Hay que reconocer que los hombres vestidos de negro y sobre una buena moto son sexis a rabiar.

Ofreciéndome la mano para ayudarme, y con un ligero movimiento, logro subirme sobre la belleza de dos ruedas y sentarme detrás de él. En ese instante dudo en dónde y cómo agarrarme. Si lo hago en los asideros, podría parecer algo frío; si lo abrazo, que es lo que me pide el cuerpo, no tendrá mucha movilidad para conducir; así que, finalmente, opto por agarrarlo por las presillas del pantalón a ambos lados de su cintura.

«Es mío», pienso en ese momento maravilloso que toda mujer ha soñado, sobre la moto de un hombre que quita el sentido mientras nos sentimos observadas y rodeadas de varias femeninas miradas.

El rugir del motor cuando mi adonis gira el puño del gas me saca de mi infantil ensoñación.

—¿Preparada? —pregunta girándose hacia mí.

—¡Preparada! —contesto a través del oscuro visor.

Tras mi afirmativa respuesta, Fuentes agarra el manillar con ambas manos, mete la primera marcha y, con gallardía, acelera para salir del recinto.

Durante varios minutos sorteamos calles, hasta que tomamos la autovía. Mi yo aventurero ha aceptado subirse a la moto sin saber siquiera a dónde nos dirigimos... pero no me importa, no en este momento, cuando el sol y el cálido aire nos acompañan en el camino, y la sensación de libertad nos envuelve.

Al cabo de unos cuantos kilómetros, llegamos a la costa. El mar está en una pacificadora calma, que invita a dejarse acariciar por él. Sin poder reprimirme, levanto un poco el visor del casco con la mano para inhalar el aroma a tranquilidad y sosiego que me aporta el agua salada, y que tanto me gusta.

Recorrido el largo paseo marítimo, llegamos a un bonito pinar, presidido por enormes palmeras, que rodean lo que parece ser una casita.

Aparcada la moto y cogido mi bolso, nos encaminamos juntos hacia la entrada. Es un pequeño restaurante de color blanco, con grandes cristaleras y una magnífica terraza con suelos y barandilla de madera en color nogal y con vistas al mar. A unos cuantos metros, y sobre la arena, hay decenas de mesas bajo sombrillas de esparto, que, según me explica mi adonis, están reservadas para las cenas y los cócteles a media luz.

Nunca he estado aquí y me enamoro de este sitio en cuanto lo veo.

Sentados en una de las mesas blancas de la terraza, me deleito observando por un instante el mar, las gaviotas sobrevolándolo y la cuidada vegetación que nos acota. Por los altavoces suena música jazz; la voz de Melody Gardot y su *Baby I'm a fool*[\[11\]](#) nos acompaña, haciendo mágico el momento.

Fuentes pide al camarero, con familiaridad, lo que vamos a tomar; como parte del secuestro, debía dejarme llevar en todo, incluso en el menú.

—¿Conoces este sitio desde hace mucho tiempo? —pregunto curiosa una vez que termina de pedir. No sé si lo hago por saber desde cuándo está abierto o por descubrir con quién ha venido antes.

—Desde hace dos años; el dueño es amigo mío.

—Entonces vendrás a menudo —le dejo caer.

—No tanto como quisiera —responde echando una ligera mirada a las preciosas vistas—; es un lugar tranquilo, con buena comida y buen vino.

Fuentes sigue tan misterioso como siempre; a veces sacarle información es como intentar trepar una pared con guantes de boxeo en las manos.

—Es muy romántico —añado.

—Depende de con quién vengas —dice echándose hacia atrás y apoyándose en el respaldo de la silla.

Uy, uy, uy... Según Clara, ese gesto es señal de confianza en uno mismo, rebeldía e independencia. Demasiado para mí. Pero quiero y necesito más información, así que decido ir a por todas.

—¿Con quién has venido antes?

—Ya veo por dónde vas —responde poniéndome su usual media sonrisa—. He venido con amigos en concentración motera, y con mi ex, si es lo que quieres saber.

«Lo sabía», pienso mientras disimulo y hago ver que no me importa lo que acaba de decirme; tan sólo he sentido como un puñetazo en el estómago, algo *insignificante*, vamos.

—¿Acaso te molesta que quiera saber más cosas de ti? —me atrevo a preguntarle.

—No, eso es algo innato en las mujeres.

—¿Perdona? —inquiero turbada, no por la respuesta, sino por su alto

conocimiento en conducta femenina.

—Blanca, tengo treinta y nueve años —explica incorporándose de nuevo y acercándose más a mí, y añade—: ¿Realmente crees que no he tenido tiempo de conoceros?

La conversación se ve interrumpida por el camarero, que nos sirve la ensalada y una botella de un exquisito Blanchet Chardonnay.

—Creía que éramos muy complejas para vosotros —respondo dando un buen sorbo a mi copa, una vez que el camarero se ha marchado.

—Y lo sois, ya lo creo —se mofa, imitando mi sediento ademán.

—¿Cómo es? —insisto. Mi Cangrejo no tiene ni un pelo de tonto, y está desviando la conversación en contra de mi minuciosa investigación.

—¿Para qué quieres saberlo?

—¿Contestando con otra pregunta, señor Fuentes? —replico, reviviendo el momento de la cafetería.

—Está bien, me rindo —dice alzando las manos—. Salimos durante tres años, y lo dejamos el año pasado. Es morena, alta, pelo largo, con un cuerpazo, muy simpática y monitorea de zumba.

«Zumbada la dejaba yo de un guantazo», pienso mientras vuelvo a beber de mi copa de vino. A este paso me voy a soplar la botella yo sola.

—¿Celosa? —pregunta llenándome de nuevo la copa.

—¿Por qué? Yo hago *footing* —le suelto antes de excusarme y marcharme hacia el aseo.

Tengo que alejarme un instante de él, o acabaré haciendo el mayor de los ridículos. Necesito calmarme un poco e intentar pensar con claridad. En verdad he sido yo la que ha querido saber sobre ella, y no tiene mucho sentido ponerme así.

—¿No querías caldo? Toma dos tazas —me digo a mí misma, mirándome al espejo, comunicándome con mi parte masoquista.

¿Por qué me comporto así? ¿Realmente es tan importante que no me haya traído al restaurante en exclusividad? No, no es eso, es la imagen de la morena la que me está quemando. Aún recuerdo el *flash* que tuve en la cafetería del instituto, cuando me lo imaginé besándose con una mujer escultural. Mi pesadilla se está haciendo realidad. Si siguen siendo o no amigos, es otro misterio por resolver, pero lo dejaré para otro día.

Harta de mis nocivos pensamientos, decido no echar a perder mi secuestro y dejarme llevar por el momento, sin preocuparme por su pasado, ese que tanto me intriga. Así que, tras lavarme las manos, salgo a

su encuentro, dispuesta a pasar una gran tarde con mi crustáceo.

La comida transcurre con normalidad, Fuentes me cuenta cómo eran los encuentros moteros mientras degustamos la bandeja de marisco y pescado frito con pimientos de padrón que ha pedido. Me encanta escucharlo y ver con qué felicidad relata los días en que se juntaba con sus compañeros amantes de las dos ruedas... los viajes, los códigos que entre ellos imperan, las comilonas, los barriles de cerveza que caían, los conciertos, las barbacoas y un largo etcétera. Todo me parece mágico y, deseosa por vivir esa experiencia, murmuro:

—Me encantaría poder vivirlo.

—La semana que viene hay una concentración motera solidaria en el puerto, ¿quieres ser mi acompañante?

«Si salto de alegría, ¿llamaré mucho la atención, verdad?», pienso justo antes de responderle, pero sin levantar el culo de la silla.

—Será un honor, señor Fuentes.

Mi adonis levanta su copa proponiéndome un brindis en señal de confirmación, y yo respondo al gesto chocando suavemente la mía con la suya.

Tras el almuerzo, nos levantamos para marcharnos de aquel encantador lugar y, al salir de la terraza, Fuentes me sorprende agarrándome fuertemente por la cintura y plantándome un largo beso, haciéndome derretir.

—Qué ganas tenía de hacer esto, Intimissimi —susurra devorándome con la mirada.

—¿El volver a casa, Cangrejo? —me mofo risueña atrapada entre sus fornidos brazos.

—Mira que eres juguetona —me reprende con cariño, volviéndome a besar con ardor.

Subidos ya de nuevo en la moto, observo que Fuentes no toma el camino de vuelta a la ciudad. Intrigada por el nuevo destino, contemplo todas las calles por las que vamos pasando, intentando averiguar qué se propone.

Pero de nuevo mi crustáceo me sorprende llevándome a un sitio completamente desconocido para mí.

Al bajar de la moto, advierto que coge una mochila de un maletín y se la cuelga a la espalda.

—Vamos —me dice tendiéndome la mano.

Emocionada por el misterio, acepto su invitación y, cogidos de la mano, caminamos en silencio hacia una enigmática abertura entre dos pequeñas colinas. Traspasada la oquedad que forman las bajas montañas, Fuentes se para y, mirándome, me dice:

—Espero que te guste tanto como a mí.

No puedo creer lo que están viendo mis ojos. Es una pequeña cala, donde hay una recóndita extensión de fina arena blanca y unas aguas cristalinas bañadas por los rayos del sol, y guarecidas por abundante vegetación. El lugar es increíblemente mágico.

—Es... precioso —acierto a decirle sin dejar de admirar lo que nos rodea.

—Bienvenida a mi rincón secreto —confiesa desplegando y colocando sobre la arena una enorme toalla con una Harley Davidson dibujada, que acaba de sacar de la mochila.

—Llámame mujer al cuadrado, pero necesito saber cuánto es de secreto.

Fuentes se echa a reír y, acercándose hacia mí, me abraza y me dice:

—Secreto hasta hace treinta segundos, Intimissimi.

Emocionada, extasiada y orgullosa, soy yo la que esta vez lo besa con pasión. Cada vez que me llama así, me estremece; ha conseguido lo inimaginable, convertir un mote en un chip que enciende hasta mis más ocultos y eróticos deseos.

En segundos nos dejamos llevar envueltos por el asombroso y fascinante entorno. Fuentes me quita la chaqueta y después la camiseta por encima de la cabeza, dejando al descubierto mi sujetador de encaje negro. «Esta vez sí voy preparada», pienso al observar cómo me mira los pechos. Sin dejar de besarme, se lanza a por el pantalón, pero, recordando el momento bochornoso de «baile regional», lo paro y le digo:

—Las botas primero.

Mi adonis sonrío entendiendo mi solicitud, y ambos nos descalzamos por completo. Cuando lo hacemos, me quedo mirando alrededor, por si alguien pudiera vernos.

—Tranquila, aquí no viene nadie —asegura cogiéndome de la cintura.

—Podría ser el rincón secreto de otra persona.

—Eso no puedo garantizártelo —dice en tono tranquilizador—, pero sí que, las veces que he venido a bañarme, no he visto a nadie, y menos en

otoño.

Confiado en sus palabras, relajo mis tensos músculos y me dejo besar por sus labios carnosos, e invadir por su lasciva lengua. Sus besos son puro sexo, y sus manos, la llave que abre las puertas del deseo. Lo agarro por la nuca y me dejo desabrochar el pantalón, que ardientemente logra quitarme. Sus manos, que aprietan con fuerza mi culo, consiguen estrujarme contra él, haciéndome notar su gran erección. Sus empujones son cada vez más fuertes, y yo me vuelvo loca, deseando que me tome allí mismo.

Impaciente por sentirlo dentro de mí, lo desnudo del mismo modo que él ha hecho conmigo, y nos quedamos los dos en ropa interior.

Con sumo cuidado, Fuentes me lleva hasta la toalla y me tumba sobre ella, y él sobre mí. Apartándome el pelo de la cara, mi adonis me observa detenidamente, primero los ojos, la nariz, las orejas... y por último los labios, que devora con ansia y fogosidad. Mis manos recorren sus corpulentos brazos y sus fornidos hombros; el número ocho que se forma entre los bíceps y los tríceps me excita hasta límites insospechados.

Inmersa en sus ardientes besos, siento cómo su mano entra por debajo de mi ropa interior y me acaricia el pubis haciendo círculos. Tras quitarme el tanga, mis piernas se abren para él aceptando su incitación; quiero más, mucho más.

Excitada, noto cómo nuevamente baja su mano y, tras rozarme levemente el clítoris, masajea con suavidad los labios, justo antes de introducirme un dedo. Con verdadera destreza, golpea mi interno punto G, con rítmicos movimientos hacia dentro y hacia fuera, haciéndome gemir de placer. De pronto su boca abandona la mía y, con su lengua, recorre primero mi barbilla y mi cuello, para después bajar por el centro de mi pecho hasta llegar a mi hinchado clítoris. Su endiablada lengua lo magrea con una habilidad sin igual, y mi cadera responde inevitablemente a tanto placer, elevándose para recibirla. Cuando ya creo que voy a estallar de gozo, Fuentes me introduce otro dedo, que logra meter sin dificultad por mi alta lubricación. El ritmo de sus golpes y empujones se acentúa, al mismo tiempo que su lengua lo hace sobre mi clítoris; mi cuerpo se tensa, mis manos agarran fuertemente la toalla... voy a estallar de exorbitante placer. Y, sin poder evitarlo, un sonoro jadeo sale de mi interior cuando llego a un doble orgasmo.

Con la respiración aún entrecortada, Fuentes se coloca encima de mí

y, tras un rápido movimiento, se baja un poco los calzoncillos y, agarrando su pene erecto, me lo introduce de un fuerte empujón. Apoyado sobre sus codos, me besa ardientemente, mientras me penetra una y otra vez, con fuerza, con rapidez. Atrapada bajo su enorme cuerpo, me dejo llevar por el ardor que siento por él, y mi boca responde a su anhelo, y mi vagina a sus embestidas. Sus guturales jadeos aumentan, los míos también. El placer nos impide cerrar los ojos, necesitamos mirarnos. Agarrándome por los hombros, el ritmo de sus empujones aumenta y, ardientes, llegamos juntos a un abrasador clímax.

Fuentes se tumba junto a mí, y ambos nos quedamos en silencio boca arriba.

—¿Qué me estás haciendo, Blanca?

—Nada que tú no me estés haciendo a mí —respondo dándome la vuelta para contemplarlo.

—He perdido los papeles —suelta y, mirándome a los ojos, añade—: Dime que tomas la píldora.

—Te lo podría decir, pero sería mentirte —le contesto asumiendo lo que hemos hecho.

Mi Cangrejo y yo nos observamos durante un largo rato en silencio. Hemos cometido un enorme error, nos hemos dejado llevar por el deseo, y esto podría tener sus consecuencias.

Pero algo dentro de mí, mi parte más romántica, desea con todas sus fuerzas que ocurra. Apenas acabamos de empezar a conocernos, pero yo ya amo a este hombre. La idea de tener un hijo de él no sólo no me asusta, sino que me enorgullece. Tengo estabilidad económica y una edad que me permiten ser madre y, si así debe ser, que así sea.



Sobre las siete de la tarde, Fuentes aparcó su moto junto a mi coche en el parking del instituto. El camino de vuelta lo pasamos en un aterrador silencio. Estaba claro que él no pensaba como yo, y la idea de ser padre le asustaba. Respetando su mutismo, no ahondé en el tema, prefería ver cómo se desenvolvían los acontecimientos, pues todo podía quedar en un susto. Lo cierto era que no habíamos usado protección, no ya por riesgo de embarazo, sino por una posible transmisión de enfermedades, que, por mi parte, estaba completamente segura de que no se daría.

Después de un largo beso y un «te llamo», Fuentes esperó a que yo entrara en mi coche y salimos juntos del parking, cada uno en su vehículo, hacia nuestro destino.

Al día siguiente esperé en vano su llamada. Pegada al móvil, ocupé mi tiempo en preparar los temarios de todo un mes, en ordenar la casa, planchar y un sinfín de cosas más. Hasta para ir al aseo me lo llevaba, pero el teléfono no sonó, salvo por los WhatsApps que recibía de mi familia o en las ocasiones que pitaba el grupo de las chicas. Aún no les había contado nada, preferí dejarlo para cuando estuviéramos todas juntas; no quería perderme sus reacciones, ni sus monumentales broncas que, sabía, me iban a caer.

El domingo seguía siendo una mujer pegada a un *smartphone*. Es increíble la móvil-dependencia, llamada *nomofobia*, que solemos tener las personas, sobre todo cuando esperas algo de alguien. Y yo esperaba desesperada que Fuentes me llamara.

«¿Cómo pueden resistirse tanto los hombres a darle al dedo?», pensaba una y otra vez, pues, de ser por mí, lo habría llamado a los cinco minutos de haber salido del aparcamiento.

Conforme pasaban las horas, mi desesperación se tornaba en indignación. ¿Esto iba a ser todo? ¿Nuestra relación se iba a basar sólo en sexo? En otras circunstancias, y con otro hombre, no me hubiese importado que así fuera... pero con él era distinto, todo lo era, en verdad. Ambos compartíamos más que sexo, compartíamos trabajo, gustos musicales, forma de vestir, pensamientos... en definitiva, nos gustábamos. ¿Qué había de malo en eso? ¿Por qué los hombres salían huyendo cuando los planetas se aliaban de forma que dos personas llegasen a ese punto?

Disgustada por su, para mí, infantil reacción, decido dejar el móvil sobre la mesa que hay frente al sofá y, tras zapear con el mando, me tumbo para ver una película. Mi orgullo femenino ha sido atacado con una afilada espada y debo sanar sus heridas con un buen brebaje en forma de séptimo arte.

En mitad de la espectacular defensa que Gerard Butler logra en *Ataque a la Casa Blanca*, el móvil suena y, del salto que doy, me hago daño en la espalda. «Bien, Blanca, no tenías suficiente con herir tu orgullo por dar un brinco, sino que además te hieres al hacerlo», me riño a mí misma, llevándome la mano a los riñones por el dolor, mientras agarro el teléfono con la otra.

—Hola —saludo al ver que es Fuentes quien llama. Apenas me sale un hilo de voz al hacerlo, me he quedado hecha un flan al leer en la pantalla el nombre de mi, hasta ahora, desaparecido Cangrejo.

—Hola, preciosa —responde. Ese adjetivo me ha sonado en otro momento mucho más erótico de lo que lo está haciendo ahora.

—Dime —logro decirle con tono alegre. No quiero demostrarle que me ha dolido que haya tardado tanto en llamarme, a mi orgullo aún le queda una parte sana.

—Perdona que no te haya llamado antes, he estado muy liado todo el fin de semana.

—¿Qué has estado haciendo? —pregunto coqueta, disimulando mi enfado y reprimiendo las ganas de echarle una descomunal bronca por haberme tenido esperando como una colegiala.

—Tenía trabajo acumulado, eso es todo. ¿Y tú? —pregunta desviando el tema.

La conversación está siendo banal y, según mi experiencia, no

presagia nada bueno. No hay nada en el mundo que odie más que las mentiras, así que, dispuesta a no vivir una falsa y vacía relación, decido llamar su atención.

—De todo un poco, y esperar a que me llamas —me atrevo a decirle y, viendo que él continúa en silencio, decido soltárselo todo de carrerilla—. Lo que ha pasado lo hemos hecho los dos, ninguno es más culpable que el otro. Pero no creo que debamos convertirnos en personas que no somos. Nos gustamos, y lo que debe importarnos es eso. Aunque también la salud... pero, por mi parte, puedes estar tranquilo.

—Y por la mía —acierta a decirme.

—Me alegra oír eso —respondo. Y tras otro breve silencio, añado—: ¿De qué tienes miedo, Fuentes?

—Lo sabes perfectamente, Blanca —contesta—. Esto no me había pasado nunca, y ahora...

—Ahora podemos seguir viéndonos y disfrutando el uno del otro —aseguro—. No sabemos qué pasará, estamos adelantando acontecimientos y llorando antes de que nos peguen, ¿no crees?

—Tienes razón —responde tras una corta pausa.

—¿Te gusto? —pregunto de pronto, haciéndole reír.

—¿Que si me gustas? Más que a un tonto un lápiz.

—Pues no se hable más —digo incorporándome del sofá con energía; el dolor ha desaparecido por completo, se ha esfumado junto con mis temores—. Se acabaron los miedos y el jugar a ser clarividentes —añado—; nos toca vivir esto, Cangrejo. ¿Quieres vivirlo conmigo?

—Claro que quiero —responde sin titubear.

—Aunque hay un pequeño inconveniente —digo chasqueando la lengua.

—¿Cuál?

—Que no me queda cerveza, y tendrás que comprar cuando vengas de camino. La cena y yo os estaremos esperando.

Mi directa proposición lo ha hecho reír a carcajadas y, de ese modo alegre, acabamos la llamada. Me siento orgullosa por lo que acabo de hacer; he usado la naturalidad que tanto admiro en mi madre, para salir airoso de una situación incómoda, como lo estaba siendo el comienzo de la conversación. Tal vez mi madre tenga razón, y mi capacidad de amar es realmente una virtud.

La noche transcurrió con normalidad. Fuentes se presentó en casa treinta minutos después, con las cervezas frías y una deliciosa tarta de queso. Durante la cena hablamos largo y tendido sin tapujos sobre nosotros. Debíamos seguir adelante, y eso era lo que estábamos haciendo. Tras el postre, una copa y mi salón fueron testigos de una perfecta velada en la que, entre delicados besos, fuimos conociéndonos y enamorándonos un poquito más el uno del otro.

La semana pasó sin apenas darme cuenta. Por las mañanas mi tiempo lo llenaban el trabajo y los encuentros esporádicos que mantenía con Fuentes. Cada día nos costaba más disimular ante los compañeros lo que sentíamos el uno por el otro. Las tardes, en cambio, las dedicaba a las chicas, con las que me reunía en la trastienda de la *boutique* de Pam. La confección de los disfraces iba progresando a gran velocidad; cada día que íbamos a probármolos, Toñi nos sorprendía con un nuevo avance.

La comida del viernes con las chicas fue muy divertida. Ave nos contó que los hombres que conocía a través de la aplicación sólo querían mantener relaciones sexuales con ella, ninguno pretendía ir más allá, a lo que Lucía respondía aplaudiendo y justificando. Todas sabíamos lo liberal que era nuestra comisaria de exposiciones, así que apoyábamos su forma de pensar y de entender la vida. Todo parecía indicar que su relación con su macho alfa estaba más que acabada y que comenzaba una nueva etapa.

Por su parte, Pam nos reveló que su rollito con el empresario y fan de su tienda iba viento en popa. Como ella misma dijo: «Su amistad se *horizontalizaba* día a día en cada encuentro». La frase nos hizo reír a carcajadas a las cinco.

Clara, en cambio, seguía con su rutina; la consulta, su marido y su embarazo centraban toda su vida.

Como era habitual, el debate versaba sobre los hombres, acerca de sus diferentes formas de ver las relaciones, y en lo que ello nos afectaba. Y lo mío con Fuentes no iba a ser menos. Les conté a las chicas todo lo que había ocurrido en mi maravilloso secuestro, y en la locura que cometimos. Como era de esperar, todas me riñeron por mi irresponsabilidad, excepto Clara, que, sorprendiéndonos y contra todo pronóstico, entendió lo que me había ocurrido e incluso habló de vivir juntas los embarazos. Estaba claro que las hormonas estaban haciendo de las suyas en mi licenciada amiga, aunque, en el fondo y secretamente, la

idea me gustaba.

El encuentro con ellas me hizo reflexionar más de lo normal acerca de mi posible futuro. Pese a que había decidido dejarme llevar por los acontecimientos y no pensar más allá, inevitablemente lo hacía. En más de una ocasión me había imaginado embarazada, con una enorme barriga, y a mi Cangrejo acariciándola y hablándole, mientras estábamos tumbados juntos en el sofá.

En cambio, a él la idea no parecía que le gustase tanto; no porque lo hubiera hablado con él, pues era algo que quedaba guardado en el archivo secreto de mi cabecita, sino porque a lo largo de la semana no habíamos intimado. Tanto él como yo teníamos planes al salir del trabajo: yo quedaba con las chicas en la *boutique* de Pam, y él, siempre según sus explicaciones, tenía trabajo acumulado o tareas que hacer. Este último detalle me preocupaba un poco, pues me hacía pensar que tenía miedo a cometer nuevamente un error, o que me ocultaba algo, e incluso ambas cosas. Pero, conforme a mi determinación de vivir el momento, no ahondé en el tema y me dejé llevar por los acontecimientos.

Así llegó el sábado, día en el que Fuentes me llevaba a mi primera concentración motera.

Sobre las nueve de la mañana sonó el timbre y, rauda, bajé al encuentro de mi Cangrejo. Para el evento había escogido un conjunto en negro, compuesto por unos vaqueros de pitillo, una camiseta entallada de manga corta y mi chaqueta de cuero. Unas botas de tacón remataban mi indumentaria motera, pues no quería desentonar con el resto. Y, al encontrarme frente a mi adonis, comprobé que había acertado: ambos íbamos prácticamente iguales.

—¡Guau! —dice nada más verme. La brisa de un día que había amanecido soleado había movido levemente mi pelo suelto, logrando parecer la estampa de un anuncio.

—Pero qué suerte tengo —me mofo tras darle un corto beso y dedicarle la mejor de las sonrisas—, un cangrejo y un perro al precio de uno.

Su media sonrisa y su mirada pícara me saludan, al tiempo que me estruja junto a él y me declara:

—Te equivocas, Intimissimi, también puedo ser un toro bravo.

Excitada por su comentario, lo agarro de la nuca y le planto un ardiente beso, que rápidamente es correspondido, mientras me aprieta fuertemente del culo.

Tras el candente recibimiento, nos subimos a la moto y nos encaminamos al puerto, donde tiene lugar la concentración solidaria.

El sonido ensordecedor y apasionante de los motores nos recibe al llegar a la gran explanada. Si por el camino ya me encontraba emocionada al cruzarnos con otras motos que también se dirigían al evento, al llegar allí me siento simplemente extasiada. Hay cientos de moteros, repartidos en diferentes zonas habilitadas para la ocasión. Por un lado está el enorme

aparcamiento, donde se pueden distinguir claramente los diferentes grupos, formados por distintos modelos de motos; es como si los hubieran clasificado uno por uno al llegar. Más tarde Fuentes me explica que la gente acostumbra a ir en peñas, y que suelen ser de similares gustos y predilecciones. Entre ellas se encuentras tipos de *chopper*, *trail*, deportivas, *maxiscooter*, *cruiser*, *naked*, Enduro... Yo escucho atenta todo lo que él me explica; es un mundo que me apasiona y que ansío.

Junto a la zona de parking, hay decenas de puestos relacionados con el mundo del motor; desde ropa y calzado hasta artículos para *customizar* las motos, pasando por miles de complementos, carteras, bolsos y un sinfín de bisutería. Abrazados, caminamos ojeando cada uno de ellos, hasta llegar a uno que llama poderosamente mi atención: es un sencillo tenderete en tonos granate; la mitad lo ocupa una gran exposición de motos de coleccionista en miniatura y, la otra, una extraordinaria muestra de exquisita bisutería de estilo gótico, distinta a todas las de los demás tenderetes.

Abducida por el encanto que emana de ese bonito puesto, compro dos motos modelo deportivo para mis sobrinos, y dos idénticas modelo *trail* para Fuentes y para mí. Él hace el gesto de pagarlas todas, pero, como quiero que sea un regalo, pese a su insistencia, me niego.

Pensando en las chicas, y en los disfraces que vamos a llevar a la fiesta, también compro cinco collares, uno para cada una. Para Lucía elijo uno corto de raso negro con adornos de piedras *strass*. Para Ave escojo otro similar, pero con el añadido de una rosa de raso negro; ambos collares irán a la perfección con sus disfraces de dominatrix y Catwoman. Clara irá de monja, así que para ella selecciono uno de encaje y raso negro, con un camafeo en el centro, y del que cuelgan unas cadenas oscuras y una gran cruz. Para Pam y su disfraz de conejita Playboy, opto por otro modelo corto de organza negra, con forma de lazo y con una pequeña flor en el centro. Finalmente, para mí, me decanto por uno de encaje y flor de raso negro, de la que cuelgan finas cadenas oscuras en forma de cascada.

El vendedor nos explica amablemente que toda la bisutería es artesanal, y que está hecha a mano por un familiar suyo. Agradecida, le pido que le haga llegar mis felicitaciones por el delicado trabajo y por su espectacular resultado.

Con mi bolsa en una mano y abrazándome con la otra, Fuentes me

guía hasta la zona de las barras. En esta ocasión, me explica, han habilitado una caseta donde se compran los tiques que luego hay que intercambiar por la bebida o la comida que se quiera adquirir en las distintas barras. Los precios son más caros de lo habitual, pero, como se trata de un fin solidario, pues se destinará a enfermas de cáncer de mama, no nos importa en absoluto.

Tras comprar los tiques, nos aproximamos a una de las barras para pedir y, como podemos, nos hacemos hueco entre la multitud. El calor aprieta, y estamos verdaderamente sedientos.

—Hola, guapetón —dice de pronto una imponente morena con una coleta alta y escote de infarto, que está junto a él. Fuentes se da la vuelta para mirarla y, como si hubiese visto un fantasma, se queda paralizado un instante, justo antes de reaccionar y responderle.

—Hola, Mari Fe, ¿cómo estás?

—No tan bien como tú —contesta dándole dos sugerentes besos, a la vez que lo agarra del brazo.

—Será que no te has mirado en el espejo —la piropea él sin cortarse lo más mínimo al mirarla de arriba abajo.

«¿Hola? ¡Estoy aquí!», deseo gritar a los cuatro vientos hasta reventarles el tímpano a los dos tortolitos, pero mi raciocinio me lo impide, tapándome la boca con esparadrapo.

—Sólo lo justo —responde la arpía toca-cangrejos, por no llamarla otra cosa.

—Mari Fe —dice él tras dedicarle su endemoniada media sonrisa—, te presento a Blanca, una amiga.

«¡¿Perdona?! ¿Una ¡¿amiga!?!» Esta vez mi raciocinio saca toda la artillería pesada para sujetarme e impedirme darle un guantazo. Le está dedicando la misma sonrisa que a mí y, para postre, me ha nombrado con la palabra maldita. ¿Sólo una *amiga*, ni siquiera *folla-amiga*? Aunque, claro, una presentación así hubiera sido la bomba.

—Mucho gusto, Mari Fe. —«De Triana», pienso al ponerle mi grandiosa falsa sonrisa, al tiempo que le ofrezco la mano. No estoy dispuesta a permitir que su impoluto rostro me toque lo más mínimo; la tentación de darle un bocado sería demasiado fuerte. Ella, por su parte, viene hacia mí dispuesta a darme dos besos, pero, al ver mi brazo estirado esperando su correspondiente saludo, la «trianera», más tiesa que una vela, me agarra con su perfecta y *manicurada* mano y me responde:



—Igualmente.

Molesta por mi gesto, y como sólo una mujer es capaz de llevar a cabo, me lo hace saber dedicándome una fría e inquisitiva mirada. Fuentes, que está siendo testigo de todo, interfiere entre ambas, intentando apaciguar el incómodo momento.

—Hacía mucho que no te veía.

—Ya lo creo, desde nuestro último encuentro en la ciudad. —Ella coquetea sin el más mínimo pudor, para a continuación tocarle el brazo con intención lasciva y añadir—: Por cierto, ¿arreglaste el cabezal de la cama? Menudo destrozo hicimos.

«¡¡¡Me la cargo!!!», pienso mientras nuestras malévolas miradas se cruzan. Por un momento hasta habría jurado que se me estaba quemando la camiseta de las chispas que saltaban de nuestros ojos. La tensión que hay entre ambas es palpable hasta en el otro extremo del puerto.

Fuentes se siente incómodo, puedo verlo en su cara... pero más lo estoy yo, que, sin comerlo ni beberlo, me encuentro en licenciatura inferior, ya que ella tenía el título de *ex*, y yo el de una simple *amiga*. Así que, intentando nuevamente salir del atolladero, mi *amigo* le contesta:

—Eso son cosas del pasado, Mari Fe, que no vienen a cuento. Y, para tu información, sí, lo arreglé.

—Perdona que lo sacara a relucir delante de tu amiga —responde simulando sentirlo—, pero es que ha sido verte y recordar viejos tiempos. ¿No te importa, verdad? —me pregunta.

A estas alturas de la película, mi raciocinio ya ha luchado contra viento y marea por retenerme, pero mi parte gladiadora ha llegado armada hasta los dientes y con un enorme ejército, y le ha ganado la batalla. Así que, harta del teatrillo, de sus insinuaciones y de mi escasa titulación, me armo de valor y le suelto:

—No, tranquila, tú te lo follabas en el pasado, y yo lo hago ahora.

Ya no había marcha atrás, la guerrera había disparado y, por lo que su cara dejaba ver, había dado en el blanco. Aunque, a mi pesar, no era la única que me miraba atónita; mi Cangrejo, y ahora *amigo*, también me observaba perplejo. Intentando acabar con la situación, giro la cabeza y me quedo mirando a una pareja que tenemos junto a nosotros. Entendiendo mi gesto, Fuentes se dirige hacia la *licenciada* para despedirse, justo antes de marcharnos:

—Ya nos veremos, Mari Fe. Cuídate.

—Hasta pronto, Edu. Llámame cuando quieras, por los viejos tiempos —responde ella guiñándole un ojo.

«Hace falta tener poca vergüenza para proponerle una cita delante de mí», pienso mientras Fuentes me agarra y me saca de la zona de las barras, sin haber tomado otra bebida distinta al cianuro que ha salido de la boca de su ex, en forma de dardos envenenados.

—¿A qué ha venido eso? —inquire indignado al llegar al aparcamiento y comenzar a sacar los cascos de los maletines.

—¿Y me lo preguntas a mí? —cuestiono alzándole un poco la voz.

—¿A quién, si no? —responde enfadado, entretanto se abrocha la chaqueta y se coloca los guantes.

—¿Y a quién tengo yo el gusto de tener delante? —pregunto enojada. Igual que el suyo, mi estado de ánimo se ha agriado—. ¿Por qué te ha llamado Edu?

Cabreado como nunca antes lo había visto, arranca la moto y me suelta de mala gana:

—Ahora no puedo decírtelo. Sube a la moto.

Indignada, dolida, humillada y, lo peor, engañada, obedezco su orden y me subo tras él en la BMW sin mediar palabra, al igual que durante el resto del trayecto de vuelta a casa. Tengo mucho en qué pensar, y conociéndome, es mejor no decir nada, pues, en realidad, está todo dicho. Esto no hace más que confirmar mis sospechas, las cuales he estado dejando conscientemente apartadas. Me ha ocurrido una de las peores cosas que me pueden suceder: que me mientan. Sus cambios de humor, su destreza abriendo puertas, sus excusas para no quedar por las tardes y ahora esto es demasiado para mí.

Por ello, al llegar al portal de mi edificio, me bajo de la moto, le entrego el casco y, sin mediar palabra, me doy media vuelta y me dirijo hacia la puerta.

—¡Blanca! Déjame explicarte. ¡Blanca! —me grita esperando a que me detenga y me vuelva hacia él. Pero no estoy dispuesta a hacerlo. Fuentes, Ignacio, alias Nacho, Cangrejo, *amigo*, Edu o como diablos se llame, me ha roto literalmente el corazón.

No sé por qué, cuando tenemos una ruptura o sufrimos un gran desengaño, como era mi caso, necesitamos escuchar canciones románticas, y mi parte masoquista no iba a ser menos. Tal como una marioneta es guiada por su titiritero, al entrar en mi piso me dirigí directa hacia el cuarto de baño, encendí mi iPad y seleccioné el grupo de las baladas. Con la mirada ida y sin pensar, me desnudé y me metí en la ducha escuchando *Una espina*,[\[12\]](#) de Antonio Flores.

No sé cuánto tiempo estuve llorando desconsoladamente bajo aquellos cálidos chorros de agua, había perdido la noción del tiempo. Un dolor desgarrador en el estómago me recordaba el daño que sufría mi corazón.

Sólo cuando me encontré lo suficientemente relajada, y mis lágrimas se hubieron ido por el desagüe mezcladas con las gotas de agua, me atreví a salir de la ducha.

Sobre las seis de la tarde, y dolorida de tanto sofá, decido por fin intentar llevarme algo a la boca. Una sopa caliente es lo elegido. Indiscutiblemente logro sentirme mejor al acabar de tomármela; una vez más, recibía la demostración de lo sabio que era el cuerpo humano.

Activada por la aportación de alimento, me dirijo al salón y enciendo mi móvil dispuesta a enfrentarme a los mensajes que tenga. Pero, para mi sorpresa, tan sólo hay un mensaje de mi hermano, con la foto de mis sobrinos embarrados de chocolate, tras *ayudar* a su madre a hacer una tarta. La imagen me hace sonreír, y, sin darme cuenta, me saca del nocivo bucle en el que había entrado.

De pronto, el timbre suena. Como una estúpida, me encamino hacia la entrada esperando ver a Fuentes al otro lado de la puerta. Pero nuevamente

me doy de bruces contra la pared cuando veo por la mirilla al *viceverso* de mi vecino Mario.

—Hola —saludo nada más abrirle.

—¡Vaya, vecina! Si fueras viento, iría desnudo —suelta mirándome las piernas. No me había dado cuenta de que tan sólo llevaba una camiseta larga de color blanco.

—¿Qué necesitas, Mario? —pregunto intentando taparme lo máximo posible, tirando del bajo.

—¿Te gusta la magia?

—Sólo si desapareces —respondo haciendo el ademán de cerrar la puerta.

—¡Espera! Es broma —dice mientras con una mano impide que le dé con la puerta en las narices, y añade—: Te he llamado porque tienes una bolsa con unas motos y unos collares sobre el felpudo.

—¿Has mirado dentro de la bolsa? —le alzo la voz.

—Relaja la raja, vecina, ¿y si llega a ser una bomba?

Viendo que hablar con él es como hacerlo con la pared, opto por darle las gracias y despedirlo educadamente, antes de cerrar definitivamente la puerta.

Con la bolsa, me dirijo a la cocina y, la coloco sobre la isla. Respiro hondo y comienzo a sacar las cosas que había comprado. ¡Falta una moto! Fuentes se ha quedado con la suya. «Tendrá morro, el tío», pienso al vaciar todo el contenido. No sólo ha conseguido entrar en el edificio, sino que ha dejado la bolsa en mi puerta. Entonces caigo en la cuenta de su habilidad para abrir puertas, aunque el muy cobarde no ha sido capaz ni siquiera de llamar al timbre. Me estremezco; estaba totalmente a merced de su antojo, él podía hacer y deshacer como quisiera, y eso, en cierto modo, me atemoriza.

Dispuesta a averiguar, de una vez por todas, la verdad, vuelvo al salón en busca de mi móvil.

—Hola, Clara, necesito un favor.

—Lo que quieras —responde desde el otro lado del teléfono.

—¿Puedes pedirle a John que averigüe algo por mí?

—¿De qué se trata?

Durante un largo rato, le cuento a mi amiga todo lo que ha ocurrido y mis dudas acerca de Fuentes. Contrariamente a lo que me dijo Lucía, acerca de que no debía importarme su pasado, la realidad es otra: me

importa, y mucho.

Clara me promete que hablará con su marido; debe investigarlo todo acerca de Ignacio Fuentes, doctorado en Magisterio o, en su defecto, Eduardo Fuentes.

—No les digas nada a las chicas de momento, hasta que sepamos la verdad.

—Tranquila, no lo haré —me responde antes de finalizar la llamada.

El domingo me despierto rozando el mediodía. La noche anterior me costó conciliar el sueño por las vueltas que daba mi cabecita. Muerta de hambre, me doy un homenaje en la cocina, cuando el teléfono suena; son las chicas, preguntándome cómo me había ido la concentración.

Ave: «¿Blanca, qué tal ayer?».

Lucía: «Eso, cuenta, pendón».

Blanca: «Pues la verdad es que no muy bien».

Pam: «¿Quieres que vayamos?».

Blanca: «Os lo agradezco, pero no, prefiero salir a correr un rato y pensar».

Ave: «¿Qué ha pasado?».

Blanca: «Todo iba perfecto, hasta que apareció en escena su ex, Mari Fe.»

Ave: «De Triana».

Blanca: «Eso mismo pensé yo».

Pam: «¿Y?».

Blanca: «Pues que el muy capullo me presentó como una “amiga”».

Todas ellas: Emoticonos con la boca abierta.

Blanca: «Así me quedé yo. Además, ella coqueteó con él delante de mí y yo, celosa como nunca, me rebajé a su altura, y ambas tuvimos una pelea de gatas. Fuentes se enfadó y nos volvimos».

Lucía: «¡Muy bien hecho! Defender tu terreno no es rebajarte, ¡ni lo pienses!».

Pam: «Estoy con Lucía, ni se te ocurra pensarlo, nena».

Ave: «¡Me sumo!».

Blanca: «Gracias, chicas, por el apoyo, pero lo cierto es que hay demasiadas incógnitas; estoy segura de que me ha engañado, y todas sabéis lo que eso supone para mí».

Lucía: «Si es que os lo tengo dicho: los hombres son sólo para el sexo, sin sentimientos de por medio».

Ave: «Ojalá fuera así de sencillo, Lucía. Aun sabiendo que sólo quieren eso con nosotras, nos pillamos por ellos».

Pam: «Pues, ya que estamos sincerándonos, os diré que yo también estoy pillada por el Armani, como yo lo llamo».

Ave: «¡Lo sabía!».

Clara: «Es inevitable, las mujeres necesitamos que haya sentimientos de por medio».

Blanca: «Pues deberíamos ser más fuertes».

Lucía: «O más simples; vamos, como lo son ellos».

Ave: «Si es que somos la leche, nos enamoramos hasta de una mosca que pasa volando».

Lucía: «Hacedme caso y veréis qué bien os va».  
Pam: «Habló la que se larga a París para pensar».  
Lucía: «No sólo por eso».  
Clara: «¿Queréis aceptarlo de una vez? Las mujeres somos así, y ahí radica nuestro encanto».  
Blanca: «O nuestra perdición».  
Pam: «La culpa es suya, por embaucarnos, que nos prometen el oro y el moro y, luego, mira lo que pasa. Ya sabéis el dicho: el hombre promete y promete, hasta que la mete».  
Ave: «La culpa es de D.I.S.N.E.I.».  
Blanca: «Ave, Disney es con i griega».  
Ave: «Lo sé, pero no es eso lo que quería decir, fijaos bien, son siglas».  
Clara: «¿Y qué quieren decir?».  
Ave: «Que la culpa es de que Disfrutamos Indiscutiblemente Siendo Necias Enamoradizas Irremediables».  
Todas: «Ja, ja, ja, ja, ja, ja».  
Blanca: «Qué cosas se te ocurren».  
Pam: «Pues tiene razón, las mujeres somos así por naturaleza, aunque nos cueste reconocerlo».  
Lucía: «Pues de nosotras depende que cambiemos eso».  
Blanca: «Ya, pero es tan difícil...».  
Clara: «Es luchar contra natura».  
Ave: «En el fondo, todas buscamos nuestro príncipe azul».  
Blanca: «Pues el mío no llega; debe tener el caballo cojo, como dice mi amiga Sara Escudero».  
Todas: «Ja, ja, ja, ja».  
Lucía: «Pues, mientras llega, ¡a besar sapos, nenas!».  
Pam: «¡Amén!».

Tras despedirme de las chicas, salí a correr; necesitaba desfogarme. Tenía mucho en que pensar. El fin de semana había sido duro, pero no estaba dispuesta a encerrarme ni a quedarme llorando por las esquinas. Me exigí a mí misma salir adelante, con la cabeza bien alta. Cabía la posibilidad de que estuviera embarazada de un mentiroso compulsivo o, peor aún, de un delincuente exconvicto. Pero, si dos de mis amigas habían logrado sacar adelante solas a sus hijos, yo también podría hacerlo.

Lamentarme por lo vivido hubiera sido flagelarme innecesariamente; mis hechos habían sido consecuencia de mis decisiones, las cuales creí correctas en su momento. Ahora tocaba asimilar y aprender la lección. También debía meditar la forma de afrontar la semana... iba a verlo a diario, y eso lo haría todo más difícil. Aun así, y pese a que iba a ser muy duro, sabía que podría hacerlo; soy mujer, ¿qué cosa hay más grande que eso?

Como era de esperar, la semana fue dolorosa. Por más que intenté por todos los medios cruzarme lo menos posible con él, no lo conseguí. Cuando llegaba al trabajo, lo hacía puntual para evitar verlo en la sala de profesores. A la hora del almuerzo, me quedaba gran parte del recreo en el aula. Y, al acabar las clases, salía casi tan rápido como mis alumnos.

Nuestros encuentros en la cafetería eran muy fríos; como yo llegaba casi al finalizar, mi tiempo lo dedicaba a comerme la tostada para no tener que hablar. En una ocasión, intentó hablar conmigo al comenzar el recreo. Vino a verme a clase, pero, como hacen los famosos, saqué mi móvil e hice como que hablaba con alguien.

Si algo tenía claro era que no se lo iba a poner fácil, no hasta saber algo de Clara. El mismo lunes me llamó para decirme que John estaba muy liado en un caso importante, y que no disponía de tiempo para averiguaciones. Clara me contó que le molestó su contestación, pero que, sabiendo cómo se las gastaba el londinense, era mejor dejarlo pasar. Aun así, me prometió que haría todo lo posible por indagar más sobre el asunto; me contó que tenía amigos en una de las comisarías del centro, y que les pediría el favor. Sabía que no podía ir a la oficina de su marido, ni contar con la ayuda de sus hombres, eso a él le habría molestado.

Por las tardes me juntaba con las chicas en la *boutique* de Pam. Como veníamos haciendo desde hacía una semana, nos probábamos los disfraces en la trastienda. El avance que Toñi había hecho era increíble.

El viernes por la tarde fuimos a recogerlos. Todas estábamos emocionadas. Yo les entregué los collares que les había comprado en el puerto y, agradecidas, me dieron un abrazo en grupo. Ya teníamos el resto de complementos, y tan sólo quedaba ver el resultado. Pero Pam insistió en dejarlo para el día siguiente, con peluquería y maquillaje incluidos. La idea nos gustó, y así lo hicimos.

El sábado 31 me despertó el sonido de mi móvil.

—Blanca, no te lo vas a creer.

—¿Qué pasa, Clara? —pregunto llevándome una mano al pecho. Mis latidos parecen un redoble de tambores.

—Me acaba de llamar el oficial al que le pedí que investigara al Cangrejo.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que no hay ningún Ignacio ni Eduardo Fuentes fichado por la policía, no tiene antecedentes. Pero...

—Pero ¿qué?

—Pues que, además de hablar con este amigo mío, hice una llamada a la Consejería de Educación, pues uno de los altos cargos fue paciente mío, y...

—¡Suéltalo ya, Clara, por el amor de Dios!

—Lo siento mucho, Blanca: no existe ningún Ignacio Fuentes con la carrera de Magisterio. Los que hay son o muy jóvenes o muy mayores, y ejercen en otras provincias.

—¿Y Eduardo? —inquiero cerrando los ojos.

A través del teléfono oigo a Clara suspirar y, tras un breve silencio, murmura:

—Hay uno que reúne las características: tiene cuarenta años, vive en Valencia, está casado y tiene dos hijos. Lo siento mucho, Blanca.

Un dolor en el pecho me recuerda lo mucho que me duele confirmar mis sospechas. Queda claro que el muy ruin nos ha mentado a todos: a mí, al director del instituto, incluso a María, cuando le dijo que era soltero. ¿Cómo podía ser tan mala persona? Y, lo que más me dolía, ¿cómo había podido estar tan ciega?

Con un pequeño hilo de voz, me despido de Clara dándole las gracias antes de acabar la llamada, al tiempo que una lágrima recorre mi cara.

El sonido del telefonillo me despierta, me había quedado dormida nuevamente tras caer agotada de tanto llorar. Cuando miro por la cámara, veo que es Clara.

—Perdona que no viniera antes y que no te lo haya explicado en persona —dice dándome un fuerte abrazo, al llegar a mi piso.

—La forma no es lo importante, lo es el contenido —susurro sin



fuerzas para seguir llorando; he agotado todo mi arsenal de lágrimas.

—No es eso, es que no estaba segura de si podía venir o no. Estaba en el baño vomitando sin parar.

—¿Y has venido hasta aquí tú sola conduciendo? ¿Estás loca? —le reprocho separándome de ella.

—Ya me encuentro mejor, y no podía dejarte sola en este momento. Anda, date una ducha que nos vamos a comer por ahí.

—¿Y las chicas?

—Eso corre de mi cuenta: venga, arréglate un poco, que estás horrible —dice dándome una palmada en el culo.

—Yo también te quiero, amiga —respondo sonriendo de camino al baño.

La comida me viene de maravilla, no sólo por el alimento, puesto que últimamente no tomo mucho, sino por el apoyo incondicional de mis amigas. En el restaurante, me sincero con todas ellas y las pongo al día de lo mío con el Cangrejo, y, como era de esperar, su cariño es, de nuevo, la mejor medicina.

—¡Brindo por las chicas D.I.S.N.E.I.! —dice Ave levantando su copa, tras el postre. Ave es única, ella y sus locuras.

—¡Por las chicas D.I.S.N.E.I.! —le respondemos todas al unísono chocando nuestras copas.

—Que se prepare la Marina esta noche —dice una alegre Lucía.

—Madre mía, la que vamos a liar —añade Pam, echándose la mano a la boca.

—Ya no hay marcha atrás —responde Lucía—, así que a apechugar.

—No, si pechuga vamos a ver un rato —murmura Ave haciéndonos reír a todas.

Al caer la noche, mi estómago me recordaba los nervios y la emoción que sentía por el baile. Frente al espejo de mi cuarto, me quedaba absorta al ver lo que en él se reflejaba. El resultado había superado con creces el boceto de Toñi: estaba radiante. Las chicas correteaban por mi piso, del baño al salón y del salón al baño. Habíamos quedado todas en mi casa para arreglarnos juntas y peinarnos unas a otras. Pam me había

recogido el pelo en un moño alto, para aguantar mejor la corona dorada que me había comprado. El corpiño tenía un escote de infarto y, al igual que la falda, se ceñía a la perfección a mi curvilíneo cuerpo. La raja de la falda comenzaba en la parte alta de mi muslo, dejando casi la totalidad de mi pierna a la vista. Los guantes y los tacones completaban el disfraz.

—¡Estamos increíbles! —dice Lucía echándonos un vistazo, justo antes de abandonar mi piso.

¡A por ellos, que son pocos y cobardes! —añade Ave.

Entre risas, bajamos al encuentro de John, que ha venido a recogernos en su 4x4 de siete plazas. Él se ha decantado por un disfraz de cura, intentando ir a juego con su señora, pero sin conseguirlo demasiado, pues Clara va de monja muy muy sexy.

Las cinco estamos espectaculares: Ave, con su mono extremadamente ajustado de Catwoman, un atrevido antifaz con orejitas y su melena rubia suelta; Pam es la más atrevida, disfrazada de conejita Playboy, con un escote de vértigo, su pelo castaño suelto y enseñando al mundo sus interminables piernas; Lucía va increíble de dominatrix, quien, con su fusta en la mano, su minivestido y su pelo negro suelto, hasta a mí me impone; el disfraz de Clara, en cambio, aunque no deja ver su pelo, sí deja al descubierto sus piernas y sus encantadoras *gemelas* a través del enorme escote, y yo, pese a ir la más tapada de todas, soy la madrastra de Blancanieves más sexy que he visto en toda mi vida.

Nada más llegar al club de oficiales, las chicas y yo ya tenemos el cuerpo golfo. Unos fornidos militares con uniforme nos abren la barrera, tras enseñarle las invitaciones al que hace guardia en la garita de la entrada principal. John ya nos conoce lo suficiente como para no dejarse amedrentar por nuestros comentarios, lo consideramos uno más del grupo.

En la puerta del salón donde se va a celebrar la fiesta, dos oficiales dan la bienvenida y, por la cara que ambos ponen al vernos llegar, queda claro que no vamos a pasar precisamente desapercibidas. Tableta en mano, nos preguntan uno a uno la película a la que hace honor nuestro disfraz.

—*Catwoman* —indica Ave.

—*Una conejita en el campus* —responde Pam divertida, tocándose una de sus enormes orejitas.

—¿Para qué necesitas saber la película? —le pregunta Lucía a uno de ellos.

—Se trata de un juego, en las mesas veréis las instrucciones.

—Está bien, apunta: *A Dominatrix Story* —explica Lucía y, al ver la cara de asombro del oficial, añade—: Clasificada para adultos, cuando quieras la vemos juntos.

—¡Lucía! —murmura Ave dándole un leve golpe en la cadera. Pero ella, haciendo caso omiso, le guiña un ojo al chico y entra al salón.

—*Blancanieves* —digo cuando llega mi turno.

—*Sister Act* —indica Clara señalando también a su marido.

—Anotado, pueden pasar a la sala de baile —nos invita amablemente el chico de la derecha, haciendo el gesto de adelante con la mano.

Al entrar, nos quedamos boquiabiertas, el salón es precioso. Tiene un alto techo abovedado, un suelo de madera increíblemente brillante y unas enormes cristalerías. En la pared de la derecha hay espejos que logran hacer parecer el espacio mucho más grande de lo que ya es. A la izquierda están ubicadas las mesas con sus correspondientes sillas y, al fondo, frente a los grandes ventanales, una larga barra con varios camareros, todos guapísimos y uniformados. De fondo suena *Vogue*,[\[13\]](#) de Madonna.

Casi todas las mesas están ocupadas, pese a que llegamos con tan sólo diez minutos de retraso. John, que es el más alto, pronto divisa una libre hacia el centro del salón y, tras un gesto suyo, todas lo seguimos.

—¿Habéis visto cómo nos miran todos? —pregunto a las chicas, una vez sentadas.

—Para eso hemos venido —responde Lucía.

—No pienso irme de aquí sin ligar —murmura Ave, ojeando a los chicos que hay alrededor.

—Mirad lo que pone aquí —indica de pronto Clara, con la hoja de las instrucciones en la mano—. «Bienvenidos a la noche mágica del séptimo arte. Tras el espectáculo de bienvenida, sonarán durante la fiesta las bandas sonoras de las películas que se hayan facilitado en la entrada. La persona que vaya disfrazada de la canción que suene, deberá colocarse en el centro de la pista y elegir un compañero de baile, a los que se les unirán las personas que lo deseen. Se trata de divertirse y de pasar una bonita velada, así que saca tu lado más artístico y... ¡a disfrutar!»

—¡Me encanta! —dice Lucía mirando a unos vampiros que hay en la mesa de al lado.

—¿Y cuál es mi banda sonora? —pregunta Pam observándonos a todos.

—Pues no tengo ni idea —respondo—, pero, como a mí me pongan el *Aihó* de los siete enanitos, va a salir quien yo me sé.

—A ti te iría mejor la de *Juego de tronos* —dice John.

—Ahí estoy contigo —replico.

—Pues será mejor que vayamos eligiendo compañero de baile, ¿no os parece? —interviene Lucía.

—Yo mejor elijo primero la bebida, que esto promete —propone Ave, levantando la mano para alertar a uno de los camareros.

La gente sigue entrando en la sala: vaqueros, gánsteres, policías, caballeros de la Edad Media, aviadores, brujas, y un largo etcétera. El ambiente es festivo. Las chicas y yo estamos disfrutando de lo lindo con nuestras bebidas y escogiendo entre tanta testosterona.

De pronto la música cesa y un grupo de oficiales uniformados entra en pelotón y se coloca en la, hasta ahora, despejada pista, dirigidos por un militar con cara de pocos amigos.

—¡Alto! ¡Ar! —grita éste al posicionarse junto a ellos.

El salón enmudece, y las chicas y yo nos miramos asombradas, sin saber qué está ocurriendo.

—¡Izquierda! ¡Ar! —les indica, haciendo que todo el pelotón se gire al unísono mirando hacia las mesas. El sonido de las botas chocando al cuadrarse me asusta y me excita al mismo tiempo.

En ese instante, un alto cargo de la Marina se presenta frente al hombre que da las órdenes, y todos los hombres que hay en la sala, incluidos los disfrazados, a excepción de unos pocos como John, se levantan y se cuadran ante él con el saludo militar.

—¡A sus órdenes, mi comandante! —saluda el que lidera el grupo.

—¡Teniente! —responde él. Y, sin darle la orden de descanso, mira hacia todos los oficiales allí presentes, que aún siguen cuadrados ante él, con la mano en la frente.

—Llamadme lo que queráis, pero me estoy poniendo cachonda —susurra Pam en la mesa.

—Qué coño te voy a llamar, si yo estoy que se me cae la baba, por no decir otra cosa —replica Ave.

Con gesto serio, el comandante se vuelve hacia donde nos encontramos nosotras y el resto de invitados. Acercándose a las mesas con

las manos a la espalda, nos escudriña en absoluto silencio.

—Humm, a éste le enseñaba yo modales con la fusta —musita Lucía, haciéndonos sonreír a todas.

Tras el reconocimiento, el comandante vuelve al centro del salón, donde continúa el pelotón, y nos anuncia a los allí presentes:

—¡Bienvenidos a la fiesta del séptimo arte!

Y, tras sus palabras, todos los oficiales gritan acorde con el comienzo de la canción *Rock and Roll Part II*,[\[14\]](#) de Gary Glitter, de la película *Full Monty*, al tiempo que el pelotón, junto con su mando y el coronel, empiezan a moverse al ritmo de ésta.

—¡La madre que los parió, el susto que me han *dao*! —dice Ave echándose las manos a la cabeza.

—¡Esto es la bomba! —añade Pam, agarrándose al respaldo de las sillas que tiene al lado.

Todo había sido un montaje, y los oficiales uniformados empiezan a desnudarse, animados por los presentes, incluso por sus compañeros, que están compinchados y distribuidos, disfrazados, por todo el salón.

—¡Caaaaachondos! —grita Pam eufórica por las vistas. Los chicos se han quitado ya la chaqueta del uniforme, mostrándonos sus esculturales pectorales.

Las risas y el buen rollo acompañan los gritos que las féminas dedicamos a los chicos. El ambiente es de lo más divertido que he visto nunca. Todo el mundo da palmas al ritmo de la música, mientras anima a los estrípers. Tras quitarse la chaqueta, siguen con el cinturón, haciendo que los decibelios de los gritos suban. Después les toca el turno a los zapatos, que lanzan al aire, quedándose descalzos. Las chicas y yo nos miramos en ese momento y, con un gesto que todas ya conocemos, nos damos a entender que agradecemos que no lleven calcetines.

Finalizando la canción, los fibrosos bailarines empiezan a desabrocharse el pantalón. Esta vez, hasta sus compañeros gritan para aumentar la emoción. Las chicas y yo estamos desatadas, les decimos todas las barbaridades que se nos ocurren, pues el espectáculo no es para menos.

Y por fin llega el instante esperado: en perfecta sincronización, y en un momento álgido de la canción, los chicos tiran fuerte del pantalón, que va agarrado con corchetes en las costuras laterales, y dejan a la vista sus encantadores calzoncillos tipo bóxers, de color blanco. Sin dejar de bailar,

se giran para mostrarnos sus redondos traseros, que se dejan entrever bajo la tela.

Acabada la canción, todos nos ponemos de pie para aplaudir y despedir a los muchachos, quienes, tras coger sus prendas del suelo, se marchan bajo los piropos que todas les dedicamos.

—¡Ha sido increíble! —digo emocionada al sentarme de nuevo en mi silla, abanicándome con la mano.

—Ya te digo —responde Ave.

—Yo estoy *pa* que me dé un algo —añade Pam.

—¡Cómo estaban los puñeteros! —comenta Clara, que rápidamente mira a John y le dice—: Perdona, cariño, pero el momento lo requería.

Todas nos echamos a reír al ver la cara de «para qué habré venido» de John, justo antes de que Clara le coja la cara y le plante un sonoro beso.

De fondo suena *Twist and shout*,[\[15\]](#) de The Beatles. El *disc-jockey* de la fiesta se presenta como maestro de ceremonias, y nos invita a salir a la pista de baile. Sin dudar, todas lo hacemos.

Tras esta canción, Dj Nando, así es cómo se llama el simpático chico, abre el micrófono de nuevo, y menciona *Dirty Dancing*. La canción *Do you love me*,[\[16\]](#) de The Contours, comienza a sonar por los altavoces. Rápidamente vemos cómo una chica vestida de los años cincuenta llega hasta el centro de la pista y, señalando con el dedo a un pirata, lo invita a bailar con ella, haciéndole el gesto con el dedo índice. Cuando el chico se levanta y se dirige hacia ella, aceptando su invitación, todos aplaudimos y les abrimos hueco para bailar junto a ellos.

—Tías, en serio, es la mejor fiesta a la que he acudido nunca —dice Ave acercándose a nosotras para que la oigamos, mientras bailamos al compás del twist.

—Estoy contigo, Ave —respondo sin dejar de mover los pies.

Antes de finalizar la canción, Nando hace referencia a *Grease* al tiempo que pone el *Megamix*[\[17\]](#) de la película, y un chico vestido de Travolta viene hacia nosotras y, señalando a Pam, nuestra conejita Playboy, la saca a bailar en el centro de la pista. Las chicas y yo nos volvemos locas y la animamos con gritos de «¡Campeona!», «¡Tú puedes!», y similares.

John, que había aguantado hasta ahora como un campeón, se despide de nosotras y se va hacia la barra; ha visto a unos compañeros y quiere saludarlos.

Imitando los gestos de la película, Lucía, Ave, Clara y yo nos marcamos los bailes de las diferentes canciones que suenan, al tiempo que las cantamos. Pam disfruta de lo lindo, da gusto verla coqueteando con Travolta, mientras ella imita a Olivia.

—Llega el turno de la Edad Media y del *Destino de caballero* —dice Dj Nando al sonar los primeros acordes de *We will rock you*,[\[18\]](#) de Queen.

El salón se viene arriba y, mientras la pareja correspondiente pisa el centro de la pista, el resto levantamos los brazos, aplaudimos y coreamos al ritmo de la canción. Las chicas y yo nos lo estamos pasando en grande; es increíble el buen ambiente que hay, la cantidad de gente dispuesta a pasarlo bien y la buena actitud de todos. Una juerga así era justo lo que necesitaba, después de todo lo que me ha pasado.

—¿He visto varios vampiros en la sala? —pregunta Dj Nando, y añade—: Os toca buscar presa...Vamos con *Crepúsculo*.

Más de diez vampiros salen a la pista, y dos de ellos reclaman a Lucía y a Ave, al comenzar la canción *Supermassive Black Hole*,[\[19\]](#) de Muse. Las dos se vuelven locas con sus guapos chupasangres, mientras que yo, sedienta de tanto bailar y saltar, me voy hacia mi mesa a darle un buen trago a mi copa.

Feliz al ver cómo se divierten mis amigas, miro hacia la barra en busca de John, y mi mundo se cae al suelo cuando veo a Fuentes disfrazado del fantasma de la ópera en el extremo del salón, solo y sin quitarme ojo.

«¿No ha tenido suficiente esta semana, que ahora tiene que perseguirme y vigilarme?», pienso totalmente enfadada, mientras vuelvo a la pista a decírselo a las chicas.

—¡No jodas que ha venido! —dice Clara mientras lo busca con la mirada.

—¡No mires, disimula un poco, hija mía! —la riño.

—¡Coño, qué bueno está el Cangrejito! —comenta Pam.

—¡Hala, otra igual! ¿Queréis hacer el favor de no ser tan descaradas? —mascullo.

—¿Y qué hace aquí? —pregunta Pam.

—Jugar al parchís... ¿qué va a hacer, Pam? —digo histérica levantando las palmas de las manos.

—Pues, ¿sabes qué te digo? —replica ella sin quitarle el ojo a Fuentes

—. Que le demuestres de qué raza estás hecha. Has venido a divertirte, así que... hazlo, y que él sea testigo.

—Estoy de acuerdo con Pam —comenta Clara—, que vea lo bien que te lo estás pasando; tú ya me entiendes.

Dispuesta a hacer lo que mis amigas me han dicho, me dirijo al centro de la pista en el instante en que por los altavoces se nombra la película *Tres metros sobre el cielo* y un chico alto vestido de motero busca con la mirada a su posible acompañante, al tiempo que suena *La tormenta de arena*,<sup>[20]</sup> de Dorian.

Sin esperar a que elija, me acerco hasta al joven y, tras regalarle mi mejor sonrisa, comienzo a contonearme delante de él. El chico, o más bien el pedazo de hombre, me coge de las caderas por detrás como hacía Mario Casas en la escena de la película. De reojo, veo cómo Fuentes me escudriña con la mirada y tensa la mandíbula. Sin duda, he conseguido llamar su atención, y el plan está saliendo a las mil maravillas.

Con la idea de hacerle sufrir por su mentira, y sin quitarme de la cabeza que, mientras él está aquí, su mujer y sus hijos están en Valencia, mis movimientos cada vez son más sensuales. El ambiente se caldea, y el motero, también. Apartando mi alto y rígido collarín, me abraza por detrás y me besa en el cuello. Mi yo más provocativo sale de su encierro y, sucumbiendo a su beso, cierro los ojos mientras me dejo llevar por la música y sus manos.

Al acabar la canción, el chico, que se llama Chema, me invita a tomarme algo con él, y acepto encantada. Con un leve movimiento de mano, me despido de las chicas, que siguen en la pista dándole todo al ritmo de *Eye of the tiger*,<sup>[21]</sup> de Survivor, tema central de *Rocky III*.

Durante un buen rato flirteo con Chema, apoyada en la barra, mientras tomo un mojito. Cada vez que me dice algo al oído, sonrío, pese a no enterarme de nada de lo que me cuenta. Mi cabeza está en la otra punta de la barra, donde se encuentra Fuentes observándome sin perder detalle. Consciente del efecto que estoy produciendo en él, en una de las ocasiones en que le respondo al motero, le toco el hombro con el brazo que me pilla más cerca del Cangrejo, para que no pierda detalle. Éste, con la peor de sus miradas, y más enojado que nunca, levanta su copa y, de un solo trago, se la bebe, antes de encaminarse hacia mí. Nerviosa como nunca, con un nudo en la garganta y la boca seca, doy un sorbo con la pajita a mi bebida, pero sin lograr amainar las sensaciones que me



invaden.

Pero, para mi sorpresa, veo que Fuentes se para en mitad del camino y comienza a hablar con John.

«¡Ah no, por ahí no paso! ¡Mi gente no se toca!», pienso enfadada al ver la escena. Disimulando mi enorme enojo, me despido lo más amablemente que puedo de Chema y me voy a la pista en busca de las chicas.

—¿Estáis viendo lo mismo que yo?! ¿Ahora intenta acercarse a mí utilizando a tu marido?! —exclamo, mirando a Clara.

—Es increíble, no tiene límites —responde la mujer de John, quien, junto con las demás, no deja de mirar hacia donde están.

—¡Lo que no tiene es vergüenza! —digo levantando la voz.

—Blanca, relájate —me recomienda Ave, y añade—: Vayamos al baño.

Ya en el aseo, suelto todos los insultos habidos y por haber dedicados a Fuentes. Las chicas me escuchan atentamente, mientras intentan sosegar me, pues no es bueno que nadie me vea en esas condiciones.

—¡Me embauca, me miente, me rebaja, me persigue... y ahora utiliza a mis amigos para acercarse a mí! ¡Esto es el colmo! —grito dando vueltas por el amplio lavabo de mujeres.

—Tienes que tranquilizarte, Blanca —me dice Pam.

—¿Que me tranquilice? ¿Sabes las ganas que tengo de salir ahí y decirle cuatro cosas bien dichas, para que todo el mundo se entere de qué tipo de persona es? —pregunto sin dejar de andar; necesito desahogarme.

—Lo sabemos, Blanca. Pero, por el amor de Dios, ¡piensa! Montar un espectáculo es lo último —me aconseja Clara.

—Clara tiene razón —añade Ave—. No es sitio ni momento para montar una escena, tú vales más que eso, nena.

—¿Y tú no dices nada? —increpo a Lucía.

—¿Yo? Mi opinión ya la sabéis todas —responde.

—¿Y cuál es, si puede saberse? —inquiero colocándome delante de ella.

—Que hay más peces en el río —contesta tranquila levantando un hombro.

—¡Tienes razón! ¡Ese mentiroso va a saber quién es Blanca Sánchez!

Y saliendo del baño a toda prisa, perseguida por mis anonadadas amigas, me dirijo hacia Chema, que sigue en el mismo lugar donde lo

había dejado, y, agarrándole la cara con ambas manos, «le planto un morreo que lo dejo tieso», como diría una amiga mía.

Fuentes, que en ese momento sigue apoyado en la barra utilizando a John, observa la escena. Con el puño cerrado hasta dejarse los nudillos blancos, me dedica una mirada asesina y se marcha sin ni siquiera despedirse del marido de mi amiga.

Disimulando con el pobre Chema, que cada vez está más engatusado y me coge por la cintura mientras me susurra algo al oído, pierdo de vista al crustáceo, que se mezcla entre la gente. Observada por las chicas, que están en la mesa sin perder detalle, mi cabeza comienza a dar vueltas y un sentimiento de culpabilidad empieza a apoderarse de mí.

En ese instante, Nando, el *disc-jockey*, anuncia la película *Moulin Rouge*, y los primeros acordes de *El tango de Roxanne*[\[22\]](#) retumban en la sala.

Sin escuchar lo que Chema me dice, de pronto veo que Fuentes viene decidido hacia mí, con su pantalón negro, su camisa blanca, su chaleco dorado, su pajarita negra, su perfecta capa también negra y su media máscara blanca. Sin mediar palabra, me agarra del brazo y, tirando de mí, me lleva hasta el centro de la pista. Todo el mundo ha salido de la zona de baile, el tango no es precisamente un baile fácil ni popular; y allí, en medio de la pista, y observados por todos, Fuentes comienza a bailar, mientras yo, en vano, intento soltarme de sus fuertes brazos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto entre dientes, siguiendo sus pasos al ritmo de la canción.

—¿Qué estás haciendo tú con ese tío?

—¿Contestando con otra pregunta, Cangrejo? ¡Suéltame! —exijo tirando fuerte de los brazos para lograr escaparme y alejarme de él.

—No lo haré, hasta que me escuches y me dejes explicarte. —Su fuerza es increíble, me tiene agarrada la mano con la suya, y atrapada con su otro brazo, sujetándome la espalda. Parece imposible huir de allí.

—Lo sé todo —digo levantando la pierna a través de la raja de mi falda; aún recuerdo las clases de baile que años atrás tomamos mis amigas y yo. Si había que bailar, se bailaba.

—Entonces, ¿qué problema hay?

—¿Que qué problema hay? Lo tuyo no tiene nombre, estás para que te encierren.

—¿Por hacer mi trabajo?

—¿Llamas trabajo a engañar y reírte de la gente? —pregunto cada vez más enojada. Las chicas, que me conocen, observan la escena echándose las manos a la cara.

—Lo último que quiero en esta vida es reírme de ti. No tuve más remedio que ocultar mi identidad.

—Claro, para que no se enterara tu mujercita. ¡Qué poca vergüenza tienes! Escúchame bien lo que te digo: por mi parte, esa mujer no va a llevar más cuernos, y lo que de verdad espero es que tus dos hijos, a los que también tienes engañados, no salgan como el mentiroso de su padre.

—Pero ¿de qué estás hablando? —pregunta asombrado, mientras seguimos bailando el tango.

—¡Basta, Eduardo! ¡Se acabaron las mentiras! Ten la decencia y lo que hay que tener para reconocer la verdad.

—¿La verdad? La verdad es que acabo de pedirle permiso a mi superior para contártelo todo y, como me conoce, y te conoce, me lo ha dado. —Mi cara de asombro le hace proseguir—. Blanca, no soy profesor, mi nombre es Eduardo Fuentes, y soy inspector de la Policía Secreta; mi jefe es John, el marido de Clara. —El tango suena y suena—. Fui destinado al instituto donde trabajas bajo una operación encubierta, de la que tan sólo el director, el señor Pérez, está informado. Nos pusimos en contacto con él y, aprovechando la baja de Pereira, me incorporé al personal docente, haciéndome pasar por uno de vosotros. —El tango sigue sonando y sonando, y nosotros bailamos al compás—. Mi misión es vigilar a Alberto. Sabíamos que su padre, Pedro Jiménez, alias El Chapas, iba a salir de la cárcel, y debíamos seguir todos sus pasos. Fue compañero de celda del mayor capo de droga que hay en la región, y esperamos encontrar, por medio de él, su centro de operaciones y su laboratorio. Por eso estaba enfadado aquella mañana en el instituto... los compañeros de la Unidad me informaron de que el día anterior, y pese a la advertencia que te hice, habías ido sola a casa de Alberto, y que El Chapas y su socio te vieron.

Asombrada como nunca en mi vida, sigo bailando y bailando, guiada en todo momento por Fuentes. No me puedo creer lo que estoy escuchando, mi mente da vueltas sin parar, intentando asimilar tanta información.

—¿Por eso sabías abrir cerraduras?

—Eso, y muchas cosas más —me contesta dándome un giro.

—¿Es a la Unidad donde ibas todas las tardes? —El tango sigue sonando y sonando.

—Exacto, y la llamada del restaurante fue de John; no podía arriesgarme a que reconocieras su voz, por eso me levanté. Y, pese a su orden, me quedé hasta el final, aunque de saber que ibas a hacer aquello con el plátano...

—Te lo mereciste —digo sonriendo por primera vez desde que comenzó el tango.

—Debes perdonar mi reacción en el puerto, estaba entre la espada y la pared, entre lo que debía y lo que quería hacer. Fue todo nuevo para mí.

—Me presentaste como una *amiga*, ¿recuerdas?

—No sólo quiero que seas mi amiga, Intimissimi, quiero que seas mucho más.

—Vaya, vuelvo a ser Intimissimi —me mofo.

—Siempre que yo vuelva a ser tu Cangrejo —me susurra más relajado, dedicándome su maravillosa media sonrisa, a la que tanto echaba de menos.

—Tengo que pensármelo —respondo fría. Estoy poniendo todo de mi parte por reprimirme y no lanzarme a devorar sus labios.

—Te propongo un trato —dice justo antes de acabar la canción—: Durante una semana seremos sólo amigos y compañeros de trabajo.

—Bueno, eso de compañeros... —digo torciendo el morro, haciéndole reír.

—John me ha asegurado que, conociéndote, sabrás guardar el secreto y disimular delante de los colegas del instituto. —Asiento con la cabeza, y él prosigue—. Blanca, escúchame, te doy una semana. Si decides aceptarme como soy, como Edu, baja a tu portal el sábado que viene a las diez de la noche, yo estaré esperándote allí. Si por el contrario decides quedarte sólo con Nacho, el compañero, y no bajar... por más que me pese, lo aceptaré.

—¿Sin mentiras? —pregunto justo antes de echarme hacia atrás en el último acorde de la canción.

—Sin mentiras —afirma.

Al acabar el largo y más interesante tango de mi vida, Fuentes me coge de la mano, me hace una reverencia y me la besa, justo antes de marcharse del salón. Y allí, en medio de la pista de baile, me quedo petrificada observando cómo el hombre que protagoniza mis

pensamientos se marcha tras haberme abierto su corazón, aun a riesgo de perder su trabajo. Estoy locamente enamorada de él, pero debo procesar todo lo que acaba de confesarme. La historia ha dado un giro, y mi corazón, que antes latía lento por las heridas recibidas en combate, vuelve ahora a hacerlo con fuerza, deseoso de ganar, por fin, una batalla.

La pista vuelve a llenarse de gente disfrazada, en cuanto los acordes de *You never can tell*,[\[23\]](#) de Chuck Berry, suenan. Las chicas vienen corriendo a sacarme de allí, mientras todos imitan el baile de *Pulp Fiction*.

De vuelta en el aseo, lugar predilecto de confesiones femeninas, pongo al tanto a las chicas de casi toda la verdad. Están ávidas de información, no perdieron detalle de nuestro baile y quieren saber, pero yo estoy limitada.

—Chicas, debéis confiar en mí. No puedo deciros de momento toda la verdad. ¿Podéis entenderlo?

—Yo sólo quiero saber una cosa... ¿está casado? —pregunta Ave.

—No.

—¿Y tiene hijos? —añade Pam.

—Tampoco. A ver, es un hombre soltero de treinta y nueve años, sin hijos, que trabaja en mi instituto, y hasta ahí puedo leer.

—Mira, nena —interviene Lucía—, por ti voy a respetar el no hacerte más preguntas, pero pienso que aquí hay gato encerrado. No te lo repetiré: la primera vez que alguien te miente, la culpa es suya; la segunda vez que te miente, es tuya.

—Lo sé, Lucía, y gracias por respetar mi decisión.

—Opino como ella —añade Ave—. Tú sabrás lo que haces... pero, decidas lo que decidas, estaremos aquí para apoyarte, como siempre hemos hecho.

—Eso por supuesto —comenta Pam, adelantándose a mis palabras.

—Blanca —me llama Clara—. Te conozco y sé que tienes que tener un gran motivo para ocultarnos algo. Confío en que sabrás elegir lo que mejor te convenga. Y, por supuesto, tienes todo nuestro apoyo.

—Gracias, chicas —susurro con un hilo de voz. Sin poder evitarlo, las lágrimas de la emoción contenida rebosan y se deslizan por mi cara,

mientras me fundo en un abrazo con todas ellas.

La fiesta siguió hasta altas horas de la madrugada.

Lucía consiguió ligar con el comandante, pues, si algo sabíamos de ella era que, donde ponía el ojo, usaba la fusta.

Pam, por su parte, tonteó con un oficial disfrazado de Tom Cruise en *Top Gun*, aunque no llegaron a más; ella no lo dijo, pero aquello nos confirmaba que sentía algo por su Armani.

Ave también triunfó: acabó la noche con un hombre disfrazado de guerrero; como ella misma nos dijo: «Esta noche recibo una estocada».

Clara y John se lo pasaron en grande, sobre todo al salir a bailar al centro de la pista la canción *I will follow him*.<sup>[24]</sup> Verlos a los dos al ritmo de la música de *Sister Act* fue todo un espectáculo.

Chema también ligó, lo vi flirteando con una hawaiana, y me alegré por él. Y por mí misma, pues verlo acompañado me hizo sentirme menos culpable.

Yo estuve bailando casi toda la noche con las chicas, y con varios muchachos que conocimos. Eran muy simpáticos, pero ninguno como el fantasma de la ópera.

En un momento dado de la noche, John me confesó que Fuentes le pidió a Nando que pusiera el tango, pese a que no se correspondía con su película. Me contó que él tenía familia en Argentina, y que, para él, aquella canción en concreto era muy especial. Durante un largo rato hablamos sobre el Cangrejo y lo mal que lo había pasado con la operación encubierta, llegando incluso a plantearse dejarla. Una tarde, según John, Fuentes fue a su despacho para solicitar que lo trasladaran a otro caso, a lo que el marido de mi amiga se negó. Yo escuchaba atónita todo lo que me contaba; desconocía hasta qué punto le gustaba a mi crustáceo favorito.

—¿Tú sabías entonces, cuando comí en tu casa, que había ido a ver a Alberto? —pregunté recordando la conversación que mantuvimos

—Sí lo sabía, pero no puedo decirte nada respecto a eso, la operación es secreta, y así debe seguir —respondió dando un trago a su cubata.

—Lo entiendo perfectamente.

—Blanca, Fuentes ha estado a punto de poner en riesgo su trabajo y el de toda la Unidad, sólo por ti. Esta semana nos lo ha hecho pasar muy mal

a todos con el humor de perros que traía a la oficina. Pero no te digo esto para que te sientas culpable, al contrario, te lo digo para que sepas que está loco por ti, como nunca lo había visto antes por nadie.

—No sé si puedo fiarme de él, me ha engañado y...

—¿Fiarte? —preguntó levantando las cejas, y añadió—: Blanca, una de mis funciones es seleccionar al equipo del que me voy a rodear, y te aseguro que todos son leales. Fuentes se antepondría a mí para salvarme de un balazo, ese chico daría la vida por mí o por cualquiera de sus compañeros.

La conversación fue interrumpida por Clara, quien, sentándose en su regazo, le dio un dulce beso en los labios y se lo llevó a rastras a la pista de baile.

Durante un buen rato me quedé sola en la mesa, pensando en todo lo que John me había contado. Pero aquel no era momento ni lugar para tomar una decisión, aún tenía una semana por delante para elegir entre Nacho o Edu. Así que, optando por exprimir al máximo aquella maravillosa e increíble fiesta, me dirigí a la pista y bailé con mis amigos, hasta agotarnos.



La semana pasó volando. Mis encuentros con Fuentes en el instituto fueron meramente profesionales. Como él me había dicho, me concedió siete días para decidir si aceptaba o no su trabajo y su forma de vida. Pero no resultó fácil. El muy bandido se presentaba en el centro impecablemente vestido, buscaba mil y una excusas para poder hablar conmigo y, cuando lo hacía, encontraba la forma de rozarme o acariciarme sin que nadie se percatase de ello. Se esmeró lo suficiente como para desequilibrar la balanza a su favor.

En todo momento respetó su proposición, y no me presionó para que le diera una respuesta, lo que no debió de ser sencillo para él. Aunque tampoco lo fue para mí. Cuando pensaba en que me había mentido, opté por pasar página y continuar mi vida sin él, hasta que supe la verdad. Aquel tango cambió mi concepto de él: no me había mentido, cumplía con su trabajo, y se protegía a sí mismo y a sus compañeros.

A las chicas no podía explicarles nada, era consciente de ello. Pero en mitad de semana Clara me confesó que John le había contado toda la verdad; habían descubierto el laboratorio, y la operación estaba a punto de finalizar. Tan sólo era cuestión de días llevar a cabo la redada y las concernientes detenciones.

Esto provocó un cúmulo de contradictorios sentimientos en mí. Por un lado, me sentía aliviada de que el padre de Alberto fuese detenido, eso le permitiría al chico poder estudiar y labrarse un futuro. Pero, por otro lado, suponía el final de la misión, y dejaría de ver a Fuentes a diario.

Gracias también a la confesión de John, pude hablar abiertamente con Clara y contarle cómo me sentía realmente. Poder tener a alguien con quien hacerlo fue muy importante para mí. Como también lo fue escuchar de su propia boca sus consejos acerca de cómo era la vida junto a un policía secreta. Debido a su trabajo, existían muchas conversaciones

fantasma, conversaciones que no podían llevarse a cabo abiertamente debido a la confidencialidad de sus misiones. El compañero o la compañera sentimental de este tipo de personas debía ser paciente, respetuoso y muy muy prudente.

Escuchando a mi amiga, me di cuenta de que no tuvo que ser nada fácil para ella vivir tantos años al lado de una persona con tantísimos secretos y misterios. Pero, como ella bien me dijo, «el amor puede con eso, y con más».

El viernes por la mañana, y a falta de tan sólo un día para tomar mi decisión, me baja la regla. Si no tenía bastante con darle horas extras a mi cerebro con la proposición de mi Cangrejo, ahora me entretengo pensando en lo que pudo haber sido y no fue. Quizá era lo mejor que me podía pasar en ese momento, pero no puedo negar que, en cierto modo, me da pena no llevar en mis entrañas un minicrustáceo *aplastamorcillitas*. «Si alguien se entera de cómo lo llamo, me mata», pienso echándome a reír mientras acaricio mi diminuta barriguita.

A mediodía, como cada viernes, me reúno con las chicas para comer en el restaurante de costumbre.

Ave está radiante de felicidad. Nos cuenta que ha esperado a que llegase este día para contarnos en persona que se estaba viendo con el guerrero que conoció en la fiesta. El hombre, cirujano plástico de profesión, está divorciado como ella. Entre plato y plato, nos confiesa que no sólo se está enamorando de él, sino también de su «maravillosa estocada», como ella misma la define. Su comentario nos hace reír a todas, llamando la atención de los allí presentes, para variar.

Pam también nos confirma, por fin, que su relación con su Armani se está afianzando cada día más, hasta el punto de que ya incluso *verticalizan* la amistad.

Lucía se marchará en unos días a París en busca de nuevos artistas. Está un poco extraña. Pese a que apenas permanecerá un par de semanas en la ciudad del amor, su rostro nos refleja que hay algo más. Como buenamente podemos, a la hora de los postres, conseguimos averiguar lo que verdaderamente le ocurre. Lucía nos revela que ha tenido una larga charla con el que hasta ahora era su Lobo, y que su relación ha finalizado para siempre. Él le confesó que se había enamorado de otra mujer, a la

que había conocido hacía poco tiempo. Para ella, es el final de una etapa que ha durado más de la cuenta. Como es de esperar, todas la apoyamos incondicionalmente.

Al día siguiente me despierto cerca del mediodía con unas ojeras que me llegan al suelo; apenas he dormido, y mi querido rostro quiere dejar muestras de ello al mundo. Conseguí conciliar el sueño cuando ya estaba amaneciendo, tras pasar la noche en vela viendo películas en el salón.

A media tarde, y sin haber tomado una decisión en concreto, decido llamar a mi madre. Sin contarle más de lo estrictamente necesario, le confieso la tesitura en la que me encuentro, esperando que ella, con su sabiduría, pueda darme la luz que tanto necesito.

—¿Piensas en él a cada rato? —pregunta en un momento dado de la conversación.

—Sí, mamá.

—¿Lo deseas?

—Mucho —respondo con sinceridad. Entre mi madre y yo siempre ha habido una relación especial, que me permite poder ser natural y franca.

—Pues entonces sólo me queda proponerte que te hagas la consulta más dura, pero eficaz, que hay para estos casos.

—¿Cuál es? —inquiero dispuesta a todo.

—Que te preguntes a ti misma qué pasaría si a él le ocurriese algo y no tuvieras la oportunidad de poder verlo una vez más.

—Pero, mamá, ¿cómo se te ocurren esas cosas? ¿Estás loca?

—No, hija, yo no. El amor es el loco, nosotros somos sus meros títeres. Pero de ti depende que sepas mover los hilos. Blanca, cariño, ¿por qué no te das permiso para vivir la vida de tus sueños?

Durante unos segundos me quedo pensativa y, una vez entendido lo que mi madre me ha querido decir, le susurro:

—Gracias, mamá. Eres increíble. Te quiero.

—Y yo a ti, preciosa, y yo a ti.

Tras la conversación con mi progenitora, me dirijo al baño, dispuesta a darme una ducha. Debo asearme y elegir un bonito modelo. Tengo una cita a las diez.

Tan sólo quedan dos horas para mi cita, y aún no sé qué ponerme. Puede parecer mucho tiempo, pero, cuando tienes los nervios a flor de piel, como es mi caso, nada de lo que hay en el armario me parece adecuado. Durante un buen rato, saco y saco perchas en las que cuelgan diferentes prendas, sin lograr decantarme por ninguna.

Aunque estamos a principios de noviembre, y hace frío, ¿Fuentes vendrá en moto o en coche? Más nerviosa todavía si cabe de lo que ya estaba, cojo mi móvil con la esperanza de que John me saque de dudas. Pero, para mi pesar, salta el buzón de voz. «¡Cómo odio estos cacharros!», pienso mientras presiono el botón de finalizar la llamada.

Para relajarme, me voy al baño a terminar de maquillarme al tiempo que enciendo mi iPad; un poco de música es justo lo que necesito para pensar con claridad.

Mientras me aplico el rímel negro acompañada de Gary Moore, con su tema *Still got the blues*,[\[25\]](#) lo veo claro: ¡Él va a venir como Eduardo, y yo debo hacerlo como Blanca!

Así que, tras el último retoque rojo a mis labios y un rápido cepillado a mi pelo suelto, me voy al cuarto en busca de mi conjunto negro de encaje de Intimissimi, mis vaqueros negros ajustados, mi camisa entallada blanca y mi negra chupa de cuero.

Nerviosa, extasiada, emocionada y terriblemente enamorada, bajo a las diez en punto al portal de mi edificio, al encuentro de Fuentes.

Al llegar, compruebo que, tras los cristales, mi Cangrejo me espera inquieto a unos metros.

Con el corazón en un puño, abro la puerta y él, al verme, da un considerable suspiro. Tras tres pasos agigantados llega hasta mí y, agarrándome la cara con ambas manos, me besa con ardor. Nuestros labios se devoran al tiempo que nuestras lenguas danzan al ritmo de la

pasión.

Ya más calmados, Fuentes me atrapa entre sus fuertes brazos y, desde su altura, me mira fijamente a los ojos y me dice:

—Hola, soy Eduardo Fuentes, alias Cangrejo. ¿Quieres salir conmigo?

La pregunta me hace reír. Hacía años que no oía esa frase, tan de los años ochenta. Y, con toda la inmensa alegría que siento en ese instante, le respondo:

—Sí, quiero.

Después de devorarnos en el portal de mi edificio, y de llamar la atención de los viandantes que, perplejos, nos observan, Fuentes me lleva hasta su coche y con galantería me abre la puerta del copiloto.

—¿Adónde vamos? —pregunto una vez se sienta y arranca el motor del Citroën DS4 blanco metalizado.

—A desvelar misterios.

Su respuesta me emociona, no sólo por la intriga que acababa de despertar en mí, sino también por la seguridad con que lo ha dicho mientras gira el volante con una mano para salir del estacionamiento.

—¿Nerviosa? —inquire al tiempo que me pone una mano encima de la pierna.

—No, qué va. Hecha un flan, nada más.

—Ja, ja, ja, ja. —Se ríe a carcajadas mientras conduce por las abarrotadas calles.

Al cabo de varias manzanas, llegamos a una zona nueva de la ciudad. Había oído hablar de este barrio, pero aún no había tenido la oportunidad de visitarlo. Un enorme parque con frondosos árboles, zonas infantiles y un pequeño lago, con su correspondiente puente de madera, es el epicentro. A su alrededor, numerosos edificios de nueva construcción lo enmarcan. Es una zona tranquila y, como me habían contado, parece un lugar idílico para vivir.

Fuentes saca un mando, y con él abre la puerta del garaje de uno de los modernos edificios.

—¿Vives en este barrio? —pregunto asombrada.

—Así es.

—Primer misterio desvelado.

—Pues aún no has visto nada, Intimissimi.

Una sonrisa picarona sale de mi rostro. Voy a conocer la guarida de

mi Cangrejo, y eso me inquieta y me gusta al mismo tiempo.

Abrazados, cogemos el ascensor tras aparcar el coche, y observo cómo Fuentes introduce una llave en el panel de éste y pulsa el botón del último piso, el séptimo.

—Otro misterio desvelado: no tienes miedo a las alturas.

Edu sonrío por mi comentario y, sin dudarlo, se vuelve hacia mí, me agarra de la cintura y me empotra contra la pared del ascensor.

—Siempre he querido hacer esto —susurra justo antes de comenzar a besarme. En ese instante no puedo evitar acordarme de diversas escenas que he visto en películas y, al igual que él, me dejo llevar por el momento.

Tal como el ascensor sube por las diferentes plantas, nuestro deseo aumenta con el danzar de nuestras lenguas. Sus besos saben a puro desenfreno, sus manos me agarran y me aprietan con pasión. El instante es morboso. Y, cuando más extasiada estoy y más lo deseo, el timbre que anuncia el final del destino nos corta el momento. «Qué rápidos son estos bichos modernos», pienso mientras me recompongo para salir del ascensor.

Conducida por él, llegamos ante la puerta del A, e impactada me quedo al entrar y ver el apartamento. Es un ático precioso, de líneas modernas, en tonos negro y blanco.

—Bienvenida a mi guarida —dice sonriéndome y, tras cerrar la puerta, añade—: Ponte cómoda mientras ultimó la cena.

—¿También eres cocinillas?

—Algo me defiando.

Intrigada, observo con detenimiento el piso. Al igual que el mío, la cocina y el salón están divididos por una isla. Una *chaise longue* bicolor preside el comedor, junto con una mesa redonda y cuatro sillas negras. Frente al moderno sofá, un mueble minimalista rodea una enorme pantalla de televisión. Es curioso el gusto por las grandes pulgadas que tienen los hombres, algo en lo que casi todos coinciden. «Será para su *novia*, la consola», pienso y sonrío al acordarme del jocoso comentario de Lucía.

—¿Una copa de vino?

—Claro. —Le sonrío al coger la copa que me ofrece.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta risueño, abrazándome con el brazo que le queda libre.

—Me gusta hasta lo que no veo —le respondo picarona. Y, al ver la maravillosa media sonrisa que me dedica, añado—: Es un piso fantástico,

y decorado con gusto.

—Pensaba que te había quedado claro que tengo buen gusto —susurra acercándose más a mí y, sin dejar de mirarme, me planta un sonoro beso en los labios, antes de dirigirse de nuevo a la cocina.

«¡Cuánto me gusta este hombre, por Dios!»

De vuelta a mi quehacer de investigación desveladora de misterios crustáceos, mi vista se recrea ahora en la estantería que hay junto a la tele. Algo brillante llama mi atención, y me sorprende al comprobar que se trata de la moto que le compré en el puerto, y que él se autorregaló. Curiosa por saber su respuesta, me dirijo hacia la cocina y, al otro lado de la isla, le interrogo:

—¿Puedes decirme una cosa?

—Dispara.

—¿Por qué te llevaste la moto y dejaste la bolsa en mi puerta?

Mi pregunta hace que deje de cortar lo que está troceando y levante la cabeza para mirarme.

—Cuando te metiste en tu portal, esperé durante más de una hora a que aparecieras. Estuve reflexionando sobre qué hacer con aquella bolsa. Finalmente opté por dártela allí, no quería que nadie me viera en el instituto con ella. Aguardé hasta que un vecino abriese el portón, y entré tras él. Al llegar frente a tu piso, con los nudillos, llamé a tu puerta, pero no me abriste. Así que, enfadado contigo y conmigo mismo por no haber sabido hacerlo mejor aquella mañana, cogí la moto y me marché.

—¿Llamaste a mi puerta? No te oí.

—Pensé que no querías abrirme, aunque no te culpé por ello. Me comporté como un imbécil.

—Pues ahora que lo dices... —Estoy a punto de terminar la frase dándole la razón, pero su explicación ha sido más que convincente, y totalmente contraria a lo que pensaba que había pasado ese día. De modo que, dispuesta a no estropear la velada, opto por sacar a la luz nuevamente mi parte picarona y, acercándome sensualmente hacia él, añado—:... los imbéciles tienen su punto.

Gozoso por mi comentario, Fuentes suelta el cuchillo y se abalanza literalmente sobre mí para atraparme la cara y besarme, con tan mala fortuna que vuelca mi copa sobre mi impoluta camisa blanca.

—¡Ostras, lo siento! —dice echándose a reír al ver la enorme mancha de vino sobre mi pecho derecho.

—¡Corre, saca vino blanco!  
—¿Quieres mancharte la otra teta?  
—¡No seas iluso, date prisa! —le ordeno mientras me quito la camisa—. Necesito vino blanco y un paño limpio.

Durante un rato nos quedamos trasteando en la cocina. Él acaba la cena entretanto yo aplico el vino sobre la mancha, conforme me había enseñado mi madre. El viejo truco consiste en ir empapando la mancha con el vino blanco, para después aplicarle una mezcla de agua y bicarbonato.

También tengo sucios los vaqueros, pues la copa ha volcado entera, y allí estoy yo, en ropa interior, haciendo de lavandera en lo que parecía que iba a ser una cita romántica.

—Te ofrecería algo para ponerte encima de eso que llevas, pero, si te soy sincero, no me apetece andar hasta mi cuarto.

—Pero ¡qué morro tienes! —le riño cariñosamente al ver cómo me observa con mi conjunto de encaje negro compuesto por sujetador y *culotte*.

—Anda, ve a mi cuarto y ponte lo que quieras mientras yo acabo esto y pongo la mesa. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto —susurro antes de darle un beso y marcharme hacia su dormitorio.

Cuando salgo al cabo de un rato con una camiseta de Led Zeppelin a modo de minivestido, Fuentes se queda paralizado al verme.

—¡Guau!

Mi parte coqueta se viene arriba y, de manera provocativa, me acerco hasta él y le planto un dulce beso antes de susurrarle:

—Tengo hambre.

Durante la cena hablamos de todo lo que ha sucedido. Edu me cuenta lo mismo que me había narrado John en el baile acerca de sus sentimientos hacia mí. Por mi parte, yo también me sincero con él, y le comento lo mucho que me afectó el malentendido.

—No te prometo nada —dice cogiéndome la mano por encima de la mesa en un momento de confesiones varias—, tan sólo que, hoy por hoy, yo soy tuyo, y tú eres mía.

Sus palabras acaban de convertirme en la mujer más feliz del mundo o, por lo menos, todos mis yos internos así lo sienten, y mi mirada de irremediabilmente enamorada así lo corrobora.



—Ven, te he preparado algo.

—¿Más cena? No, por favor, estoy llena con la pasta y los profiteroles.

—Quiero presentarte a alguien —me invita ofreciéndome la mano para levantarme.

—No puedo ir a ningún sitio con esta pinta; ¿se te ha subido el vino a la cabeza?

Mi comentario le hace reír y, guiada por él, me lleva hasta el sofá y me sienta a su lado. En absoluto silencio, Fuentes coge un mando y, tras pulsar un botón, la música de *Somewhere over the Rainbow*[\[26\]](#) comienza a sonar al tiempo que se enciende el televisor.

No puedo creer lo que están viendo mis ojos: un texto enorme con letras rosas sobre fondo negro surge en la pantalla:

*Blanca, te presento a Eduardo Fuentes, alias Cangrejo.*

De pronto una foto de un precioso bebé en brazos de su madre aparece y se centra tras las letras.

Perpleja, miro a Edu por lo que acaba de ponerme, a lo que él me responde con una amplia y hermosa sonrisa. Me ha preparado un vídeo de presentación acerca de su vida para que lo conozca.

Emocionada y a punto de soltar una lágrima, observo cómo se muestra la siguiente fotografía, esta vez de un niño montado en un triciclo; debe de tener unos dos años. Si de adulto es guapo, de pequeño estaba para comérselo.

Con la tercera imagen no puedo evitar echarme a reír. Fuentes está en la playa frente a un castillo de arena, con cara de puchero mirando al pie que le acaba de pisar una de las torres.

—Hay que ver qué dañinos son los pisotones.

—Sabía que esa foto te traería recuerdos —comenta orgulloso.

La música sigue sonando al tiempo que aparece una foto de él junto a sus compañeros de clase en unos carnavales. En esa imagen tendrá unos ocho años, y el disfraz de vampiro le sienta muy bien.

En la siguiente ya es mozo y, acompañado por sus padres, posa en la puerta de una tienda de campaña, rodeados de verde naturaleza.

—Voy un momento al baño, tú sigue viendo el vídeo —se excusa antes de marcharse. Yo asiento con la cabeza y sigo ensimismada mirando

la pantalla.

Y esta vez no es para menos. En la siguiente foto, Edu ya es todo un hombre y, vestido de uniforme, aparece sonriendo el día de su graduación en la Academia. «Pero cómo está el Cangrejo, por Dios», no puedo evitar pensar al verlo.

Ese pensamiento me dura hasta la siguiente fotografía, en la que un motero vestido de negro y unas botas inconfundibles posa sobre su querida BMW, junto a varios colegas.

La última foto de la presentación es una en la que aparece acompañado de varios hombres, entre los que logro distinguir a John. Una orgullosa sonrisa sale de mi cara.

Cuando la imagen se desvanece, y ya pienso que el vídeo termina, una frase surge de nuevo.

*Tengo un regalo para ti. ¿Serás capaz de completar el juego?  
Sigue las pistas que te llevarán hasta él.  
Un regalo es para siempre. Y más cuando es una pasión.*

Sorprendida por lo que esas palabras quieren decir, miro a mi alrededor en busca de Edu, pero ni rastro de él. ¿Me acaba de retar? «Éste no sabe quién soy yo», pienso mientras me dispongo a completar el juego y ganarme mi trofeo.

Preparada e intrigada, vuelvo a mirar la pantalla para releer el mensaje. «Regalo... pasión.» Instintivamente me levanto y me acerco a la estantería donde momentos antes he visto la moto que le compré. Curiosa, la cojo y me complazco al hallar un papel doblado escondido bajo la miniatura. Intrigada y jocosa, dejo la figura en su sitio y con cuidado despliego el papelito. ¡Es otra pista!

*Así me gusta, chica lista. Ya sabes que me gustan las motos,  
pero ¿conoces todas mis pasiones, Intimissimi?*

El juego se está poniendo interesante. Debo averiguar la siguiente pista, pero no va a ser fácil. «Piensa Blanca, piensa», me animo a mí misma para dar con la respuesta.

«A ver, le apasionan las motos, su trabajo... ¡el vino!» Corriendo, me dirijo a la cocina, pero no encuentro nada en el botellero.

«Piensa muchacha... ¡La música!...» De vuelta en el salón, busco en su minicadena, pero sin hallar rastro alguno del papelito.

Esta vez me lo está poniendo difícil, así que vuelvo a mirar la nota. «Pasión... Intimissimi.» ¡Lo tengo! Como una flecha, me voy al baño. No sé dónde está él, pero debe de estar disfrutando de lo lindo viéndome buscar por todo el apartamento.

Junto al lavabo encuentro un jabonero con pastillas decorativas de diferentes formas, entre las cuales hay un cangrejo. ¡Bingo! Bajo todos aquellos aromáticos jabones, hay una nota.

*Si has llegado hasta aquí, es que no me equivoqué contigo, ya te dije que las tontas no me iban nada. Has completado el juego. Ven a recoger tu merecido premio.*

Feliz por lo divertido que ha sido todo, salgo del baño embriagada por una triple sensación de orgullo, triunfo y deseo.

Sin dudarlo, me dirijo hacia su dormitorio. Enciendo la luz y me entusiasmo al ver sobre la cama un precioso estuche forrado en terciopelo negro azabache. Curiosa, lo abro y me sorprendo al ver en él una cadena de oro blanco con un pequeño colgante con forma de cangrejo, adornado con diminutas circonitas. Embobada, lo cojo con ambas manos, cuando de pronto Fuentes, que se presenta tras de mí, lo agarra con cuidado y me lo coloca en el cuello.

—Te debía un regalo —susurra al darme la vuelta para mirarlo y dejarme abrazar por él.

—Es... precioso —respondo acariciando el colgante.

—Y desde luego te lo has merecido, eres toda una detective, tendré que andarme con ojo.

—¿Por si te quito el puesto? —pregunto risueña.

—Nooo... —contesta riendo, y añade—: Porque me has demostrado que me conoces más de lo que yo creía. No pensé que llegaras hasta el final.

—¿Dudando de mí, Cangrejo?

—De ti, no, de tus conocimientos.

—Todavía no te conozco todo lo que quisiera —me sincero.

—Blanca, para saber más sobre mí sólo debes buscar dentro de ti.

Encantada por sus palabras, me acerco a él y lo beso con ternura. En

respuesta a mi dulce beso, él me abraza con más fuerza. No hay nada en el mundo que desee más que a él, tenerlo así, como está ahora, junto a mí, rodeándome con sus brazos y besándome con pasión. Si se trata de buscar dentro de mí, lo que hay es verdadero sentimiento hacia él; lo quiero, quiero a este hombre que tantas cosas me hace sentir.

Nuestros besos son cada vez más intensos, y lo que ha comenzado como un simple beso se está convirtiendo en auténtica pasión. Nuestros latidos se hacen notar en el silencio, creando su propia partitura.

Por un momento, Fuentes deja de besarme para despojarme de su prestada y rockera camiseta. Con delicadeza, continúa desvistiéndose él, hasta quedar ambos en ropa interior uno frente al otro, mirándonos con auténtica ternura. Lentamente veo cómo observa mi frente, mis pómulos, mi pequeña nariz, y de nuevo mis ojos, alternando la mirada de uno a otro, hasta que finalmente su vista se centra en mi boca, que hace presa con sus labios y atrapa sin pudor. Sus besos saben a un dulce elixir; el elixir de los dioses convertido y transformado en puro deseo.

Tras girarme de espaldas a él, y sentir cómo apaga la luz, me abraza por detrás y, besándome en el cuello, me balancea, haciendo que ambos comencemos a bailar, al ritmo de una insonora y mágica canción: la de nuestros sentimientos y emociones.

Mientras nos contoneamos, me susurra al oído:

—Aún no puedo creerme que estés aquí conmigo.

Sucumbiendo a sus tiernas palabras, me vuelvo y, agarrándole la cara con ambas manos, le dedico una mirada de verdadero amor, al tiempo que con los pulgares acaricio sus hermosas mejillas.

Comprendiendo mi lenguaje no verbal, Fuentes se despoja de sus calzoncillos, y yo hago lo propio con mi conjunto de encaje. Sin dejar de mirarnos a los ojos, y en absoluto silencio, nuestros cuerpos desnudos vuelven a encontrarse, iluminados por las luces que los grandes ventanales de su dormitorio dejan pasar, provenientes de la ciudad, que, muda, es testigo de nuestro romántico encuentro.

De pronto, Edu me abraza y me levanta unos palmos del suelo. En respuesta a su gesto, y llevada por el deseo que siento por él, rodeo su cadera con mis piernas mientras me agarro a su fornido cuello. A horcadas como en nuestro primer encuentro, me porta hasta la cama, dejándome caer sobre ella con cuidado. Atrapada entre una suave manta y el cuerpo de Fuentes, le indico con la mirada que, como bien él mismo ha

dicho, soy toda suya.

Mientras me aparta el pelo de la cara con un tierno gesto, y volviendo a clavar sus bellos ojos en los míos, con tono grave me susurra:

—Te de... se... o.

Y allí, sobre su cama, en su guarida más privada, Fuentes y yo hacemos el amor por primera vez. Sus tiernas caricias, sus bellas palabras y sus innumerables besos me hacen sentir la mujer más deseada del mundo. Me gusta, le gusto, y estamos juntos. Mi felicidad es, en este momento, totalmente completa.

## Epílogo

El domingo cité a las chicas en nuestra cafetería de costumbre para presentárselo... incluso a Joan, nuestro camarero favorito, al que casi tuve que sujetar para que no se lanzara sobre él, pues no dejó de acercarse a nuestra mesa en toda la tarde para preguntarnos si queríamos algo más. Las chicas y yo nos reíamos al verlo aparecer con sus habituales movimientos de cadera, puesto que sabíamos que lo hacía por mirarlo una y otra vez.

Al cabo de dos semanas, el padre de Alberto y toda su banda fueron detenidos. Edu me contó, con los pocos detalles que podía facilitarme, cómo los pillaron in fraganti en la nave donde tenían el laboratorio. Emocionada, escuchaba su relato al tiempo que me excitaba; imaginarlo en plena acción me calentaba más de lo esperado. ¿Sería algo extraño?

Un día, acompañando a Clara a hacerse una ecografía, se lo conté y ella, echándose a reír, me dijo que era algo totalmente normal. Me confesó que a ella también le ocurría, que el peligro y el deseo, con este tipo de hombres, van de la mano.

Al acabar la consulta, el ginecólogo le confirmó a mi amiga que esperaba una niña. Emocionadas, ambas reíamos y llorábamos al mismo tiempo cogidas de las manos. John no había podido acudir esa tarde, y yo me había ofrecido a acompañarla.

Esa misma noche nos reunimos todos en casa de los futuros papás para celebrarlo.

Edu y yo fuimos los primeros en llegar, con un pequeño detallito para el bebé. Mientras esperábamos al resto de las chicas, los cuatro charlábamos en el salón acerca de la habitación que le estaban preparando a la pequeña. El momento y la familiaridad entre mi Cangrejo y el marido de mi amiga era, sin duda, otra imagen para guardar en mi archivo.

Para mi sorpresa, aunque no para la anfitriona de la casa, Ave llegó

de la mano de su guerrero, al que no tardó en presentarnos como el doctor Rodrigo Morales. Era un hombre alto, rubio como ella, y de muy buena presencia. Más tarde pudimos comprobar que era muy simpático, y una muy buena opción para Ave.

Lucía llegó tras Ave y, al igual que ésta, se presentó con una botella de champán en la mano. Más contenta de lo habitual, posteriormente durante la cena nos relató lo ilusionada que estaba por su reciente viaje a París, donde había conocido a un extraordinario pintor, quien, según ella, daría más prestigio a su galería, motivo por el que había adelantado su vuelta antes de lo previsto. Con todo preparado sobre la mesa, y para no perder las viejas costumbres, Pam tocaba el timbre veinte minutos más tarde de la hora a la que estábamos citados. Ella, al igual que Ave, vino acompañada por su Armani, al que nos presentó con una sonrisa de oreja a oreja. El hombre, de nombre Jaime, era un apuesto empresario, moreno, alto y con barba, tal y como a ella le gustaban.

Tras el plato principal, y justo antes del postre, entre murmullos femeninos en la cocina, nos confesó que él le había pedido que lo acompañara a conocer a su familia, a lo que ella había aceptado encantada.

La velada fue estupenda, con risas, comentarios picantes y brindis por parte de los anfitriones.

De vuelta a casa, mientras mi Cangrejo y yo rememorábamos la maravillosa cena en casa de Clara, recordé lo que Pam nos había dicho en la cocina. Mis padres ya sabían lo mío con Edu y, aunque ellos no me habían presionado para conocerlo, yo quería presentárselo. Así que, al parar frente al portal de mi casa, me armé de valor y se lo pregunté.

—¿Por qué no iba a querer conocerlos? —dijo extrañado.

—Porque sé que es dar un gran paso en nuestra relación, y no sabía si tú...

—Blanca. —Me cortó la frase para añadir—: Ya te dije que no podía prometerte nada, no soy hombre de fastuosas bodas ni nada por el estilo. Nos estamos conociendo, y conocer a las personas que más quieres es conocerte más a ti. Iremos cuando tú quieras.

Orgullosa de sus preciosas palabras, le agarré la cara con una mano y le di un tierno beso en los labios, antes de susurrarle de forma extremadamente sensual:

—Pues, si tan interesado estás en conocerme, sube conmigo a mi casa... y verás cómo soy cuando escucho cierta canción de AC DC.

Cuando acabé la frase, recorrí con mi lengua mi labio superior de un lado a otro y, al llegar a la comisura, la escondí, para dejar que mis dientes mordiesen parte de mi labio inferior. Él, al ver el gesto que tanto le gustaba, y al recordar nuestra conversación en el gimnasio la noche que estuvimos encerrados, con su media sonrisa y su azulada mirada picarona, me soltó:

—¡Sal del coche, Intimissimi! Que vas a conocer las pinzas que tiene este Cangrejo.

Hoy por hoy, Edu y yo somos novios. Si habrá o no boda, eso está aún por venir. Lo que sí sé es que la vida hay que vivirla lo más intensamente posible. Una actitud positiva y querernos a nosotros mismos es lo más importante y la mejor fórmula para que nos quieran.

Las mujeres somos enamoradizas, ¿y qué? No todo el mundo tiene la capacidad de amar, y tenerla es, sin duda, una bendición.

Amar a los demás y a uno mismo es la mayor de las virtudes. ¿O acaso no se es feliz cuando se reúnen estos dos factores?



## Biografía



García de Saura es el nombre artístico de Carmen María García, artista plástica de profesión que, tras varios años de intentos, consiguió escribir su primera novela en la primavera de 2015. Natural de Molina de Segura (Murcia), cursó sus estudios de Bachiller y COU en la rama de letras puras. Posteriormente se graduó en Técnico Especialista en Administración. Tras el nacimiento de su hijo, le surgió la vocación por la pintura, donde con el paso de los años, ha pintado más de cuatrocientas obras y ha expuesto en más de dieciocho ocasiones, tanto de forma colectiva como individual. Algunas de sus obras se encuentran en ciudades como Barcelona, Londres o Buenos Aires. Su interés por avanzar y aprender la llevó también a asistir a cursos de informática, bisutería y tatuajes.

Facebook: GARCÍA DE SAURA

Twitter: @GarciadeSaura

## Notas

[1]. *Color of my lips*, Promotional Track, interpretada por Omi. (*N. de la e.*)

[2]. *Single Ladies*, Music World Music/Columbia, interpretada por Beyoncé. (N. de la e.)

[3]. *They don't care about us*, Epic, interpretada por Michael Jackson. (*N. de la e.*)

[4]. *Faith*, Sony Music Entertainment, interpretada por George Michael. (N. de la e.)

[5]. *I got you (I feel good)*, (C) 2008 Universal Records, a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por James Brown. (*N. de la e.*)

[6]. *Ím an Albatraoz*, Aron Ekberg, interpretada por AronChupa. (N. de la e.)

[7]. Satisfaction (I can't get now), (C) 2004 ABKCO Music & Records Inc., interpretada por The Rolling Stones. (*N. de la e.*)



[8]. *I want to break free*, (C) 1992 Hollywood Records, Inc., interpretada por Queen. (*N. de la e.*)

[9]. *Whole lotta love*, (C) 1969 Atlantic Recording Corporation, a Warner Music Group Company, interpretada por Led Zeppelin. (N. de la e.)

[10]. *The Jack*, Sony Epic, interpretada por AC DC. (N. de la e.)

[\[11\]](#). *Baby I'm a fool*, (C) 2008 Universal Classics & Jazz, interpretada por Melody Gardot. (N. de la e.)

[12]. *Una espina*, RCA Records Label, interpretada por Antonio Flores. (N. de la e.)

[13]. *Vogue*, 2009 Warner Bros. Records Inc. for the U.S. and WEA International Inc. for the world outside the U.S, interpretada por Madonna. (*N. de la e.*)

[\[14\]](#). *Rock and Roll Part II*, (C) 2011 Snapper Music, interpretada por Gary Glitter. (*N. de la e.*)

[15]. *Twist and shout*, 2014 The Best & Greatest Beatles Covers, interpretada por The Beatles. (N. de la e.)



[\[16\]](#). *Do you love me*, (C) 2014 Hoodoo Records, interpretada por The Contours. (*N. de la e.*)

[17]. *The Grease Mega-Mix*, (C) 2005 Universal Music Enterprises, a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por John Travolta y Olivia Newton-John. (*N. de la e.*)

[18]. *We will rock you*, (C) 2004 Hollywood Records, Inc., interpretada por Queen. (*N. de la e.*)

[19]. *Supermassive Black Hole*, 2008 A&E Records Limited, interpretada por Muse. (N. de la e.)

[20]. *La tormenta de arena*, (C) 2015 Dorian | I\*M Records, interpretada por Dorian. (*N. de la e.*)

[\[21\]](#). *Eye of the tiger*, (C) 2006 Rude Music, interpretada por Survivor. (N. de la e.)

[22]. *El tango de Roxanne*, (C) 2002 Twentieth Century Fox Film Corp / Interscope Records, interpretada por Ewan McGregor, Jacek Koman y José Feliciano. (*N. de la e.*)

[23]. *You never can tell*, (C) 2009 Geffen Records, interpretada por Chuck Berry. (N. de la e.)



[24]. *I will follow him*, (C) 2010 Countdown Media GmbH, movies sound unlimited, del álbum «Greatest Movie Themes: 1990s». (*N. de la e.*)

[25]. *Still got the blues*, (C) 1990 Virgin Records Ltd. This label copy information is the subject of copyright protection. All rights reserved, interpretada por Gary Moore. (*N. de la e.*)

[26]. *Somewhere over the Rainbow*, Big Boy Records, interpretada por Israel Kamakawiwo'ole. (N. de la e.)

*La culpa es de D.I.S.N.E.I.*  
García de Saura

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).ç

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta, Jeanette Dieti / Shutterstock

© de la fotografía de la autora, archivo de la autora

© García de Saura, 20145

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

*Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.*

Primera edición: diciembre de 2015

ISBN: 978-84-08-14805-0

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.  
[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)

# Table of Contents

[Índice](#)

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)